



EL MISTERIO DEL LAGO

JUAN MOISES DE LA SERNA

EL
MISTERIO
DEL
LAGO

Por

Juan Moisés de la Serna

Copyright © 2015

Prefacio

Adéntrate en el misterioso mundo de la naturaleza humana, que te llevará a cuestionar los orígenes de la vida.

Una excursión conducirá a la protagonista a través de las angostas montañas hasta una gran explanada ocupada por un inmenso lago de aguas negras, y en la orilla un pequeño y pintoresco pueblo de amables vecinos.

Nada hace sospechar lo que aquellas aguas tranquilas esconden en su interior, es un paisaje bucólico durante el día, pero ¿Qué sucede durante la noche?

La curiosidad de la protagonista hace que vaya buscando respuestas que van más allá de las explicaciones científicas y las creencias populares de los habitantes del lugar.

Descubre cómo actúan cuando se enfrentan a uno de los mayores retos de la raza humana, sobrevivir a su extinción, ¿Qué hubieses hecho en su lugar?

En la vida hay muchas veces
que es bueno investigar
y buscar una respuesta
que aclare la verdad
¿Qué entorno nos rodea?
¿A dónde nos encontramos?
Preguntas que nos hacemos
explicación que buscamos.

AMOR

Tabla de Contenidos

[Prefacio](#)

[Tabla de Contenidos](#)

[Nota Legal](#)

[Capítulo 1. Un Nuevo Día](#)

[Capítulo 2. La Intervención Eclesiástica](#)

[Capítulo 3. Las Nuevas Pruebas](#)

[Capítulo 4. El Efecto de la Genética](#)

[Capítulo 5. Experiencia Cercana a la Muerte](#)

[Capítulo 6. Vuelta al Origen](#)

[Capítulo 7. Uno de Ellos](#)

[Juan Moisés de la Serna](#)

Dedicado a mis padres

Nota Legal

No se permite la reproducción total o parcial de este libro, ni su incorporación a un sistema informático, ni su transmisión en cualquier forma o por cualquier medio, sea éste electrónico, mecánico, por fotocopia, por grabación u otros medios, sin el permiso previo y por escrito del autor. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (Art. 270 y siguientes del Código Penal).

Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra. Puede contactar con CEDRO a través de la web www.conlicencia.com o por el teléfono en el 91 702 19 70 / 93 272 04 47.

© Juan Moisés de la Serna, 2015

Capítulo 1. Un Nuevo Día

Me morí y he vuelto a nacer. Desperté bien entrada la mañana, deslumbrada por un potente rayo de sol que atravesaba oblicuamente la habitación, procedente de una pequeña ventana situada encima de la cómoda frente a la cama y eso que dejé bien cerradas las persianas y echada la cortina la noche anterior.

Después de desperezarme un poco con suaves estiramientos de brazos y espalda me sentí enormemente descansada, tranquila y relajada, algo que me vino muy bien después para recuperarme de un agotador viaje entre aquellas escarpadas colinas.

Me senté en el borde de la cama mirando tranquilamente a mí alrededor mientras con una mano intentaba tapar aquel fastidioso rayo de sol que parecía destinado a no dejarme seguir durmiendo, cual gallo cantando en el campo a la salida del sol.

No tardé demasiado en situarme en aquel pequeño espacio en el que apenas cabía la cama en la que aún permanecía, frente a ésta una cómoda donde había guardado, como pude, el día anterior mi ropa junto con la mochila, a cuyos pies descansaban las botas a lado de una pequeña silla de cuerdas.

A pesar de no parecerse en nada a mi amplio y decorado de ganchillo dormitorio, era un lugar agradable y confortable en el que poder descansar por una noche, pues no sé si me llegaría a acostumbrar a un lugar tan sencillo y con tan humildes comodidades.

Inspiré con intensidad y mientras dejaba salir el aire lentamente intenté adivinar la bulliciosa vida que se desarrollaría tras aquellas cuatro paredes, de cuyo ajeteo empezaba a percatarme al oír sonidos que aun siéndome desconocidos no tardaba demasiado en imaginarme de qué se trataba.

Volví a estirarme mientras me levantaba dirigiéndome a la cómoda para

recoger mi ropa y prepararme para salir. Estaba muy agradecida por que me hubiesen acogido tan bien, la verdad es que no sabía el porqué de aquella amabilidad, pues era una extraña en aquel pueblo.

Por alguna oculta razón, que no alcanzaba a comprender, me sentía como si hubiese llegado al final de mi viaje. Al contrario de lo que había experimentado en mis viajes anteriores, ahora no tenía ninguna gana de abandonar rápidamente aquel lugar sin conocerlo mejor. Es como si por un momento hubiese perdido ese impulso que siempre me había hecho avanzar y seguir adelante sin saber muy bien hacia dónde.

Parecía que había conseguido encontrar aquello a lo que siempre había aspirado desde pequeña, un lugar en el cual sentirme acogida y tranquila, donde la paz reinase por todas partes, tal como había leído de otros viajeros, que tras buscar casi obsesivamente en distintas localizaciones del mundo habían hallado su lugar.

Para algunos, éste lugar era donde la opulencia y la ostentación reinaba por doquiera contagiando a sus habitantes casi hipnóticamente hacia una vida superficial donde lo más importante es la apariencia. Para otros, se trataba de la belleza de sus mujeres, lo que determinaba el lugar preferido donde vivir o reposar en sus últimos años de vida.

Hay a quien la antigüedad de las edificaciones le hacía sentirse especiales, como si con ello pudiesen compartir y formar parte de la historia del lugar. Hasta este momento no había tenido esa sensación, ya que ni la historia, la belleza o la ostentación me habían atraído lo suficiente como para hacerme sentir llena, plena y tranquila.

Terminé de hacer mis ejercicios de estiramiento de espalda, brazos y piernas, los cuales había aprendido de un escalador profesional que había ascendido dos veces al monte Everest, el pico más alto del mundo. Una intensa pero banal relación, pues sabía que estaba casado con su profesión y no dejaba que nada ni nadie se interpusiese entre sus objetivos, y así fue como me abandonó para hacer su siguiente “ocho mil” en su intento por alcanzar los trece restantes picos del mundo superiores a esa altura.

Eran movimientos simples parecidos a los que se realizan con el yoga, con los que desperezar los músculos para evitar posibles lesiones al someterlos a un ejercicio continuado.

Me di una ducha y me puse la misma ropa que había traído el día anterior, incluida mi pesada compañera, la mochila, en la que llevaba todo lo necesario para los tres días que había previsto que duraría el viaje.

A parte del necesario botiquín, portaba una esterilla que hacía las veces de colchón, una manta plastificada tanto para arroparme a la hora de dormir como para taparme en caso de que lloviese y por supuesto comida deshidratada y agua con el que mantenerme en forma durante mis largas caminatas, y por fuera de la mochila todo el material de escalada al que estaba tan habituada a utilizar en mis escapadas al monte.

Después salí a una habitación contigua donde ya me tenían preparado un escaso y austero desayuno, un trozo de hogaza de pan duro, un poco de aceite y algo de leche, en el que por supuesto, eché en falta un buen café bien cargado como me gustaba tomarlo antes de ir a la oficina.

Tras tomármelo todo sin demasiadas ganas, pues era de esas personas que le entra la comida por los ojos, y ésta no se veía tan apetecible, fui a recorrer el pueblo y sus alrededores, pues a pesar de haber llegado el ayer por la tarde, la casi ausencia de una luz me había impedido hacerme una idea más o menos exacta del lugar donde me hallaba, tan necesario si tenía que regresar de nuevo.

Además, buscaba de entre el paisaje elementos distintivos y característicos que fuesen fácilmente visibles a distancia, de forma que me permitiesen orientarme mejor, pues cuando estas entre colinas al final todas te pueden parecer iguales y es fácil perderse, máxime cuando la brújula no siempre funciona como debiera debido a rocas ricas hierro.

Me solía fijar en algún tipo de irregularidad, algo peculiar, un árbol grande alejado del resto, una roca sobresaliente o una oquedad característica entre dos montañas, todo lo que me permitiese saber hacia dónde debía de dirigirme para llegar a mi destino.

Aunque al principio, cuando me estaba iniciando en esto del trekking, no le daba demasiada importancia, la experiencia y el haberme tenido que enfrentar a dificultades no previstas me han hecho valorar estos pequeños trucos de montañero, tan útiles cuando no sabes hacia dónde te diriges o cuando quieres volver a tu lugar de origen.

Probablemente por ello había desarrollado un gusto por observar la naturaleza, un paisaje tan distinto al que estaba acostumbrada a contemplar desde mi apartamento en mitad de aquella inmensa urbe, la cual a veces se me hace tan gris, fría e impersonal.

En cambio, cuando estoy en la naturaleza todo es tan diferente, como si fuesen dos mundos separados, casi opuestos, donde el smog que envuelve a la ciudad deja paso al aire puro; los tonos grises y negros característicos de los antiguos edificios se cambian por los vivos y llamativos colores de las plantas y las flores; el incesante ruido de las obras y de los pitidos de los desesperados conductores, por el rumor de las hojas mecidas por la suave brisa.

Lo que más me llamó la atención fue un amplio lago situado delante del pueblo situado en la vaguada que forman de dos altas colinas, en lo que pudo ser en su momento el paso de un gran río ahora extinto.

Probablemente las aguas del lago no sean producto de un manantial subterráneo como en otros que he conocido, sino que provengan de las lluvias de otoño o los deshielos de la primavera procedentes de las montañas de su alrededor.

Y de toda la extensión de aquel gran lago que ocupaba buena parte del horizonte hasta donde alcanzaba la vista, me intrigó un pequeño detalle, que quizás a cualquier otro le hubiese pasado desapercibido, el color de sus aguas, con una intensidad tal que me recordaba a la del petróleo, un color tan oscuro que competía con la tonalidad de cualquiera de las montañas rocosas de alrededor.

Estaba acostumbrada a la transparencia de las aguas cristalinas de lagunas y

matinales, o a los tonos azulados de fiordos o lagos más profundos, e incluso, al color verdoso que indica la presencia de líquenes o de algas; pero aquella agua totalmente negra, me parecía cuanto menos desconcertante.

Aprovechando la proximidad de uno de los vecinos del lugar, que pasaba cerca de donde me encontraba, le pregunté interrumpiéndole su lánguido caminar,

- Buenos días buen hombre, ¿Me podría decir si conoce el motivo por el que el lago tiene ese color tan negruzco?

- Veo que es usted turista –señaló realizando una escueta mueca con la cara a la vez que se detenía a atenderme.

- Sí, llegué ayer por la tarde –repuse complacida por su suspicacia.

- ¿Y se va a quedar mucho tiempo? –preguntó mientras se quitaba esa especie de sombrero tan típico de la zona y aprovechaba para sacudirlo un poco.

- No lo sé, sólo estoy de paso –contesté sorprendida por su interés.

- ¡Es una pena!, apenas vienen turistas, haría bien en quedarse un tiempo –comentó mientras se ponía esa especie de sombrero y se disponía a continuar su paseo.

- Sobre lo del lago... –le comenté rápidamente recordándole el motivo de nuestra conversación.

- No sé decirla, será por el color de las entrañas de las rocas que forman están montañas, lo único que sé es que no es potable –continuó mientras iniciaba su lento caminar por las calles del pueblo.

- ¡Supongo! –exclamé algo contrariada y en absoluto convencida, pues según entiendo, las aguas provenientes del subsuelo como en el caso de los manantiales y las fuentes termales, que forman muchos lagos, suelen encontrarse en lugares especiales y contener determinados elementos disueltos como minerales o sales que las confieren ciertas propiedades terapéuticas.

Precisamente es estos sitios es donde se suelen ubicar los balnearios, tan recomendados para las personas mayores o para superar ciertas dolencias reumáticas e incluso asmáticas, con el objetivo de aprovechar esas propiedades especiales del agua, convirtiéndose así en referente y uno de los mayores atractivos de la zona.

Con lo que la localidad que esté próximo a un lugar así se puede considerar bendecida, ya que alrededor de estos balnearios, lugares pensados para recuperar la salud o simplemente para descansar y relajarse, se montan todo tipo de negocios para atender cualquier necesidad o capricho que tenga el cliente.

Pero en este caso, no hay ninguna construcción próxima al lago con el que aprovechar y tomar sus aguas, ni siquiera un pequeño embarcadero donde normalmente se acercan los turistas a contemplar su extensión, por no haber no tenían ni barcas con las que salir de pesca o con las que llevar a los turistas a realizar algún paseo por el lago.

Mirando por doquier, me di cuenta de que aquella pequeña localidad de una escasa veintena de vecinos, parecía algo descuidada e incluso afirmaría que abandonada, con paredes algo desconchadas y techos con evidentes signos de su próximo desprendimiento, es como si no tuviesen demasiado interés en dar esa apariencia casi idílica de otros pueblos que intentan atraer al turismo de fin de semana o como en mi caso de montaña.

Como si no tuviesen prisa de que llegase el tan deseado progreso y la prosperidad económica. Una pequeña inversión en remodelar las fachadas, empedrar mejor la avenida principal, y en definitiva hacerla más atractiva, que se vería recompensado con creces con la afluencia masiva de visitantes y tras ellos, comerciantes, mercaderes y todo tipo de caza fortunas dispuestos a comprar, alquilar e invertir para poner sus puestos de recuerdos, hoteles, bares y restaurantes.

Pero aquella gente no mostraba el más mínimo interés por cambiar, viviendo tal y como lo hacían sus padres, y los padres de estos, desconectados del mundo exterior y lo peor de todos, sin un aparente interés por saber lo que

pasaba fuera.

Esa impresión me dio al comprobar que en ninguna de las cimas colindantes se podía divisar ni uno de esos repetidores de telefonía tan polémicos, pues aunque todavía no había un veredicto científico claro, parecía que eran causa del aumento de enfermedades tan importantes como el cáncer, sobre todo entre la población más indefensa, como eran los niños, las embarazadas y los ancianos, lo que había llevado a varios países a promulgar leyes en contra de estas instalaciones próximas a los centros de estudio y escuelas infantiles.

Tampoco observé ni una de esas horrendas antenas de televisión encima de los tejados de las casas, las cuales son del todo antiestéticas y perjudican enormemente el paisaje. Tan sólo hay que fijarse en algunas ciudades, que al subir a sus azoteas se puede contemplar con tristeza cómo el horizonte ha sido tomado literalmente por miles de estos artefactos metálicos.

Y para mi sorpresa ni siquiera estaban los tan necesarios postes de luz que se ha convertido en parte indispensable del paisaje en campos y ciudades; tan necesarios para que la electricidad pueda llegar a cualquier casa y con ello ver, cocinar, lavar la ropa..., un sinfín de tareas que de cualquier otra forma sería imposible de realizar, al menos en un lugar civilizado.

Ese aspecto algo descuidado de lugar y la ausencia de todo indicio de modernidad, contrastaba con la aparente buena salud de sus gentes, que aun entradas en años se veían ágiles y sin achaques, pues nadie portaba ni un sólo bastón ni muleta, y eso que el suelo era bastante resbaladizo, lleno de cantos rodados, que se usaban a modo de adoquín para las calles, que garantizaban cuanto menos un esguince si no se andaba con cuidado.

Pero ellos parecían tan ajenos a todo esto, andando de un lugar a otro con tanta tranquilidad que dudo que no tuviesen ninguna obligación que cumplir, pues con la poca prisa con la que se movían no les daría tiempo a hacerlo.

Acercándome a una de las mujeres, que vestía con ropa oscura, tapando su cabeza con un pañuelo negro, la cual estaba sentada en el porche de su casa, en una mecedora, plácidamente tomando el sol, traté de conseguir algo más de información sobre aquella falta de interés aparente del pueblo por el lago.

- Buenos días señora, ¿Le podría hacer unas preguntas? –la pregunté sin saber siquiera si estaba despierta pues sus ojos entrecerrados no me dejaban adivinarlo.

- ¡Vaya, una turista! –exclamó sin mostrar el más mínimo sobresalto y sin siquiera abrir los ojos.

- Sí, llegué anoche –volví a responder tal y como hiciera con el anterior vecino, algo sorprendida de su actitud.

- ¿Qué le ha traído por aquí? –me preguntó antes de poderla interrogar sobre el lago, mientras iniciaba un repetitivo movimiento de mecerse acompañado del chirrido característico de su asiento.

- Me gusta el montañismo y esta era una zona que no conocía –respondí aún sin saber dónde me encontraba.

- No me extraña –afirmó mientras se ponía la mano frente a la cara para taparse el sol y verme mejor, a la vez que abría aquellos grisáceos ojos.

- Bueno, yo querría saber algo más sobre el lago, pues me ha llamado la atención su color... –intenté preguntarla rápidamente.

- ¿Cuánto se va a quedar? –me interrumpió la mujer sin dejarme explicar, haciendo ademán de levantarse, a la vez que detenía el lento balanceo y enmudecía el crujido de su balancín.

- No sé, uno o dos días –respondí dubitativa sin saber muy bien el interés que aquello podría tener, pues lo mismo me había preguntado la anterior persona con la que había hablado.

- ¡Una pena!, si tuviese tiempo se podría quedar hasta la próxima luna, entonces sí que está bonito el lago –comentó con una amplia sonrisa, mientras volvía a recostarse e iniciaba su pausado movimiento oscilatorio.

- Bueno, no sé cuándo es eso, pero volviendo al tema, ¿Sabe de dónde saca su color? –pregunté tratando de volver al tema.

- No sé de esas cosas, es así y punto –repuso indiferente mientras cerraba los ojos para continuar con su soporífero reposo.

- ¿Y sabe por qué no es potable? –insistí, recordando la información que me había dado su vecino anteriormente, contrariada por su pasividad.

- Lo único que le puedo decir es que es un lugar sin vida y por tanto no apto para su uso, por lo que preferimos dejarlo tranquilo –concluyó algo molesta por que se alargaba demasiado aquella conversación, mientras movía la mano con parsimonia de un lado a otro, con gesto de que siguiese mi camino.

Después de agradecerle sus palabras me dirigí intrigada hacia el lago, para verlo más de cerca mientras quedaba pensativa con aquellas escuetas palabras de sus habitantes que parecían no preocuparse por tener delante un lago tan grande y además sin que se pudiese aprovechar de ninguna forma.

Había leído sobre tipos de aguas que no son buenas para su consumo por contener unos determinados microorganismos o simplemente porque en su composición aparecen elevados niveles de sustancias que son tóxicas para el cuerpo humano, ya sea arsénico, azufre o cualquier otro elemento nocivo proveniente del interior de la Tierra.

Llegando casi a la orilla me subí sobre unas rocas que hacía las veces de asiento improvisado desde el cual contemplar aquel extraño fenómeno líquido del cual apenas sí había conseguido sacarles unas cuantas palabras a los vecinos de la localidad, pero con una idea que se repetía, el agua no es buena para ellos.

Estuve sentada delante de aquel lago por espacio de un par de horas, admirando su color que impedía adivinar la profundidad de sus aguas, siendo su gran extensión lo único evidente, ya que no se advertía de ningún río o cascada próxima que suministrase agua corriente al mismo, algo que me sorprendía, pues a la escasa distancia a la que estaba todavía no había notado ningún efecto negativo en mi salud, ni siquiera el mal olor tan característico de las zonas con sustancias disueltas peligrosas o simplemente en las charcas y aguas estancadas.

Pronto me quedé embelesada observando cómo discurrían lentamente las nubes atravesando las hendiduras de las montañas, o superando sus cimas y no pude evitar la comparación con el pausado caminar de los habitantes de aquel lugar que parecían despreocupados del paso del tiempo, ajenos al frenético pulso de la ciudad.

Aquellos espumosos conglomerados de agua evaporada formaban curiosas imágenes, a veces fáciles de identificar con algún animal, que iban cambiando al capricho de los aires, quedando reflejadas como si de un espejo se tratase, en la superficie negra de aquel lago.

Pero por mucho que me empeñé, con conseguí ver el más pequeño atisbo de movimiento en su superficie, como si el agua de aquel lago fuese inmune a los influjos de la brisa que en cualquier otro lado levantaría suaves olas espumosas que estrellaría contra la orilla, pero no había rastro de la más mínima variación, como si de una sustancia viscosa e impenetrable se tratase, más propio de componentes aceitosos como el petróleo.

Además, tampoco había nada vivo a su alrededor, ninguna planta por pequeña que fuese, que suelen crecer en las proximidades de los lugares húmedos, ni líquenes en las rocas en que me encontraba, ni algas en la superficie de aquel lago, nada vivo que estuviese cerca.

Eso era con respecto a lo que veía, pero aun acostumbrada al cambio que supone ir de la ciudad al campo, en que los sonidos son más sutiles, no conseguía escuchar el más mínimo ruido en aquel lugar, propicio sin duda para descansar y relajarse, pero ni se escuchaba el canto de las ranas o ni el piar del pájaro.

Lo que sin duda me confundió bastante, pues en los lugares silenciosos, por pequeño que sea el ruido que se produce se expande a largas distancias, en cambio en la ciudad, a veces hay que chillar para que te pueda entender la persona que tienes a escasos metros de ti.

Tal es así que para comprobar si por algún motivo me había visto afectada en los oídos dije aquello que los niños con tanta euforia hacen cuando ven alguna oquedad, “Eco”, y tras unos momentos..., nada, volví a intentarlo

orientándome hacia otro lado, esta vez con más fuerza, y... nada.

Bueno podía ser que como era un lugar abierto, no tuviese la necesaria sonoridad para que rebotase el sonido en forma de eco, lo que si estaba claro es que me escuchaba bien, por lo que estaba segura de que no tenía los oídos taponados ni nada parecido.

Pero por no haber, ni siquiera había esos inoportunos y diminutos animalitos que con frecuencia se ceban de todo lo que se mueve o simplemente molestan, como moscas, mosquitos y un sinfín de insectos que suelen encontrarse en el campo por doquier.

Y de todas aquellas incongruencias eso era lo que más me asombró, pues en muchos lugares en donde hay acumulación de agua se concentran gran cantidad de insectos, algunos atraídos por la vida que alrededor se genera y otros a la espera de visitantes sedientos para dar buena cuenta de ellos, pero en todo el tiempo que estuve allí no vi ninguno, por muy pequeño que fuese y eso me llenó por un momento de temor, tanto que hasta me provocó que me levantase dando un respingó mientras me preguntaba, ¿Y si era cierto de que aquel agua era tóxica?, quizás me había precipitado al acercarme sin tomar ningún tipo de medida, pues aunque no tenían ningún síntoma de asfixia o mareo, no conseguía adivinar qué es lo que había provocado la huida de los animales de la zona, pues sin duda prefería pensar que se habían ido a que habían muerto todos por envenenamiento.

Después de mirar a todos lados y comprobar que estaba sola y que no parecía que hubiese ninguna señal de peligro me volví a sentar en la roca donde me sentía a salvo, pues a pesar de estar próxima a la orilla mantenía la suficiente distancia para que no pudiese caerme en un descuido.

Y abandoné cualquier idea que me pudiese sugerir aquel tórrido sol que había alcanzado su cenit, lo que me había hecho dudar antes sobre si sería conveniente entrarme o no en el lago para bañarme, o simplemente refrescarme los pies a la orilla sin llegar a entrar del todo.

Algo tan inocente que había realizado tantas otras veces sin ningún tipo de problema se me plantaba ahora como un posible riesgo para mi salud, ya que

desconocía si el simple contacto con aquella agua negra era suficiente para enfermar o precisaba de su ingestión.

Estando ahí encima de la piedra, tumbada relajadamente, con los ojos entrecerrados, casi somnolienta, viendo hipnóticamente pasar las nubes muy lentamente por encima de mi cabeza, sentí de repente algo muy extraño, era como un sonido a hueco, como si llamasen a una puerta mientras estaba apoyando la oreja al otro lado.

Tal fue el susto que creí que alguno del pueblo me había visto y que se había molestado, y que de alguna forma había provocado aquel escándalo con un palo para que me marchase del lugar.

Miré precipitadamente a todos lados, con el corazón todavía encogido, pero no vi a nadie, y tampoco pude adivinar de dónde provenía aquel contundente ruido. Me encontraba a solas en aquel paraje, sentada encima de la roca sin nadie alrededor cuando tuve de nuevo esa sensación, quizás aún más fuerte.

Ahora sí que estaba bien despierta, pero tampoco pude comprobar de dónde venía, sino supiese que era imposible pensaría que alguien golpeaba la roca desde abajo, pues hasta pude llegar a sentir cómo temblaba.

Estaba algo preocupada por aquello, todavía en estado de alerta, mirando por todos lados, pero sin ver qué nada hubiese cambiado, dispuesta a bajarme de allí y abandonar el lugar con prisas cuando volvió a suceder, es como si la roca estuviese hueca y la hubiesen golpeado con violencia; pero no podía ser, no había nadie por allí y además la roca que me sostenía parecía maciza.

En ese preciso instante, quizás por reflejo, miré al lago para comprobar si se habían producido ondas en su superficie tal y como sucede cuando se tira una piedra, y me di cuenta de que algo muy extraño estaba sucediendo, la superficie que hasta ese momento había permanecido en calma e inmóvil, parecía que se abombaba y se empezaba a hundir por el centro. Es como si hubiesen quitado el tapón de la bañera y que se produjera una gran absorción por el desagüe, pero no llegó a romperse la calma del lago, únicamente quedó cóncavo por unos segundos y luego volvió a su estado normal.

Aquello me volvió a alarmar, no entendía lo que estaba sucediendo, era la primera vez que veía algo así, como si algo debajo de la tierra lo deformara y se hubiese reflejado en la superficie.

Asustada por aquello que oía y veía, salí corriendo hacia el pueblo que no estaba lejos, con tan mala pata que casi me caigo de boca al bajar de aquellas grandes rocas, sino fuese porque me paré la caída en el último instante hubiera dejado mi rostro allí incrustado. Tras levantarme y sin mirarme las manos magulladas por aquel percance, seguí corriendo con la respiración entrecortada sin atreverme a mirar hacia atrás.

Corrí lo más rápido posible por encima de aquel pedregal que hacía las veces de calle, aun a riesgo de volverme a caer, sin saber lo que buscaba, explicaciones o refugio.

Miraba por todos lados a ver si conseguía encontrarme con algún vecino para pedirle auxilio, pues ahogada por el esfuerzo era incapaz de producir ni el más mínimo sonido con el que pedir auxilio. Pero a pesar de alejarme de aquel lago lo más rápidamente posible y con ello de aquel extraño peligro, seguía teniendo esa agobiante sensación de que no estaba bien.

Como pude seguí corriendo hasta donde se encontraban las casas del pueblo y cuando llegué no vi a nadie, algo que era más extraño todavía pues cuando salí había como una docena de vecinos, entre los que andaban de un lugar a otro y los que estaban sentados tomando tranquilamente el sol y en cambio ahora..., todo estaba desierto.

Puede que asustados como yo se hubiesen encerrado en sus casas, refugiándose de aquello, a la espera de que éste pasase, sea como fuere no tenía ni tiempo, ni ganas de averiguar aquel misterio, demasiado preocupada por salvarme a mí misma.

Llegué hasta la casa de quien me había acogido la noche anterior, a cuyo dueño le había dejado preparando la comida, se trataba de un señor mayor, que según me dijeron los vecinos a mi llegada, era el único que tenía una habitación disponible, pues su hija hacía tiempo que se había marchado del pueblo, al encontrar el amor en un viaje de estudios. Por lo que su casa se

había convertido en una improvisada casa de huéspedes, donde poder quedarme el tiempo que precisase.

Le busqué por todas las habitaciones, y no pude encontrarle ni en la cocina ni en cualquier otro lado y eso me puso mucho más nerviosa, ya que creía que en aquel lugar estaría segura, pero ahora también lo dudaba.

Entré con celeridad en mi cuarto y me dirigí inmediatamente a la cómoda. Rebusqué con ansiedad entre los cajones sin encontrar lo que buscaba entre mi ropa. Abrí sus pequeñas puertas con la llave que permanecía en la cerradura y rebuscando entre mis pertenencias por fin encontré mi mochila.

Respirando profundamente miré dentro esperanzada para dar con aquel diminuto aparato que me podría salvar la vida, el móvil, con el que poder marcar el teléfono de emergencia uno, uno, dos.

Ni siquiera recuerdo haber usado con anterioridad ese número, pues he tenido la suerte de no tener un percance tan importante como para necesitarlo, al menos desde que tengo el aparato, pensé mientras un tupido velo se descubría de entre mis recuerdos, trayéndome amargos momentos de mi vida que creía olvidados.

Asustada, extrañada y ahora entristecida, no acertaba a calmarme lo suficiente para hacerme con aquel, lo palpé por todas partes hasta que acerté a darle al botón de encendido, tras lo cual introduje mi código de seguridad y luego..., me quedé quieta, como en blanco, no estaba segura de ser capaz de explicar la situación tan extraña que estaba viviendo.

Apenas había pulsado aquellos tres números, me pareció escuchar el primer tono, el segundo... pero aquello no eran tonos, y miré a la pantalla que decía un inexplicable mensaje “Fuera de cobertura”.

¿No sé supone que estos aparatos sirven para todo el mundo?, contrariada, colgué y volví a marcar aquellos números, esperando obtener un resultado diferente, pero volvía a surgir el mismo mensaje en la pantalla.

Temblorosa traté de llamar a cualquier número de mi agenda, para ponerme en contacto con cualquiera con el que pudiese comunicarle para pedirle ayuda,

pero nada, el mismo mensaje.

Estaba tan asustada, se supone que siempre que he usado el teléfono había alguno de mis amigos al otro lado con el que poder compartir mis momentos buenos o malos, pero ahora que más lo necesitaba no había nadie.

Enojada lo tiré con desprecio encima de la cama, mientras trataba de salir de aquella casa hacia otro lugar más seguro, en una frenética carrera en la que me había entretenido escasos minutos con lo del teléfono.

Casi me caigo cuando volví a pisar aquella empedrada calle, cuando creí reconocer lo que era un edificio grande y blanco, que sobresalía en altura al resto de las casas por su campanario. Fui corriendo, con el cuerpo envuelto en sudor y la respiración atropellada, a refugiarme en aquel templo, donde supuse que siempre debería de haber alguien, ya sea asistiendo a alguna celebración o simplemente rezando.

A medida que se acercaba sus dimensiones se iban agrandando, y extrañamente me iba sintiendo más calmada y segura, tanto que hasta reduje mi paso antes de llegar a las puertas.

Tirando de las argollas que había en la mitad de las hojas, las abrí rápidamente y me introduje en busca de alguno de los vecinos, pues el susto por lo que había sentido en el lago se había transformado en extrañeza y luego temor por la ausencia de toda vida en aquel pueblo.

Y para mi sorpresa tampoco había nadie allí a dentro, tras revisar el confesionario, recorrí deprisa los pasillos entre los bancos y me dirigí hacia la sacristía para comprobar si al menos estaba el sacerdote, pero tampoco lo encontré.

Allí sola, agotada y asustada en mitad de la iglesia, me vencieron las fuerzas y dejé caer mi cuerpo, casi a plomo, sobre uno de aquellos bancos corridos. Llorando de nervios, con las manos amoratadas de la caída, quedé rendida por el tremendo esfuerzo realizado.

Y en ese momento de desesperación, como hiciera de pequeña tantas veces, miré al Cristo, que había clavado en un crucifijo colgado de lo más alto del

techo, suspendido sobre el altar e inspirando profundamente, cerré los ojos lentamente y me dispuse a rezarle pidiendo ayuda, cuando de repente..., sentí que algo o alguien me tocaba en el hombro mientras escuchaba,

- ¡Despierte señora!, que ya es hora de comer –susurró una voz ronca rota por el paso del tiempo.

- ¿Qué?, ¿Dónde?, ¿Qué ha pasado? –pregunté desconcertada mientras me recuperaba, mirando a mí alrededor.

Tras unos segundos, casi lo justo para incorporarme, me di cuenta de que todo aquello había sido una especie de sueño, aunque más parecía una pesadilla, pues me encontraba sentada delante del lago, sobre la misma piedra en la que había permanecido durante horas, aquella roca que antes me había parecido que sonaba como a hueca.

Miré a mi alrededor y no vi nada en el lago, ni muestra de imperfección en su superficie y por el otro lado, el pueblo con sus gentes a lo lejos, y este vecino a mi lado, precisamente el hombre que me había acogido en su casa era quien ahora me avisaba que ya tenía la comida preparada.

No sabía qué decir, pues no llegaba a comprender lo que había pasado, no recuerdo haber tenido una experiencia así antes, nada que se le pudiese asemejar. Bueno había soñado, como todos, pero todo había sido tan real, que me extrañaba que aquello no hubiese sucedido, pero por supuesto no me podía haber trasladado tan rápido desde la iglesia hasta aquí, por lo que entendí que había sido un sueño.

Me miré las manos y no quedaba ni rastro de las magulladuras que me había hecho al bajar de aquella roca, observé mi ropa y tampoco tenía ni el más mínimo indicio de la caída, aunque sí sentía una extraña aceleración en la respiración.

Toqué con mi mano una de las carótidas, esas arterias que recorren la cara externa del cuello a cada lado, y que también es usada para tomarse el pulso por parte de los deportistas. Tras contabilizar el número de pulsaciones que se producían durante un minuto pude comprobar cómo tenía excesivamente

rápido mi pulso, casi desorbitado. Eso podía explicar que sí estuviese empapada de sudor, a pesar de que todo indicaba que no me había movido de aquella roca.

Tras asegurarme de que todo estaba tal y como lo había visto antes de esa especie de sueño, bajé con cuidado de aquella roca, para evitar caerme y me dirigí junto con al hombre al pueblo. Me daba tanta alegría poder ver a alguien que aquello me dio seguridad por lo que todo el camino de regreso lo hice cogida de su brazo, algo que al hombre no le debió de importunar pues no realizó ningún gesto de desaprobación, más bien al contrario, parecía alegre con mi decisión.

A pesar de la intensa y detallada experiencia que había tenido, no sabía si debía de contárselo a alguien, ¿Quién me iba a creer?, ni siquiera mis amigos me iban a entender todo lo que había sentido en esos momentos de gran soledad y desesperación.

Habían sido tantas las emociones vividas y recuerdos removidos que me sentía extraña conmigo misma. Aquello había despertado sensaciones que creí olvidadas y otras de la infancia que daba por perdidas en el tiempo.

La angustia vital provocada por la soledad, por no encontrar quien me comprendiese y entendiese; la desesperación por encontrar mi camino, por conseguir abrirme camino en la vida a pesar de los muchos obstáculos y prejuicios que he tenido que superar; el dolor de la pérdida y el abandono por parte de los seres queridos; la devoción religiosa en la que me había educado y la cual ya no practicaba,... tantas y tantas emociones se venían al presente como un aluvión sin ser capaz de entender el motivo de aquello.

Aún con esas sensaciones a flor de piel, cuando llegamos a la casa de hospedaje, me solté del brazo de aquel hombre y me dirigí rápidamente a mi habitación, a hacer aquello que había soñado momentos antes, coger mi teléfono.

Tras sacarlo de la mochila, la encendí y marqué el número de emergencia 112, y me puse el auricular al oído. Un tono, dos tonos, ...

- Buenos días emergencia, ¿En qué podemos ayudarle? –se escuchó una voz de una mujer de mediana edad al otro lado de la línea.

Me quedé extrañada por aquella respuesta, supongo que es lo que deberían decir, pero como antes lo había intentado y no había conseguido respuesta, ni siquiera había preparado lo que decir.

- Perdone, estoy probando el teléfono –respondí titubeando– no pasa nada, disculpe.

Dicho esto, colgué sin darle tiempo a que me dijese nada más, mientras arrimaba el teléfono al pecho y respiraba profundamente. Estuve tentada de llamar a alguno de mis amigos, pero no vi la necesidad de molestarles únicamente para oír su voz, pues ya había comprobado que funcionaba bien y que tenía cobertura y buena comunicación con el exterior.

Una vez me cambié de ropa, me dirigí a la cocina donde le hombre me había dejado la comida preparada, sorprendida por aquella actitud le busqué para invité a comer conmigo.

- Muchas gracias, pero he estado picando mientras lo preparaba –adujo aquel hombre declinando mi invitación.

Dicho esto, cogió una silla y salió de la casa para situarse justo al lado de la puerta, y sentándose plácidamente se puso a tomar el sol, dejándome a solas en la cocina para que pudiese comer.

Si el desayuno había sido más bien escaso, ahora en cambio la comida parecía ser excesiva. A parte de otro trozo del mismo pan duro, tenía servido en primer lugar, lo que parecía ser una sopa vegetal, aunque más bien parecía agua cocida tintada con trozos casi transparentes de cebolla flotando.

Nada que ver con la multitud de verduras trituradas, como zanahorias, tomates, cebollas, pimientos o coliflores, que podían acompañarlo, para que sea una verdadera sopa juliana y no un simple caldo con cebolla. Supongo que sería como un consomé típico de la zona o algo así.

A continuación, en lugar de una abundante y lustrosa ensalada con todo tipo

de verduras cortadas en trozos grandes, con lechuga, pimiento morrón, pepino, tomate, cebolla, zanahoria y perejil, no había más que un poco de escarola servida con aceite.

Sobre el plato principal por más que lo busqué no había ni señal de ello, ni un filete, bien hecho a la parrilla, ni un humeante pescado fresco, preparado a la plancha, ni siquiera un simple cocido con chorizo y tocino.

Y para colmo, de postre tampoco tenía nada, a pesar de lo mucho que me gustaba una vistosa fuente de gran variedad de frutas de todos los colores imaginados, con peras, manzanas, naranjas, mandarinas, plátanos, albaricoques, melocotones, uvas, sandías, melones, aguacates, nísperos, cerezas, fresas, guindas, higos... o cualquier otra fruta silvestre, pero no había nada.

Creo que también al hombre le habría parecido poca comida pues para compensarlo me puso en un plato un buen puñado de piñones, a modo de pedir excusas o algo así.

Supongo que será mi fortuita presencia en aquella localidad, mi llegada inesperada lo que haría que mi improvisado anfitrión no tuviese alimentos suficientes para atenderme adecuadamente como en cualquier hostel. Pero en vez de salir a comprar rápidamente algo más para poderme ofrecer, se había quedado plácidamente sentado al lado de la puerta, por lo que me temo que no tiene demasiado interés por solucionarlo, así que ya me veo, esta noche, delante de una escasísima cena.

Aunque cabría dentro de lo posible, que esto fuese lo único que comiesen en este pueblo, ya que al estar a tanta altura y con una tierra tan austera y llena de piedras, será difícil que produjera algo el campo.

Ni tan siquiera cabría esperar que pudiesen sacar demasiado de aquellos árboles de alrededor, más allá de los piñones, pues no era lugar para que creciesen los árboles frutales.

Además, estando tan aislados y sin una adecuada comunicación por carretera les resultaría bastante difícil que llegasen suministros con

regularidad y por ello se habrán acostumbrado a hacer frente a aquella escasez con lo poco que tuviesen, para poder así sobrevivir entre reparto y reparto.

Con una dieta como ésta, no me extraña que los habitantes de este pueblo se vean tan bien de salud, pues a pesar de la edad que aparentan, se mueven con bastante agilidad, tanta que hasta podían competir conmigo.

El dueño de la casa, el que apenas hace unos minutos me había dejado en la cocina, sin ir más lejos, me había traído tan aprisa desde la roca que casi creí que íbamos a la carrera. Un paso constante y acelerado que me costó seguir de su brazo, y en cambio él lo mantuvo durante todo el paseo y sin dar muestras de cansancio.

Algo molesta con aquella situación, en que me daba una paupérrima comida con la intención de que tuviese suficiente para poder recuperarme antes de seguir mi marcha. Escasos alimentos que a pesar de estar bien preparados ni siquiera entraban por los ojos.

Yo era una de esas que aun sin comer en exceso, sí necesitaba reponerme diariamente con la ingesta de muchos nutrientes, entre los que no podía faltar la fruta y la verdura, y aun así no engordaba nunca.

Mi figura, casi estilizada, no era fruto de una de esas dietas que con frecuencia ponen en boca de todo alguna modelo, en que se alimentan durante todo el día de un sólo producto alimenticio, ya sea de fruta o de verdura, pero sólo un elemento tantas veces como se quisiera al día, como la dieta del plátano, de la manzana o la del melón.

Al respecto había escuchado que a pesar de que aparentemente se pueden conseguir los resultados buscados, al perder rápidamente muchos kilos; la descompensación que se produce en el organismo al retirarle sustancias necesarias para su correcto funcionamiento puede acarrear problemas, incluso graves, para la salud.

Tampoco soy de las mujeres que se pasan horas y horas en el gimnasio, tratando de quemar cualquier indicio, por pequeño que sea, de acumulación de grasa que se pudiese producir. Además no tendría la suficiente paciencia, para

estar realizando todos los días los ejercicios repetitivos de pesas, a pesar de ir cambiando cada diez minutos de grupo muscular con el que se trabaja; ni creo que fuese capaz de cumplir con uno de esos agotadores circuitos, en que cada cinco minutos debes de pasar de un aparato a otro, que si primero correr en la cinta, luego pedalear con la bicicleta, después..., buscando con ello llegar a ejercitar el mayor número de músculos del cuerpo en un solo día; ni tan siquiera podría finalizar con éxito, y sin perderme a la mitad, una de esas sesiones de aerobic, ni de ninguna de las modernas disciplinas que han surgido basadas en el mismo principio de realizar cuantiosos movimientos coordinados en el menor tiempo posible y todo ello frente al espejo.

Simplemente soy así, una mujer delegada, tal y como ha sido toda mi familia, por lo que supongo que tendrá mucho que ver con la genética que cada uno recibe. Por lo tanto, mantener la línea ha sido algo que nunca me ha preocupado en exceso, a diferencia de alguna de mis amigas, que siempre están dándole vueltas a este mismo tema, viendo qué pueden o no comer y de cuántas calorías está compuesto tal o cual alimento, para saber si se exceden de las permitidas diariamente.

Además, creo que también ayuda a mantenerme en forma que casi todos los fines de semana salga al monte a hacer trekking; y si por lo que sea, no me apetece ir tan lejos, o está lloviendo y hace mal tiempo, simplemente realizo una sesión de marcha deprisa en la pista cubierta del polideportivo próximo a mi vivienda.

Un poco de ejercicio siempre me ayuda a sentirme bien conmigo misma y si puede ser en medio de la naturaleza mucho mejor, pues es algo que me revitaliza y llena de energía, a la vez que expulso de mi cuerpo cualquier toxicidad que se pudiese acumular durante mi jornada de trabajo.

Pero no como, ni cualquier plato, ni entre horas, ni en exceso, ya que trato de llevar cierto equilibrio en la vida, dando el justo valor a lo que hago y como, guiada por esa máxima del nutricionismo que me gusta recordar al menos una vez al día, “mens sana in corpore sano”, cuya traducción sería “mente sana en cuerpo sano”.

A pesar de haber comprobado en más de una ocasión que podía comer lo

que fuese, proteínas, carbohidratos o grasas, ya que todo lo quemaba rápidamente con mis actividades diarias. Y si quedaba algo de reserva lo eliminaba en mis escapadas de fin de semana, en las que el cuerpo consumía todo lo que podía.

Por ello estaba acostumbrada a la buena mesa, no es que fuese demasiado exigente en cuanto a variedad de platos, pero sí con lo que respecta a la cantidad, procurando comer poco, pero de todo.

Para mí, lo que peor llevaba a la hora de comer, y por tanto solía evitarlo en la medida de lo posible, eran aquellas ensaladas llenas de grandes hojas de verdura, tan pesadas para la digestión y que proporcionaban tan pocos nutrientes.

Así que con todo lo que aquí tenía delante, hice de tripas corazón, y empecé a comerlo lentamente, sabiendo que lo había preparado aquel anciano con lo poco que debía de tener, por lo que no quise despreciarlo.

Además, al igual que había hecho en el desayuno, cuando me terminase todo, iría a mi dormitorio y allí lo complementarí con alguno de los alimentos ricos en sales minerales que traje dentro de la mochila.

Desde que había descubierto aquellas galletas deshidratadas, como las que utilizan los militares en las contiendas y que son recomendadas en los manuales de supervivencia, no me separaba nunca de ellas y las llevaba conmigo allá a donde iba, ya fuese en la mochila para salir al campo, como en la cartera cuando iba al trabajo o en un bolso al ir de compras.

Para mí era una especie de seguro de salud, pues contaba con este refuerzo energético, para cuando notase que las fuerzas se me escapaban por el esfuerzo o, simplemente, para dar buena cuenta de ellas cuando era la hora del descanso.

Tan importantes eran para mí que siempre traía encima de más, pues como tardaban años en caducar y pesaban tan poco, que no tenía necesidad de llevarlas tan justas que si calculase mal me pudiese quedar sin ellas.

Máxime cuando en la montaña es habitual compartir los suministros con

otros excursionistas o escaladores que te encuentras en el camino, que por cualquier motivo han perdido o consumido todos sus recursos. Por este mismo motivo, siempre transportaba el doble de la cantidad de agua necesaria para el viaje de ida y vuelta. De esta forma, antes incluso de salir, se pueden poner los medios para minimizar los efectos ante cualquier imprevisto que pueda surgir, de ahí el dicho “mujer precavida vale por dos”.

Tras terminar de comer lo que pude, y sintiéndome algo pesada de estómago, pasé a mi cuarto para complementar aquellos escasos alimentos pobres en nutrientes con mis galletas deshidratadas, que hacía gracia a algunos, pues recordaba a la comida de perro, pero que a mí me gustaba más compararla con la que toman los astronautas en sus misiones al espacio.

Tras recogerlo todo en mi cuarto quise salir a dar un paseo, pues la antiquísima costumbre de la siesta que en algunos países se sigue casi religiosamente me parecía una somera pérdida de tiempo, pues el cuerpo, al menos el mío, se recupera del cansancio todo lo que necesita por la noche y no a medio día.

Es posible que, en algunos países más cálidos próximos al ecuador, o cerca de algún desierto, esa costumbre sea una especie de defensa natural para evitar la exposición al sol en las horas de mayor intensidad, incluso que sea bueno para facilitar una digestión pesada como la que estaba sufriendo ahora, pero no era mi costumbre ni la de mi familia, por lo que simplemente no lo practicaba.

Salí con cuidado para no interrumpir el profundo sueño de aquel improvisado anfitrión, que dormía plácidamente sentado en una silla junto a la puerta, y miré a ambos lados del pueblo para decidir qué camino iba a seguir.

Por un lado, a mi izquierda, desciende el camino de piedras, que hace las veces de calle, saliendo del pueblo y dirigiéndose hasta llegar ante aquel extenso y negro lago, idea que rápidamente descarté pues todavía me entraban escalofríos al recordar lo vivido momentos antes de comer.

Por el otro lado, ascendía el camino hacia la parte alta del pueblo, el cual no había explorado todavía, pues cuando llegué apenas sí tuve que recorrer

unos metros antes de encontrar donde dormir, además ya era algo tarde y la luz del sol estaba a punto de ocultarse tras los riscos de las montañas aledañas, por lo que preferí guarecerme y descansar hasta el día de hoy.

No tuve mucho que pensar para decidirme por la segunda opción. Sin despedirme de mi anfitrión y procurando no hacer demasiado ruido al salir, ya que seguía entonando esa inconfundible cantinela de inspiraciones forzadas y resoplidos sonoros, que denota cierta paz interior y absoluta despreocupación de los mundanales problemas.

Avancé tranquilamente por aquella empedrada avenida, dejando las casas a los lados, sin detenerme demasiado en contemplarlas, ya que por fuera eran todas iguales, por lo que, vista una, vistas todas. Casas de una sola planta, con techo alto de gran pendiente y dobles tejas. Propias de los lugares en que se producen nevadas con cierta frecuencia, evitando de esta forma la acumulación de los copos en el tejado con el consiguiente problema de su peso, produciendo posteriores hundimientos.

Además, por supuesto, todas tenían una fina y delgada chimenea en un lateral, que garantizaba la supervivencia de sus inquilinos cuando la temperatura descendía hasta alcanzar varios grados bajo cero, fundamental sobre todo para soportar las gélidas noches de invierno.

Casi instintivamente miré hacia el cielo despejado que tenía sobre mi cabeza, e imaginé, por un momento, cómo se vería desde aquí una de esas rarezas de la naturaleza, que cual caprichoso regalo de la vida, tienen sólo unos pocos el privilegio de poderlas contemplar, una aurora polar. Iluminando el frío cielo del invierno, rompiendo la monotonía de la oscuridad de la noche, clareando el horizonte con esas extrañas, a la vez que maravillosas, siluetas.

Uno de los más atractivos fenómenos de la naturaleza en el que está implicado por partes iguales, la Tierra y el Sol, producto del choque de los electrones provenientes del viento solar con los de la atmósfera terrestre. Un baile indescriptible de maravillosos colores, más propio de los cuentos infantiles o de los sueños, que cautiva y hasta hipnotiza a aquel que tiene la suerte de contemplarlo y que no cansa ni fatiga por mucho que se esté observando. Aquí, entre estas majestuosas cumbres y ante un cielo despejado,

seguro que sería una experiencia extraordinaria e inolvidable, máxime si las imágenes de aquellas sinuosas ondulaciones de vivos colores y destellante luminiscencia se viesen reflejadas en la pulida superficie del lago, devolviendo parte de su cautivadora imagen, iluminando con ello a todo el contorno de montañas colindantes, convirtiéndose en un espectacular espejo en la oscuridad de la noche, tal y como había visto al paso de las nubes. Un juego de color digno de ser contemplado, donde se confundiría la imagen con su reflejo, formando una sucesión de luces y sombras entre los árboles y las rocas de alrededor, provocando sin duda, una de las experiencias más cautivadoras e irreales que se haya podido tener.

Tras este devaneo de mi imaginación, bajé la mirada y recordé que algo así nunca podría producirse en esta localidad, pues a pesar de estar situada en el hemisferio norte, por encima del Trópico de Cáncer, todavía estaba muy lejos de las latitudes más septentrionales donde era habitual visualizar aquel fascinante fenómeno atmosférico. Una imagen tan idílica como aquella que estaba fantaseando, únicamente se podría producir en algunos lugares con latitudes muy próximas a los polos.

En mi vida, únicamente he tenido la oportunidad de verlo en una ocasión, en que he ido a uno de esos viajes organizados de aventuras por Laponia, ese lugar del que tanto han oído hablar los niños, aunque no sepan muy bien dónde situarlo en el mapa. Ya que su nombre ha quedado asociado con la localización de ese entrañable personaje que todos los pequeños añoran, y que una vez al año, alegra el espíritu y despierta la ilusión tanto de mayores como de niños. En algunos lugares es conocido por Santa Claus, en cambio, en otros le llaman Papa Noel, pero todos cuando escuchan hablar de él recuerdan que ya se acerca la época de frío y que pronto recibirán los tan deseados regalos.

Una tradición de generosidad para con los pequeños que se convierten en el centro de esas celebraciones, donde se busca poder sorprender y contentar a los pequeños, ya sea con simples juguetes de madera o con los más sofisticados aparatos de última generación. Todo vale para despertar el interés, avivar la curiosidad y ver cómo sus ojos expectantes se llenan de emoción al comprobar cómo éste año también se han acertado de él, y ha recibido un hermoso regalo.

A pesar de todo lo anterior, considero que Laponia, un sobrecogedor territorio compartido por tres países, Noruega, Suecia, Finlandia y parte de Rusia, sigue siendo en la actualidad un lugar desconocido para el gran público, digno de ser descubierto por sus múltiples atractivos durante todo el año. Quizás sea por eso que mantiene casi intactos sus encantadores paisajes, donde uno se puede sentir como en un precioso oasis helado, rodeado únicamente por naturaleza en estado puro, alejado del bullicioso y apresurado devenir diario, siendo sustituido por una extensa quietud, que parece detener hasta el transcurso del tiempo, rota únicamente por el paso del gélido viento proveniente del Polo Norte.

Donde el color blanco immaculado cubre por doquier, gracias a sus copiosas nevadas, que con frecuencia oculta cualquier camino trazado por el hombre, y con un intenso frío que lo congela todo, mostrando hermosas estampas matutinas con esas cortinas de témpanos congelados que cuelgan de los tejados a modo de órganos de iglesia esperando para derretirse gota a gota. El blanco impoluto y el frío polar se convierten así en partes indispensables de la vida diaria, con presencia constante en todos los actos que se desarrollan.

Sus habitantes acostumbrados a sobrevivir en unas condiciones tan adversas, viven con fervor sus tradiciones profundamente enraizadas, manteniendo sus costumbres casi intactas desde tiempos en que se pierden en la memoria.

Una vivencia enriquecedora y extraordinaria ante una indómita naturaleza que se muestra más salvaje que nunca, con sus inmensos valles nevados, cascadas congeladas que parecen de cristal o hermosos árboles con sus ramas vencidas por el peso de la nieve acumulada.

Y por si todo lo anterior fuese poco, se le unía el aliciente de poder admirar, durante buena parte de la noche, uno de los fenómenos más inquietantes y maravillosos que se pueden contemplar desde la Tierra, la aurora boreal.

Otra vez me había vuelto a dejar llevar por los hermosos recuerdos de una

bonita experiencia, mirando a ambos lados, retorné a donde me encontraba, situándome entre aquellas casas de un solo piso, mientras avanzaba cuesta arriba por aquella empedrada calzada que hacía las veces de vía principal del pueblo.

Acompañando a aquellas famélicas chimeneas y como parte indispensable del paisaje, se encuentran amontonados cientos de leños cortados, ya sea a un lado de la puerta o en un lateral de la casa, tan necesario para garantizar el calor del hogar a la vez que se usa como combustible para la cocina.

Siguiendo avanzando, y sin percatarme demasiado de lo que hacían los vecinos, me sorprendió en sobremanera al comprobar cómo el pueblo que estaba atravesando era tal y como lo había soñado momentos antes de comer, subida encima de la roca que había frente al lago. Las mismas casas, las mismas piedras del suelo, todo me parecía extrañamente familiar, casi podría afirmar que es exactamente igual a como lo recordaba, quizás con la salvedad de que en esta ocasión sí había gente por en la calle y sentadas en el porche de sus casas.

Puede que se trate de uno de esos extraños sucesos, llamados fenómenos extrasensoriales, de los que no se consigue tener una explicación clara y suficientemente convincente, y que con tanta parafernalia abordan determinados periódicos y programas sensacionalistas de la televisión. Algo que se ha dado en denominar en paramnesia o “Déjà vu”, que se podría traducir como “ya visto, ya vivido”. Una experiencia por la cual la persona cree reconocer detalles de un lugar en el que previamente no ha estado, pero del cual puede aportar sorprendentes pormenores, que no debería de conocer, si no fuese, porque hubiese visitado el lugar con anterioridad.

Por lo poco que conozco del tema, todavía no se ha conseguido alcanzar una explicación por unanimidad, suficientemente esclarecedora como para poder dar respuesta a cómo o porqué se produce este misterioso fenómeno, permitiendo con ello la aparición de múltiples intentos de una explicación más o menos convincente, a cada cual más insólita que el anterior.

Desde la ciencia más conservadora, hay autores que defienden la postura de que se trata de un fenómeno fácil de explicar, sería como una especie de

autoengaño del cerebro, debido, probablemente, a ciertas disfunciones en las conexiones neuronales que alterarían el normal procesamiento de la información. Un fallo por el cual se llega a confundir lo que se está guardando en la memoria en ese momento con la experiencia de recuperación de la información, posibilitando con ello sentir como familiar todo lo que se está viviendo por primera vez.

Una explicación que para mi gusto es bastante compleja e incluso enrevesada y que deja sin respuesta cuestiones tan importantes como que algunas personas son capaces de dar detalles exactos de parajes, edificaciones u objetos, antes incluso de llegar al lugar, y por tanto sin haber tenido antes la experiencia de verlos.

Los parapsicólogos, por su parte, tratan de resolver aquel enigma afirmando que aún se está muy lejos de poderse desentrañar los límites de las capacidades de nuestro cerebro. Una prueba fehaciente de ello sería precisamente este caso, donde se evidencia la existencia de una especie de capacidad que no alcanzamos a comprender, poniendo en entredicho todo lo que hasta entonces creíamos. Se trataría de una especie de sexto sentido, que nos avisaría anticipadamente, previniéndonos, de los peligros mucho antes de que estos se produzcan. Y es precisamente, gracias a este sentido, por lo que podemos conocer los detalles de lugares en donde no se ha vivido con anterioridad. En el que la persona previamente, a través de este sentido, habría visto el lugar, de alguna forma, para saber si existe algún tipo de peligro o no en el lugar antes de ir, y de ahí que se pueda reconocerlo cuando va a ese sitio, con la sensación de no ser novedoso.

Otros en cambio lo asumen como prueba ineludible de la existencia de una especie de segunda vida, a la que denominan reencarnación, algo en lo que creen millones de personas en el mundo, como los seguidores del hinduismo. A través de estas creencias se afirma que después de haber terminado de vivir esta vida, se dejaría el cuerpo y algo de dentro se trasladaría a una nueva vida, en el vientre de una madre en cinta. A pesar de ser un nuevo ser el que nace, se cree que conserva parte de la forma de ser y pensar de la persona anterior, incluso hay quien afirma que hasta se pueden llegar a transmitir rasgos físicos claramente identificativos. Y es en esta experiencia de ser, cuando por una

especie mala conexión entre la persona que vivió antes y la que es ahora, se le permite de alguna forma acceder a esas experiencias pasadas, pudiendo recodar lugares y detalles vividos de esa otra vida.

Hay quien partiendo de la premisa de que se puede producir una transmisión de información de una vida a otra, no admiten que ésta se produzca entre extraños que nada tienen que ver entre sí, admitiendo únicamente la posibilidad de que se pueda producir de padres a hijos en vía descendente, ya que consideran que esos recuerdos quedan contenidos en el ADN y por lo tanto formarán parte de las nuevas generaciones. Con lo que un fenómeno así se explicaría, porque un familiar directo estuvo en aquel mismo lugar en una vida anterior.

Sea cual sea la explicación a éste fenómeno, de lo que si estoy segura es de que, en este preciso instante, me está sucediendo. A medida que sigo paseando voy reconociendo cada uno de los lugares por los que paso, lo que me provocaba una sensación de extrañeza e incluso inquietud, con una convicción tan profunda de ello, que hasta me he parado. Ya no estaba segura de lo que veía, todo era tan vivido, lleno de luz y color como lo había experimentado sobre la roca, no podía estar segura, de si seguía soñando o no, así que hice lo único que se me ocurrió pellizcarme para comprobarlo.

El fuerte dolor que me provoqué que hasta me hizo saltar las lágrimas, me permitió comprobar que estaba allí de pie en medio de aquellas casas y no sobre la roca frente al lago, algo que no dejaba sino una agrídulce sensación de desconfianza sobre el motivo por el que reconocía el lugar. Tras unos momentos y viendo que si no avanzaba no llegaría a ningún lado, seguí subiendo la cuesta hasta que llegué al final del camino, donde sobre la parte más alta se encontraba el último edificio del pueblo y como no podía ser de otro modo, allí estaba aquella iglesia de paredes blancas, con su gran campanario, tal y como lo había soñado.

Aquello que no podía dejar a nadie indiferente y hacía aumentar mi extrañeza, pues no recordaba que el día anterior hubiese llegado tan arriba, dado mi agotamiento en esos momentos en la tarde en que aparecí por las proximidades de la localidad, bastante perdida y despistada.

- Buenos tardes –saludé al primer lugareño que vi el cual se encontraba recogiendo algunas ramas.

- Buenas noches señorita –respondió con signos evidentes de sorpresa–
¿Qué le trae por aquí?

- Me he perdido y estoy buscando donde pasar la noche antes de proseguir mi camino –afirmé con una tímida sonrisa mientras depositaba en el suelo mi pesada carga que me acompañaba a todos lados.

- ¿Se va a quedar en el pueblo? –preguntó con extrañeza mientras dejaba caer bruscamente el montón de leña que había recogido.

- Sí, claro –afirmé sin comprender su reacción.

- ¿Cuánto tiempo? –volvió a interrogarme sin reaccionar ante la pérdida de su recolección.

- No sé todavía, por lo menos esta noche –contesté intentando ser todo lo amable que podía a pesar del cansancio acumulado y de que mis piernas empezaban a flaquearme.

- Sígame –contestó mientras iniciaba una frenética caminata hacia el pueblo.

En esos momentos pensé en dejar mi mochila allí para luego recogerla, pues no tenía ninguna gana de volvérmela a echar a la espalda, pero como no sabía a dónde me dirigía preferí cargar visto la falta de cortesía de aquel hombre que no se había ni siquiera ofrecido a llevármela.

Puede que me haya acostumbrado a la galantería, algo que por otra parte no me molesta demasiado, pero cuando alguien es tan brusco y falto de detalles hasta me llega a molestar, ¿Qué le cuesta a la gente ser algo más atenta?

Traté de alcanzarle cuando de repente se entró en una casa a cuya puerta me detuve a la espera de sus noticias, pues no sabía el motivo de aquello, ya que se suponía me llevaría a algún sitio donde dormir, un hotel por modesto que fuese o al menos un albergue, pero en aquella casa no había indicativo de ningún tipo de establecimiento.

Miré a mí alrededor, con la poca luz que todavía había y pude adivinar una hilera de casas, una frente a otra, dejando un pasillo a modo de calle principal. Sin mediar palabra el hombre salió casi corriendo y se dirigió a otra casa enfrente tras un breve momento dijo,

- ¡Aquí! –afirmó aquel hombre mientras salía de la segunda casa, haciéndome indicaciones con la mano.

Me acerqué sin saber muy bien lo que pasaba y cuando estaba a punto de llegar salió un señor mayor de la casa al cual saludé.

- Aquí podrá pasar la noche señorita, lo tengo todo preparado, es una habitación humilde, pero espero que sea de su agrado –afirmó el señor mayor mientras me invitaba con la mano a pasar.

- Muchas gracias señor –le dije con prontitud– y a usted –volví para dirigirme a aquel primer hombre que me había encontrado recogiendo leña, pero éste ya había iniciado su marcha con lo que dudo que me escuchase.

Eso es todo lo que recuerdo de aquellos primeros momentos en el pueblo, solamente que me llevaron de un lugar a otro, intentando averiguar si alguno disponía de una cama libre en la que alojarme, puede que fuese entonces cuando hubiese visto la iglesia, aunque lo dudo, lo que sí estoy segura es de que es la del sueño.

Llegué ante sus enormes y blanquecinas puertas, y tuve la misma agradable sensación que en el sueño, era algo agradable y hasta cálido, como si aquel fuese un lugar que invitase al caminante a entrar, donde se pudiese sentir a salvo a la vez que transmitía una gran calma y paz interior.

Tirando de una de sus grandes argollas de la puerta, traté de abrir para ver el interior del templo, pero ésta se resistía, pues no parecía dispuesta a ceder, lo intenté con la otra y tampoco se abrió.

Aquello me sorprendió pues a diferencia del sueño, ahora estaban cerradas las puertas. Contrariada me di la vuelta y miré hacia el pueblo para ver si desde ahí podía ver a quien me pudiese ayudar.

Cerca de allí había una vecina tejiendo punto sentada en una silla apoyada en un frontal de su casa, así que me acerqué a hablar con ella,

- Buenos días, ¿Me podría decir dónde está el sacerdote?

- ¿Es usted turista? –me devolvió la pregunta sin contestarme mientras dejaba de lado su entretenida labor y se levantaba para atenderme, acercándose a donde me encontraba.

- Sí, soy turista, y no, no sé el tiempo que me voy a quedar en el pueblo – contesté algo molesta recordando que siempre me hacían la misma pregunta, cual cantinela repetitiva que acaba molestando.

- ¡Es una pena! –acertó a afirmar la mujer sorprendida de mi reacción– el párroco no vive aquí, es de un pueblo próximo, más abajo en el valle, al otro lado de las montañas. Somos una pedanía demasiado pequeña con poca gente por eso únicamente nos visita una vez a la semana, con el tiempo justo para la misa, antes de salir hacia otra localidad a hacer lo mismo.

- ¿Es por eso por lo que a iglesia permanece cerrada?

- Sí, aunque la llave la tiene una de las vecinas que ayudan a preparar el oficio antes de que llegue el párroco, pero el resto del tiempo permanece cerrado. ¿Es que quiere visitarlo?, si quiere puedo pedir la llave.

- No es necesario, muchas gracias, sólo era curiosidad –afirmé mientras me despedía dirigiendo mis pasos calle abajo.

Aquello me sorprendió en sobremanera, todavía mantenía frescas y nítidas esas turbadoras imágenes que tanta intranquilidad me habían provocado, en las que había podido observar claramente cómo entraba con celeridad en aquel blanco, impoluto y pulcro templo.

Eso me generaba cierto desasosiego, pues una duda aumentaba en mi interior, al no tener claro si aquello que había soñado, se correspondería de alguna manera con la realidad, y la única forma que se me ocurrió en ese momento, fue atravesar aquellas grandes y pesadas puertas de madera que

celosamente guardaban en su interior lo que podía suponer toda una revelación para mí.

Todavía no había pensado en las consecuencias de que el interior de aquel sagrado edificio guardase una disposición idéntica a como había visto no hace tanto, si así fuese... sería increíble, más que eso..., imposible.

Apenas había dado unos escasos pasos con gran entereza, cuando aquella enérgica determinación se disipó como volátil nube que se disipa ante un tórrido amanecer.

Me detuve en seco ante el aluvión dudas que cual insistentes martilleos minaban mi ánimo impidiéndome seguir adelante, ni siquiera ahora que estaba tan cerca de saber la verdad de mi experiencia podía sosegar el pesar que me producía simplemente pensar que aquella pesadilla podía tener alguna base de verdad, pues si tal fuese, si el interior del templo coincidiese con lo que había visto, el resto... tendría también que ser verdad.

Una idea cuanto menos inquietante por no decir aterradora, que como si fuese un crio pequeño, no me atrevía a enfrentarme a mis miedos que se escondían detrás de aquellas colosales puertas, que parecían haber crecido de tamaño en los escasos metros que me había acercado.

Después de unos breves segundos que me parecieron eternos, en que mi cuerpo no respondía a ninguna de mis órdenes, desistí de mi intento, volviendo azarosamente sobre mis pasos.

Al girarme sobre mí, observé a aquella persona que parecía más desconcertada que yo sobre lo sucedido, tras un obligado saludo con una leve y rápida inclinación de cabeza, seguida de una sonrisa forzada, tratando de disimular mi nerviosismo, me dispuse a abusar de la buena disposición de aquella beata mujer, que parecía no tener prisa en la vida, pues permanecía impassible al paso del tiempo, entretenida tejiendo delante de la puerta de su casa. Sin casi darle tiempo a que me devolviese el saludo la solicité con voz entrecortada, señalando hacia el templo,

- Buena señora, me gustaría que me confirmase si la iglesia tiene a unos

bancos corridos a ambos lados del templo, y en uno de sus laterales, una pequeña oquedad con unas escaleras ascendentes que conducen al campanario y cerca de este la pila bautismal. Y en al frente, el altar y un gran Cristo crucificado colgado de lo más alto del techo, suspendido sobre el altar.

- Veo que ya la conoce bien –afirmó con satisfacción mientras inclinaba con serenidad su cabeza.

- Pues es la primera vez que estoy en éste pueblo –la confesé atónita por aquella confirmación.

- Seguro que lo ha visto en algún reportaje o catálogo, somos conocidos hasta en el extranjero por esta iglesia, la única de su género en esta parte del mundo –repuso sin darle importancia a aquello mientras seguía laborando.

- ¿Y eso? –pregunté extrañada tratando de recordar si lo había podido ver en algún documental.

- Es por la cruz, sabe, no es de aquí, la trajeron de tierras muy lejanas, aun cuando el pueblo no era más que un puñado de casas, no recuerdo muy bien de dónde, pero sí le puede asegurar que es antiquísima. Y no sólo es una reliquia más antigua que cualquiera del pueblo, sino que además es milagrosa.

- ¿Milagrosa? –pregunté algo incrédula por aquella afirmación que se escapaba de lo razonable.

- Sí, este pueblo ha sido muy famoso entre sus vecinos, incluso de lugares lejanos llegaban peregrinos para cumplir con sus promesas.

- ¿Ha dicho peregrinos?

- Sí, así es, llegaban legiones de devotos ataviados con sus trajes regionales, venían tantos que no cabían en el valle, y se formaban grandes colas delante del templo al que todos querían acudir para rendir pleitesía a la vez que solicitar algún favor para sí mismo o para algún familiar. Antiguamente se reunían en una fecha señalada, una vez al año, provenientes de todas las poblaciones vecinas sin excepción.

- ¿Una especie de romería?

- Si, algo así, no te sé decir con exactitud qué celebraban, pues de esto, no tengo memoria, pero sí que era una fiesta muy importante para todos, y en cambio mira ahora... –interrumpió bruscamente su relato mientras dirigía su mirada con pena hacia el silencioso templo.

Tras una profunda inspiración y sin perder de vista aquella edificación continuó,

- Ahora me parece demasiado grande para los pocos feligreses que acudimos a los actos litúrgicos, ni siquiera en los días de las fiestas patronales se llegan a llenar ni una sola de las bancas.

- ¿Qué ha pasado para pasar de un extremo a otro? –interrumpí extrañada de aquel comentario.

- Mira, muchacha, éste lugar ahora está dejado de la mano de Dios y no me extraña pues el pueblo le ha dado la espalda hace tiempo. La falta de trabajo, fue lo peor para el pueblo, pues le arrebató su futuro, pues se llevó lejos a la mayoría de nuestros jóvenes y ahora, míranos, apenas quedamos un puñado de viejos que no fuimos lo suficientemente valientes para emprender el camino de salida de éste pueblo.

- Lo dice usted con cierto reparo –le señalé sabiendo que en su corazón había más sentimiento del que sus palabras expresaba.

- Ya son muchos años con la misma gente, y sin ver caras nuevas, el único que parece interesado en nosotros es el señor párroco y apenas se queda unas pocas horas antes de volver por donde vino.

Dicho esto, bajó la mirada de aquel monumento y volvió a laborar, sin darle más importancia a mi presencia, que la de cualquier vecino que pasa sin siquiera percatarse.

Agradecida por la información me despedí deseándola un buen día, mientras iniciaba mi camino de regreso hacia la casa de hospedaje en donde estaba acogida. Tenía tantas cosas en qué pensar que sería bueno buscar un

poco de calma para ordenar mis ideas.

Con todo lo que me había comentado aquella señora, casi se me había olvidado aquella extraña experiencia vivida y los sentimientos de desasosiego que había despertado en mí. A lo que debía de añadir mi sorpresa por haber podido describir con exactitud el interior del templo sin haber puesto nunca ni un pie en el mismo, máxime cuando tenía las puertas cerradas, entonces, ¿Cómo podía saber tan bien sobre su interior?

Es algo que no se dejaba de repetir una y otra vez en mi cabeza, estaba claro que todo había sido un sueño muy real, de esos difíciles de olvidar, pero era en extraño todo. Algo no encajaba y me llenaba de intranquilidad.

Nunca había escuchado nada parecido a ningún de los compañeros campistas con los que a veces coincidíamos para hacer algunas salidas de varios días, y eso que una vez alcanzado el rellano donde levantar el campamento para pasar la noche, se solía encender una pequeña fogata, que aparte de proporcionar calor para calentar el agua y la comida, ofrecía a media noche un marco incomparable para contar historias, a cada cual más inverosímil.

A los chicos les gustaba siempre narrar anécdotas personales, exagerándolas en cuanto a su tenacidad y destreza a la hora de salir de los aprietos más inverosímiles.

A nosotras en cambio, nos gustaba narrar historias que les ponía la piel de gallina y les hacía palidecer, mientras disfrutábamos al verlos permanecer absortos en nuestras descripciones, a veces inventadas y otras veces maquilladas de la realidad.

Pero por muy raras que fueran las historias que había contado o que había escuchado, ninguna se parecía a ésta que viví en primera persona y la cual no había tenido la oportunidad de compartir con nadie para que me diese su opinión.

Ni siquiera le había escuchado nada parecido a quien fuera mi amor fugaz, uno de los mejores escaladores, que como yo apostaba muy alto, y se había

especializado en los ocho mil, y que en sus ratos libres no paraba de contar historias fantásticas de lugares increíbles que según él afirmaba había visitado. Fanfarroneaba continuamente de haber ido al origen del Ganges y que allí había visto a un elefante blanco que con sus patas hacía brotar nuevas fuentes del río sagrado; o a lo alto de una meseta perdida en el gran cañón del Colorado, y que cuando estaba en la cima deleitándose del paisaje tuvo una visión de una baile ancestral que celebraban unos indios que portaba grandes plumas blancas sobre sus cabezas, danzando alrededor de una hoguera al son de los tambores, a escasos metros de donde él estaba. Historias a cada cual más sorprendente, de un embaucador de mucho cuidado, que, con sus delicadas palabras, llenas de colores y viveza, iba engatusando hasta al más incrédulo. Pero no recuerdo que me constase nada que se le asemejase a esto que había vivido.

Ahora que lo pienso..., no se me ocurre motivo alguno por lo que una persona como él, que disfrutaba tanto de la vida y sobre todo de la compañía femenina, se podía meter en una actividad tan solitaria como esto de la escalada.

No me imagino cómo haría para soportar las largas jornadas de silencio ascendiendo por las cimas. Alguien al que le gustaba tanto hablar, que disfrutaba de una buena conversación, una persona eminentemente social, pues siempre estaba con uno o con amigo, pues los tenía por allá donde se moviese. Y si llegaba a un lugar en que no conocía a nadie de un viaje anterior, rápidamente hacía nuevos amigos.

Era alguien tan afable, abierto y espontáneo con el que compartí muy buenos periodos de mi vida, quizás en esos momentos, me engañaba creyendo que me podía enamorar de alguien tan disperso y volátil, pero lo que en realidad sentía era gratitud por esa agradable compañía.

Tanta que era difícil no tener el corazón alegre a su lado, ya que era de esas personas que era capaz de saber lo que te pasaba y si algo te preocupaba tenía las palabras adecuadas para provocar que me olvidase de mis problemas consiguiendo que acabase riéndome.

Se consideraba un imán de buenos momentos, de los cuales presumía tener

muchos y con muchos de sus amigos. Pero para mí tenía un pequeño defecto o uno grande, según se mire, siempre tenía puesta la vista en su siguiente objetivo. Cuando apenas había conseguido alcanzar su meta, a pesar de lo mucho que podía haberle costado alcanzarlo, ya estaba pensando en cómo realizar el siguiente reto, sin apenas darle tiempo a saborear las mieles del éxito alcanzado.

Cualquier otro en sus circunstancias, se pararía y disfrutaría de todo lo alcanzado, que no era poco, de tantos amigos como había conocido y multitud de experiencias acumuladas a lo largo del mundo.

Pero él parecía que nunca tenía suficiente, siempre quería más y más, más amigos, más experiencias, más logros y metas alcanzadas. Y por supuesto yo no era lo suficientemente importante para él como para hacerle desistir de ese acelerado estilo de vida, que siempre había llevado desde que le conocí.

A pesar de mis repetidos intentos por mantenerle a mi lado, tratando de evitar que saliese corriendo a cumplir con su próximo proyecto, proponiéndole incluso retrasar su partida con la excusa de que me tenía que preparar pues quería acompañarle, nada le retuvo demasiado tiempo.

A pesar de ser la persona más entrañable a la vez que inteligente que me había encontrado, su volatilidad, y probablemente su miedo al compromiso impedía poder tener ningún tipo de esperanza en un futuro juntos.

A pesar de todos sus desplantes y de haber tenido que estar aguardando su regreso por demasiado tiempo, había aprendido a aceptarle, sin esperar más de lo que era, procurando disfrutar juntos los pocos momentos que conseguíamos tener al año.

Un entrañable recuerdo me queda de su presencia, con aquellas interminables conversaciones hasta la madrugada, mientras estábamos sentados al raso bajo el manto estrellado de la noche. Una experiencia inolvidable que nunca creí poder vivir en mi vida, tan intensa, y llena buenos momentos. Pero todo se terminó, quedando únicamente un grato recuerdo del pasado.

Estaba absorta en mis pensamientos cuando me di cuenta que había mucho del pueblo que no conocía y que me gustaría saber. Así pues, pensé en acercarme a la casa del principal del pueblo, que había conocido la noche anterior cuando me recibió junto con otros tres vecinos del pueblo, en cuanto se percataron de mi presencia en su localidad.

No me costó demasiado descubrir quién era el responsable del pueblo y dónde vivía, así que dirigí hacia allí para informarle sobre aquel lago, pues estaba segura que había sido la causa de todo mi desconcierto. Además, quería conocer si alguien más que yo, había escuchado aquel fuerte ruido que escuché sobre la roca o por si al menos, habían visto deformarse al lago.

- Buenas días, señor.

- Buenas, ¿Qué se le ofrece?

- Antes de nada, agradecerle el recibimiento de anoche y el que me proporcionase un lugar donde quedarme en el pueblo.

- Es parte de nuestra forma de ser, no la iba a dejar en la calle a esas horas, además, ¿A dónde iba a ir?

- No sé, muchas gracias.

- Pero dígame, ¿A qué ha venido al pueblo?

- Ah, eso, estaba paseando por la zona y vi a distancia el humo de las chimeneas y por eso me acerqué.

- Pues ha sido muy afortunada, no hay ninguna otra localidad por la zona, por lo que tendría que haber dormido a la intemperie.

- Eso ya lo he hecho en alguna que otra ocasión, aunque siempre es más cómodo tener mi propio cuarto. Por cierto, el pueblo me ha encantado, está en lugar un paradisíaco, una belleza así no se encuentra todos los días.

- Gracias por sus palabras.

- Por cierto, quisiera preguntarle sobre el lago.

- Dígame, ¿Qué quiere saber?
- ¿Ha escuchado algo esta mañana?
- ¿Algo como qué?
- No sé, un gran ruido seco.
- ¿Un golpe?
- Si algo así, pero muy fuerte.
- No, ¿Por qué?
- Pues porque yo sí lo he escuchado.
- Debe de ser porque se ha caído algo, quizás un tronco movido por el viento, es muy corriente.
- No esto era mucho más fuerte.
- ¿Dónde lo escuchó?
- A la orilla del lago, y además vi algo raro en su superficie como si se hundiese su centro.
- ¿Del lago?, imposible.
- ¿No ha visto nada parecido?
- No nunca he escuchado comentar a nadie que haya sucedido nada como lo que describe, ni siquiera lo he leído antes.
- ¿Dónde dice que no lo ha leído?
- En los libros de historia del pueblo, todos los hechos importantes quedan recogidos en estas memorias –comentó mientras indicaba con la mano a unos cuantos libros apilados sobre un armario.
- Tenga, en este se resume nuestra historia desde su origen y fundación,

hasta hace tres años –explicó entregándome un libro con pastas ricamente adornadas.

Estaba bastante desconcertada con todo aquello. Esperaba recibir alguna respuesta sobre lo acontecido, pero no me supo decir nada al respecto y lo único que saqué es un libro de historia. Cada vez me parecía más claro que se había tratado de una experiencia personal, de la cual, al parecer, nadie había visto ni sentido nada parecido. Me dirigí cuesta abajo algo turbada por la falta de respuestas, dudando sobre si sería o no un sueño todo aquello. Mis pasos me llevaron de nuevo frente al inmenso y oscuro lago, y acercándome con mucho cuidado me situé encima de las rocas próximas a su orilla, en el mismo lugar donde esta mañana había estado sentada.

Allí tras mirar a mí alrededor para deleitarme con el paisaje y tras comprobar que la superficie del lago permanecía inalterada, me senté y me dispuse a leer las crónicas recogidas en aquel libro. Estuve hojeando lentamente los primeros años de su historia, viendo que no tenía nada de particular con respecto a lo que otros pueblos, con la única particularidad de encontrarse en mitad un valle por el que debían transitar todas las caravanas, por lo que rápidamente se convirtió en un lugar próspero.

Los comerciantes de los alrededores se concentraban en sus calles para negociar con los mercaderes, que provenían de lejos, buscando rebajar el precio de los productos. Lo que incrementó el número de habitantes a la vez que trajo el desarrollo a sus calles, convirtiéndose en el centro neurálgico del comercio de la comarca.

Con el tiempo, y debido al avance de los nuevos medios de transporte, se buscaron nuevas rutas con las que acortar el tiempo de trayecto, lo que llevó a que el pueblo fuera perdiendo su importancia estratégica y sus habitantes la fueran abandonado, quedando relegado a un hermoso lugar de recreo para los más nostálgicos.

Después de un tiempo llegó una época de gran conmoción, coincidente con la apertura de unas minas a cielo abierto próximas, en las que todos tenían puestas sus esperanzas, a pesar de sabían que con ello sacrificaban parte de sus recursos medioambientales. Pero por desgracia para todos, aquella fiebre

por la minería pasó pronto, pues las excavaciones de la zona no daban las cantidades de mineral, esperados y necesarios para hacer el proyecto viable, así que decidieron cerrarlas y echando a todos los que en ellas trabajaban.

Pasados los años, un empresario avisado que no tardó mucho en promulgarse como autoridad política del pueblo, intentó darle vida a la zona aprovechando el idílico paisaje y la amplitud del lago. Planteó un amplio proyecto que incluía casas próximas al agua, un paseo marítimo con su embarcadero que hacía las veces de pequeño puerto deportivo, todo orientado a clientes selectos, entre los que esperaba incluir a políticos y gente del celuloide, que se pudiesen permitir pagar una inolvidable estancia de diversión y lujo, alejado de las indiscretas cámaras y fotógrafos. Convirtiendo aquel lago en la atracción principal donde practicar todo tipo de deportes acuáticos todo el año.

Pero algo que no quedó reflejado en los libros sucedió que provocó el desmantelamiento de aquel gran proyecto urbanístico y lúdico. La desaparición misteriosa de varios buceadores que trataban de determinar la profundidad del lago, junto con algunos trabajadores que, encargados de la construcción del embarcadero, dio al traste con todos aquellos planes, descartándose cualquier proyecto próximo a esas aguas. Eso me extrañó bastante, parecía que aquel lugar estuviese rodeado del misterio, puede que hasta le atribuyesen algún tipo de identidad como la de una deidad como hacen muchos pueblos primitivos, cuando se enfrentan ante fenómenos que no consiguen comprender, como volcanes, tornados o inundaciones, en tales casos surge la creencia de que es el dios del fuego, del aire o de la lluvia quien les castiga por haber hecho o dejado de hacer algo.

Puede que este pueblo haya mantenido viva una tradición tan ancestral simplemente porque se han producido algunos accidentes en sus aguas. Un accidente lo tiene cualquier, no veo porqué paralizaron un proyecto que sin duda devolvería al pueblo la grandiosidad que tuvo en el pasado.

A nadie se le ocurriría pensar que en aquel inmenso lago de aguas negras se ocultas algún tipo de animal peligroso que acabase con cualquiera que se acercase a sus orillas. Esto no es uno de esos lugares calurosos ni ninguno las áreas tropicales de África, Asia, América o Australia, donde anidan

cocodrilos al acecho de sus presas, ni son las aguas dulces de los ríos principales o de alguno de sus afluentes de América del Sur, en la zona de la Amazonia, el Orinoco, las Guayabas o Paraguay, donde en determinados tramos abundan las pequeñas pero mortíferas pirañas que dan buena cuenta de los intrépidos y descuidados excursionistas o contrabandistas que quieren atravesar sus aguas sin las preceptivas medidas de seguridad.

En estas latitudes no hay ninguno de estos carnívoros acuáticos, que como si fuesen carroñeros se alimentan de sus presas sin dejar más que huesos amontonados en el fondo de sus aguas. Lo único podría provocar un temor así entre la población sería la existencia de un animal prehistórico que sobreviviera en las gélidas proveniente de las glaciaciones, tal y como cuentan de Nessie, ese animal que algunos afirman haber visto y del que hay algunas borrosas imágenes en las tierras altas de Escocia, en el lago Ness.

Un animal tan celoso de su la existencia que sería capaz de matar para mantener el secreto de su presencia, oculto a los ojos del resto de la población.

“Puestos a imaginar disparates todo valdría para explicar aquella aparente falta de interés por el lago”, me dije para mí con tono burlesco mientras intentaba reponerme de la impresión que me provocaban aquellos espantosos pensamientos.

Seguí hojeando aquel libro, de fotos en blanco y negro me di cuenta de que en una de ellas e veía una escena cuanto menos pintorescas, en la imagen se mostraba la iglesia que tanta curiosidad me había despertado, debido a esa experiencia parecida de un deja vi, en el que había visto con anterioridad su contenido en ese extraño sueño, interiores que me fue confirmado primeramente por aquella vecina que estaba tejiendo a la puerta de su casa próxima a la iglesia.

En la foto aquella iglesia estaba rodeada de multitud de personas que ocupaban todo el espacio libre dejando un hueco en el centro de la avenida del pueblo por el que subían y bajaban gente.

Tal cantidad de gente me parecía increíble en un lugar casi desértico, ahora

olvidado de la mano de Dios, pero que en un tiempo al parecer era sin duda un reclamo, tal y como atestiguaba la foto.

En el pie de la misma rezaba una pequeña nota que indicaba romería anual.

Era una romería, aquello me extrañó, pues hasta ahora sabía que el pueblo había tenido un momento bueno turísticamente justo a raíz de la explotación del lago como reclamo, pero lo de aquella romería y con tanto público era toda una sorpresa.

Aunque recuerdo, que alguien me dijo, que la iglesia ahora se había quedado grande para los pocos feligreses que iban, pero que, en un tiempo, se llenaba, probablemente se estuviese refiriendo a estos momentos de romería, en que seguramente vendrían devotos de otros lugares a celebrar junto con los del pueblo aquella marcada fecha religiosa.

Lo que no consigo entender es cómo un centro así puede haber perdido su empuje, puede que hay llegado al lugar en el momento de menor afluencia, puede que, dentro de unos meses, se recupere de esta afluencia de la calle y que todo se llene de jolgorio de devotos orantes.

Pero algo dentro de mí me decía que aquello pertenecía a tiempos menores, y que ahora, no los propios del pueblo se acordarían de la celebración del día de la romería.

Al menos esa impresión con me habían causado sus habitantes, que lejos de mostrar grandes emociones parecía bastante aplacados, como si la calma de aquel lugar hubiese acabado con las pasiones más comunes.

La única que parecía que mantenía viva era la curiosidad, sobre todo cuando me preguntaba una y otra vez, sobre cuánto tiempo me iba a quedar en aquel lugar.

No sé si estaban encantos de mi presencia y querían que postergase mi salida, o que les molestaba que estuviese allí y preferían que abandonase aquel lugar cuanto antes, sea como fuere, no había visto a nadie de aquel pueblo que después de hablar con él no me preguntase lo mismo. Lo que sin duda me daba pista sobre la poca presencia de extranjeros en aquella

localidad

Lo que sin duda acrecentaba mi desconcierto sobre cómo un lugar, aparentemente famoso y lleno de recursos podía de la noche a la mañana casi desaparecer del mapa, siendo olvidado por el resto de las localidades de su alrededor.

Hasta cabría la posibilidad de la creencia en espíritus del pasado, que, penando sus faltas, merodean las márgenes de aquellas oscuras aguas, adueñándose de las almas de los infelices que se acercan a contemplar sus orillas, hipnotizados por el reflejo de su superficie en los días de luna llena.

Un sinfín de leyendas, tradiciones y creencias de lo más variopinto que pueden dar explicación a extrañas desapariciones, cuando a lo mejor únicamente es que se trate de un agua con algún componente altamente tóxico para la vida humana o al respirar la emanación de algún gas que proveniente del subsuelo se filtre por el agua en forma de burbujas que estallan al llegar a la superficie.

Cada vez que pensaba más y más en ello, me ponía a mí misma más nerviosa, al comprobar cómo sí era posible que tuviese que tener cuidado con aquellas aguas a las que el pueblo tanto parecía temer. Puede que por eso los habitantes de aquel pacífico pueblo hayan determinado considerarla un agua mala, de la que deberían de permanecer alejada, sin realizar ningún descabellado planteamiento más sobre el origen de ese temor.

En cambio, a mí se me estaba poniendo la carne de gallina a la vez que me entraba una especie de escalofrío por todo el cuerpo, de pensar las numerosas posibilidades, a cada cual más terroríficas, que podría dar explicación a aquella ausencia de vida alrededor del lago y al hecho de que el pueblo haya vivido siempre de espaldas al mismo.

Al menos para mí, era inconcebible pensar que nadie se hubiese preocupado hasta ese momento de saber algo más sobre ese lago, de dónde provienen sus aguas, qué profundidad tiene, o cualquier otro dato relevante a parte de sus dimensiones. Lo normal, es que hubiesen tratado de dominarlo y explotarlo, tal y como se hace en otros lugares, en que construyen paseos,

embarcaderos, diques y presas con las que moldear a voluntad, aumentando o reduciendo la forma y el volumen de sus aguas.

Otros pueblos han llegado más allá, sobreexplotando sus recursos hídricos para mantener los cultivos de regadío, desecando lagunas enteras y acabando de esta forma con toda forma de vida acuática que contuviese, además de eliminar la posibilidad de que diversas especies de aves aniden o simplemente descansen, en las márgenes del lago, antes de seguir sus procesos migratorios.

Este sería uno de los muchos casos de abusos medioambientales que conscientes o no de sus efectos, dejaban tras de sí un pasaje desolador, ya sea con la quema o tala indiscriminada de árboles, la contaminación de las tierras o aguas con la creación de vertederos que acumula todo tipo de basura u otros desperdicios o incluso productos tóxicos, o la citada desecación de los humedales.

La Tierra ha estado sufriendo durante mucho tiempo la indiferencia de los humanos que han usado para su bien de los recursos que en cada momento consideraban más beneficiosos para sus intereses sin tener en cuenta que aquello iba a dejar una huella y sobre todo consecuencias para las generaciones futuras.

Luego se quejan y con razón, algunos pueblos que sufren las consecuencias de una inusitada fuerza de la naturaleza, con corrimientos de tierra, riadas, tornados e incluso hambrunas por falta de lluvia. Sin darse cuenta de que a veces, simplemente son molestas consecuencias de sus propias prácticas, al desviar artificialmente los cursos de los ríos que se recupera cuando aumenta el caudal llevándose todo lo que hay por en medio; o al talar los árboles que atraen la humedad y que mantienen la tierra firme, a la vez que frenan la fuerza del viento.

Por suerte el hombre va poco a poco tomando conciencia de la naturaleza de vivir en un planeta en el que no estamos solos, sino que, nos guste o no, somos parte de un ecosistema en el cual vivimos, por lo que hay que mantener un cierto equilibrio entre la conservación de la riqueza natural de la zona y la producción agrícola o ganadera por parte de los vecinos.

Estando pensando en ello, que me retrotraía a mis tiempos de juventud, a la época de mayor auge del activismo ecológico, mientras seguía sin despegar la mirada del libro que me acababan de regalar, se encendió una gran luz que empezó a deslumbrar, como un gran destello cegador.

Lo cual no dejaba de ser un hecho bastante corriente en la naturaleza, ya que a veces se producen por que se despeje una parte del cielo nublado dejando entrar un rayo de sol, o bien antes de la puesta del sol, en el que parece que está tocando el horizonte, su claridad es tan grande que hasta puede llegar a molestar. Incluso como en ésta ocasión en el que provenía de la superficie del lago reflejo del sol, o al menos así entendí en un primer momento.

Casi instantáneamente cubrí mis ojos con una mano, a la espera de que con eso fuese suficiente, pero como no cesaba puse el libro abierto en medio, pero como era tan intensa y persistente la luz, no pude por más que quitarme de encima de esa roca para intentar observar, desde otro ángulo en que no reflejara tanto, qué era aquello.

A pesar de mis repetidos intentos, cada vez que miraba a la superficie de aquel lago, lo único que conseguía entrever era una gran luz cegadora que me impedía saber de qué se trataba. No sabía qué hacer al respecto, si esperar o marcharme de aquel lugar, pues era tal la intensidad que hasta empezaba a darme dolor de cabeza, tal y como solía sucederme cuando salía a correr al parque, alguna que otra mañana, sin llevar mis gafas de sol puestas. El dolor puede ser tan intenso que hasta me impida seguir desarrollando mi actividad, teniendo que refugiarme en alguna cafetería a la espera de que se me pase o regresar a casa en busca de las gafas.

Me dispuse rápidamente a abandonar aquel lugar, cuando me sorprendió que mi sombra no proviniera del sol como cabría esperar, máxime cuando estaba en su cenit, sino que procedía del propio lago, por lo que la tenía delante de mí. Una luz más fuerte que el sol, eso era demasiado extraño para mí, además después de haber experimentado aquella experiencia por la mañana no estaba seguro de poder aguantar más sobresaltos sin perder los nervios.

Esta agua cada vez me dejaba menos sobrecogido por su belleza y calma, y

de empezaba a provocar casi urticarias, nada más pensar en ello.

No recuerdo en mi vida tantos hechos sin sentido, y además pareciera que yo era la única que se percataba de ello.

Los demás parecían despreocupados, viviendo sus vidas sin alterarse lo más mínimo por mis experiencias, viviendo al margen del lago sin plantearse porque durante cientos de años nadie se había acercado a él, y cuando lo habían hecho no había salido de ahí.

Como pude corrí al lado del borde del lago, aunque sin acercarme tanto que pudiese caerme, con la curiosidad de encontrar una posición diferente a la que me encontraba desde donde no se quedase deslumbrada por esa potente luz y pudiese descubrir el origen de aquel fogonazo continuado de luminosidad.

Tras recorrer unos cuantos metros, en las que me fijaba en la intensidad de la sombra, para evitar mirar fijamente y que me pudiese dañar la vista, la luz disminuyó y me paré para ver desde ahí hacia el lago, pero conseguía ver nada especial que pudiese justificar aquel fenómeno que cada vez me parecía poco natural.

No sabía de dónde podía surgir esa luz tan intensa, ni comprendía cómo y porqué se producía. Es como si la tierra se hubiese abierto, y de ella hubiese surgido un gran destello, pero ¿Cómo podía ser posible?

No entendía nada, cuando de repente, vi que el agua se movía, como cuando se suelta un pellizco de un globo provocando ondulaciones hasta quedarse totalmente plano.

Esta vez no había escuchado ningún ruido como en el caso anterior, y el lago sí se había movido.

En cambio, no veía ni rastro de aquello que podía ser el origen de la luz cegadora.

Estando en este pensamiento vi cómo el sol se reflejaba en la superficie del lago, como en otras ocasiones había visto y me pregunté si no sería aquello lo que me habría deslumbrado, pero ¿Cómo podía ser?

Estando el sol tan alto, su único reflejo podía ser hacia arriba, si estuviese a otra hora, quizás el sol en el poniente o en el saliente, su reflejo podía ser proyectado de forma casi horizontal, pero no era el caso.

Lo que parecía claro es que aquel lago mantenía una consistencia como gelatinosa, pues cuando le había visto en dos ocasiones volver a su estado natural, en ambas el agua no se había roto, ni había formado olas o remolinos, algo que me extrañó profundamente. Volví a mi sitio a por el libro y me senté.

Al cogerlo este había cambiado de página, a una mucho más avanzada, próxima a lo que sería la historia actual de la cual no estaba muy intentada, ya que esa la conocía por mí misma.

Un lugar venido a menos, que perdió su fuente principal de ingresos al crear una autopista, que hacía que los viajeros no tuviesen que pasar por el pueblo, provocando con ello la consiguiente pérdida de ingresos económicos.

Un dato que me llamó mucho la atención en el libro fue al descubrir que la campana de la iglesia sólo se llegó a tocar una vez.

Según leí, en el campanario de la iglesia se instaló una campana.

En su inauguración la hicieron sonar y repicó tanto que se escuchaba a gran distancia, pero para sorpresa de todos y sin saber cómo, el pueblo se vio invadido un reguero de agua oscura, que al principio no se sabía qué era, pero que fue aumentando su caudal.

Los habitantes creyendo que era una tubería rota colocaron pequeñas piedras por donde parecía que salía a la espera de que viniesen a reparar la avería. Pero aquello no paraba de brotar, tanto que hasta llegó a inundar la avenida principal formándose una lengua de agua negra que iba hasta los pies de la iglesia, y que, llegando allí, no avanzaba y se acumulaba como si un gran cristal lo contuviese.

Cuando en la iglesia se dejó de escuchar la campana, el agua al igual que había venido empezó a desaparecer entre las grietas de la tierra, no quedando ni rastro de su presencia, desde ese momento, nunca se ha vuelto a tocar

aquella campana.

Esto era de la parte de la historia reciente, miré la fecha de ese fragmento en el libro que correspondía a la historia popular de los hechos más relevantes acontecidos en los últimos años, y para mi sorpresa no habían pasado ni tres de aquello.

¿Cómo podía ser posible?, si hubiese sido hace diez años, cuando no había recursos ni medios para averiguar lo sucedido, lo podría entender, pero en la actualidad, ¿Y si se volvían a producir aquellas grietas y salía de nuevo el agua?, ¿Por qué la gente de este pueblo no hacía nada al respecto?

Capítulo 2. La Intervención Eclesiástica

Pero ahora me encontraba delatante de este nuevo misterio, un oscuro lago que parecía no nutrirse de ningún río y que mantiene un insólito color negruzco, además de estar envuelto en una serie de caos de desapariciones misteriosas de vecinos y trabajadores que han cercenado las posibilidades de desarrollo del pueblo que indefensa que está próximo a su orilla, sin con la única idea clara de que aquella agua no es buena para la vida.

Un hecho irrenunciable visto la escasa vegetación de la zona, y por la ausencia absoluta de ella próximo a la orilla, además de por faltar, faltan hasta los animales que suelen bajar a beber y refrescar en el lago, los pájaros que revolotean alrededor del agua, o los animales anfibios e insectos que no faltan en cualquier concentración de agua.

La presencia o no de peces es algo que todavía no me ha quedado claro, ya que el ennegrecimiento de la superficie, que tanto recuerda al betún impide saber si debajo habrá vida, aunque dudo que fuese como la que conocemos, pues todos los seres vivos en mayor o menor medida necesitamos la influencia de ese astro rey que es el sol, y del que dependemos no solo para alimentarnos sino para mantener, nuestras condiciones de vida sobre la superficie de la tierra.

Sin este astro, únicamente seríamos uno de esos enormes cubos de hielo que vagan sin rumba por las galaxias, esperando encontrar el lugar donde ubicarse, próximo a un sol que lo pueda calentar, pero sin estar demasiado cerca para no ser atraído por su campo gravitacional y destruido por su calor.

No ha que no hay que perder de vista aquel sol es una estrella incandescente, y su mera proximidad convierta a cualquier planeta en combustible que se erosiona, y hasta que se destruye explotando en miles de fragmentos.

Una convulsión originada por la presión a la que se somete además del

calor que impide mantener la estructura intacta del planeta.

Cada vez entendía menos, regresé al pueblo y pregunté por la dirección del sacerdote, me dijeron en qué pueblo vivía y hacia donde me debía de dirigir. Tardé casi dos días en llegar y cuando lo hice, le encontré al hombre oficiando. Esperé a que terminase y después me acerqué a la sacristía a comentarle mis dudas.

El cual me atendió amablemente, y cuando le comenté el motivo de mi visita cerró rápidamente la puerta de la sacristía para que nadie nos pudiese oír hablar, tras lo cual confirmó todo lo que hasta ahora había conseguido averiguar y manifestó con aire reservado notablemente afligido,

- Todavía sigo yendo allí por los pocos fieles que aún tiene, para que no pierdan sus almas, pero es un lugar que no tiene solución.

- ¿A qué se refiere? –pregunté sorprendida e intrigada por aquellas incomprensibles palabras que denotaban su intranquilidad.

- Los habitantes han ido dejando de asistir a los actos religiosos –sentenció receloso de compartir lo que sabía y que parecía provocarle desasosiego pues no paraba de moverse de un lugar a otro de la habitación.

Tras dar varios pasos más se paró y dirigiéndose hacia mí me susurró al oído,

- Al principio no comprendí el por qué, pero estoy seguro de que es por el lago.

- ¿Cómo? –dejé escapar atónita por aquella escueta afirmación que iba en la línea de mis sospechas, aunque todavía no sabía cómo articularlo.

El sacerdote se acercó a una cómoda y realizó una genuflexión frente a la figura de un Cristo que tenía encima, tras guardar unos momentos de silencio continuó con un hablar pausado y con signos evidentes de estar afectado por ello,

- Poco a poco el ánimo de aquellos fieles fue cambiando, creía que se

trataba de algún elemento subversivo, algún joven que habría regresado con ideas modernas que suelen acarrear problemas de fe en el resto, pero no había sido así.

Luego pensé que era desidia y fui casa por casa intentando convencerles de que acudiesen a la iglesia, pero nada conseguí.

Ahora sólo van tres personas y me parece que ni ellas mismas saben ya por qué lo hacen, pero por esas tres me acerco muy a mi pesar.

- ¿Por qué a su pesar? –volví a insistir sin entender lo que le motivaba a sentirse así. No sé si se trataba de miedo o culpa, pero estaba claro que le afectaba tanto que casi era incapaz de expresarse.

- ¿Ya sabe lo del día en que estrenamos la campana? –Preguntó mientras abría la puerta y volvía a cerrarla tras comprobar que no quedaba nadie en la iglesia– aquello fue una señal clara de que en aquel pueblo existe un señor y que no quería ser molestado ni perturbado por otro.

- ¿Qué señor?, ¿De qué me habla? –reclamé algo azorada por la conversación que se me hacía cada vez más impenetrable e incomprensible.

- Verá joven, en la Biblia hay muchos relatos que recogen la lucha entre el bien y el mal, se mencionan lugares que están ofrecidos hacia uno y otro bando –citó como si estuviese dando un sermón dominical a su feligresía.

- Sodoma y Gomorra –repuse rápidamente tratando de recordar algún pasaje del texto sagrado que coincidiese con eso que mencionaba.

- No sólo ellos, quizás esos sitios son los más conocidos por el público, pero hay muchos otros, en donde los hombres de bien no deberían ni acercarse.

Si lo hago no es por gusto, sino porque esas tres personas mantengan la poca fe que aún les queda, si dejasen de venir a la iglesia no tendría ningún motivo para regresar al pueblo –remarcó dejando claro que su vocación y su deber para con sus parroquianos estaba por encima de sus propios miedos y temores.

- Pero eso es cobardía –indiqué con tono de reproche, francamente molesta por aquella reacción irracional.

- No se crea, me lo he planteado muchas veces, pues sería como dudar de mi propia fe y de su capacidad de cambiar a todo el que me escucha, pero la realidad es bien diferente, he estado allí, y he sentido la fuerza del que manda –zanjó el sacerdote levantándose, dirigiéndose hacia la puerta para terminar la conversación.

- ¿Se refiere a cuando llegó el agua hasta los pies de la iglesia? –pregunté apresuradamente buscando que me respondiese al menos a eso antes de que me echase de aquel lugar.

- Sí, así es, no sabe usted lo impresionante que fue aquello y créame no era natural lo que allí pudimos ver.

Como ha podido observar, la iglesia está construida en la parte más alta del lugar, y aunque la calle principal da directamente a ella, ninguno de los edificios colindantes ni siquiera se llegó a mojar.

Aquella lengua negra fue contra el templo sagrado, pero no pudo acercarse por suerte para mí –afirmó con voz temblorosa mientras se tapaba la cara con la mano, como si aquel recuerdo le provocase algún tipo de dolor espiritual.

- No entiendo, ¿De dónde venía esa agua?, ¿Y cómo podía ascender por la pequeña cuesta del pueblo? –seguí interrogándole, viendo que a pesar de sus sentimientos perturbadores contestaba, como si respondiéndome se confesase liberando así del peso de un grave secreto.

- Eso es lo que nos preguntábamos todos y nadie tenía respuesta, pero sé que el origen de todo está en el fondo de ese lago –dictaminó mirándome directamente dejando entrever una mirada inquieta y con una profunda tristeza.

- ¿Del lago? –intenté sonsacarle siguiéndole la conversación.

- Sí así es, habrá de saber que a diferencia de lo que muchos creen, no siempre tuvo ese color, era de color azul verdoso, propio de la vegetación que

crecía en su interior y estaba rodeado de una gran arboleda llena de vida, y ahora, ya lo conoce –me ilustró, sin aclarar directamente lo que conocía.

- Sí, no hay ni mosquitos –bromeé tratando de aligerar el ambiente cargado de estremecedoras emociones.

- Efectivamente, ese lago se ha ido comiendo poco a poco toda la vida de su alrededor hasta no dejar nada –volvió a insistir dejándome boquiabierto por su rotundidad en la respuesta.

- ¿Y a los del pueblo no les ha afectado? –volví a preguntar queriendo profundizar en aquel hermético misterio, viendo que poco a poco, en el calor de la conversación iba aumentando la confianza y sus reticencias iniciales a hablar se difuminaban.

- Creo que se les ha metido en las venas –atestiguó mientras me sujetaba la muñeca girándola hacia arriba.

- ¿Cómo dice? –pregunté asustada por aquel gesto sin entender a qué se refería, mientras intentaba zafarme de aquella situación.

- El pueblo se suministra de un depósito a las afueras, en dirección contraria al lago, donde se recogen, almacenan y utilizan las lluvias para todos los menesteres de la casa. Pero estoy seguro de que el lago ha encontrado la forma de acceder a las cañerías y ha entrado en todos los hogares –concluyó soltándome la mano mientras volvía a iniciar su retahíla de cortos paseos por la sacristía.

Aquello me extrañó mucho, pues ahora no entendía muy bien lo que me estaba explicando, no porque no se explicase bien, que lo hacía, sino porque estaba hablando como si aquel cúmulo de agua, no fuese casual y tuviese alguna especie de voluntad, casi de inteligencia para hacer lo que decía.

- ¿Y cuál sería su objetivo? –pregunté siguiendo su razonamiento sin estar segura de que aquello tuviese algún sentido.

- Llevarse las almas de mis feligreses, pues sus cuerpos aun quedando ahí son como vehículos inertes sin voluntad –aseveró con rotundidad sin que le

temblase la voz, mientras se situaba frente al Cristo de encima de la cómoda y se santiguaba.

Eso me volvió a sorprender, pues había estado en aquel lugar y no había observado ningún comportamiento fuera de lo normal, todos actuaban de una forma adecuada cada uno según su profesión u oficio. El único que había faltado era el sacerdote, pero teniendo esos pensamientos tan extraños no me parecía raro que no pasase muy frecuentemente por aquel lugar.

Le agradecí aquella información, un poco asustada por todo lo que acababa de escuchar, no del lugar sino porque dejasen a alguien con esos pensamientos seguir ejerciendo, en vez de estar reposando en donde le pudiesen ayudar.

Pero antes de despedirnos, cogiéndome el brazo con fuerza para asegurarse de que lo entendía con claridad, me aconsejó con tono tajante,

- No se quede demasiado tiempo, pues si así hace no podrá salir más, nadie lo ha hecho en los últimos años, soy el único que todavía visito el lugar.

Aquello me extrañó aún más, pues ya no era el sacerdote sólo el que pensaba así, por lo que me decía, sino el resto de los habitantes de la zona también lo compartían y no se acercaban al lugar. No estaba segura de aquello último, antes de regresar paseé por el pueblo donde residía el sacerdote y pregunté a varios de sus habitantes, y en casi todos me encontré una respuesta curiosa e inesperada.

En cuando mencionaba el nombre del lugar todos escupían en el suelo, se daban la vuelta y ni siquiera me respondían. Eso me sucedió con varias personas mayores, que eran la que más tendrían que saber de sus alrededores incluido ese pueblo, pero nada conseguí averiguar más de aquel lugar, parecía que no les traía buenos recuerdos.

Un joven que vio mi desesperación, por no encontrar respuesta, me invitó a sentarme de una silla que tenía a las puertas de un pequeño bar y así lo hice, me puso un poco de limonada y con una melosa sonrisa afirmó,

- Nada más sacarás de los ancianos de aquí ni de cualquier otro lugar próximo. Ese sitio es impronunciable.

- ¿Pero por qué? –pregunté intrigada ante aquel hermetismo.
- Todos los de la localidad, tienen algún familiar allí, primos, tíos y otros parientes, pero saben que para ellos aquellos están desaparecidos –respondió con melancolía, mientras su mirada se perdía en el horizonte.
- ¿Cómo que desaparecidos?, si están en el pueblo –rebatí aquella incomprensible afirmación que no se ajustaba lo que había constatado.
- Aquí es que son muy supersticiosos –puntualizó sin siquiera bajar la mirada perdida, dirigida a las cumbres de las montañas vecinas, como si allí se encontrase algo añorado.
- De eso ya me he dado cuenta incluso el sacerdote –declaré algo incómoda por aquella reiteración en aquella obviedad.
- No soy de aquí, pero he conocido sus historias y en verdad que se salen de la comprensión, y lo que menos entiendo es cómo ellos se lo creen –comentó mientras se rascaba la nuca con complacencia.
- ¿Tú has estado en el lago? –pregunté aliviada al ver que no era la única que ponía la razón por delante en aquel lugar.
- Ni loco, una cosa es que no comparta con ellos sus supersticiones y otra que sea tan incauto como para ir a ese lugar –contestó mientras daba un respingo hacia atrás asombrado por mi pregunta.
- Pero me has dicho que eso no son más que habladurías –repuse perpleja porque contradecía sus propias palabras.
- La explicación a los hechos sí, lo que no está tan claro para mí es eso, pero por nada del mundo me acercaría a aquella aldea –volvió a insistir mientras daba un paso hacia atrás con la cara desencajada por la mera idea de realizar ese viaje.
- Pues he estado allí y nada me ha pasado –solté mofándome de su actitud y la de todos los del pueblo, aunque ellos no me pudiesen escuchar.

- ¿Estás segura? –preguntó escéptico mirándome directamente a los ojos.

- Bueno, si te soy sincera, en dos ocasiones he sentido algo extraño, no te sabría explicar.

En una ocasión he visto al lago bombearse, luego tuve una visión en que corría por el pueblo y no había nadie y me refugiaba en la iglesia. También estaba lo de la luz que salía del lago que me cegaba –presumí delante de mi joven interlocutor.

El joven se quedó pálido, como si hubiese visto a un difunto. Dejó caer el vaso que tenía y salió corriendo en dirección a la iglesia.

No entendía nada, se supone que aquel era el más cabal de los habitantes, y nada más escuchar mi relato había huido como alma en pena.

Quise pararle, pero viendo su desasosiego preferí dejarlo.

La verdad es que no sabía qué más podría hacer en un lugar en el que no querían hablar conmigo.

Lo poco que había sacado en claro de allí, es que ese pueblo del lago no era considerado por ninguno como algo positivo al que ir un fin de semana.

Quizás no era lo más apropiado, pero me acerqué a la iglesia para despedirme del sacerdote, ya que era el único que me había atendido correctamente en este pueblo.

A mi llegada, nada más entrar en el templo se me acercó el sacerdote y me dijo con tono casi despectivo.

- Santígüese con agua bendita, esta es la única ayuda que podrás encontrar aquí.

Así lo hice sorprendida, y tras ello, él respiró profundamente y me continuó con un tono más calmado,

- No te dejes influir por lo que veas o sientas, mi recomendación es que no vuelvas por el lago, este te está llamando, te ha enseñado maravillas, como al

resto, pero lo que quiere es que no te marches de su lado.

- Ya me comentó el joven –dije señalando al que todavía estaba temblando en el banco de una esquina de la iglesia con las manos juntas y mirando a la figura de una Virgen– que a aquellos los consideráis desaparecidos, aunque diría más bien como muertos en vida.

- No tienen vida para nosotros, pues la vida es voluntad y esa hace tiempo que la perdieron –remarcó como si intentase sacarme de mi error.

- Pero he estado allí y los que están no se les ve nada diferente –volví a insistir sin llegar a comprender cómo habían podido llegar a esa absurda conclusión en este pueblo.

- Eso es porque no has estado una noche de luna nueva, entonces el lago vuelve al pueblo y todos sus habitantes entran en este –declaró fulminantemente sin dejar que me explicase.

Ya no sabía que pensar, ante la reacción del más cuerdo del lugar y ahora del sacerdote que hablaba con tanta seguridad.

- Entonces, mejor me voy hacia otro lado –comenté inocentemente sabiendo lo que me iba a responder.

- ¿Adónde te dirigías? –preguntó cordialmente el sacerdote poniéndome una mano sobre el hombro.

- A ningún lado en concreto, sólo estoy andando en dirección a la salida del sol, esa es mi meta –comenté sabiendo que el tema de aquel pueblo estaba agotado y que nada de lo que les dijese les haría cambiar de opinión.

- Continúa pues tu camino, pero haz por no regresar allí, pues si no, nunca podrás volver a salir –me aconsejó zanjando el asunto.

- Pero usted lo hace, me refiero a que todas las semanas va y luego sale –repliqué extrañada porque parecía inmune para aquello que le asustaba.

- ¿Crees que no me ha costado?, ¿Qué el lago no me ha tentado?, he visto grandes prodigios y no sé cómo he sobrevivido, pero si te digo que cada vez

que me tengo que ir a oficiar, me despidió de todos como si fuese mi último viaje, pues no sé por cuánto tiempo podré vencer ese influjo –comentó turbado por el recuerdo y mientras le temblaban las manos que cerró en forma de puños que disimuló metiéndolas entre su sotana.

- ¿Pero que quiere el lago? –pregunté empezando ya a hablar como ellos, como si de una entidad pensante se tratase.

- Quiere las almas del que pase, únicamente eso –se refirió mientras sacaba una mano de entre sus hábitos y se persignaba.

- ¿Y cómo las consigue? –insistí atónita por aquella declaración que no hacía sino confirmar mis sospechas de que el sacerdote había extendido unas insólitas ideas entre los feligreses de distintos pueblos para que no se visitasen entre ellos.

- Haciendo que se bañen voluntariamente en sus aguas, que le acepten dentro de sí, y luego este nunca les deja salir –respondió como si de un discurso bien aprendido se tratase mientras miraba al suelo como avergonzado.

Aquello me aclaró bastante lo que debía de hacer, nunca meterme en el agua, lo que no tenía tan claro era lo de las almas y lo de sus habitantes vivos, pero sin vida.

- Una última pregunta –le dije sabiendo que abusaba del tiempo y de su paciencia– ¿Cómo empezó?, ¿Cree que hay solución?

- No lo sé ni me importa, únicamente quiero que nadie más se pierda allí, por eso en mis misas siempre recuerdo en la homilía lo que les pasó a otros que fueron a ver –contestó con cierto desaire mientras se giraba y volvía hacia donde se encontraba el joven orando.

Le agradecí toda la información y salí del pueblo en dirección a otro que me había indicado que no estaba lejos, intentando aprovechar las pocas horas de luz que quedaban todavía.

Con algo de prisa llegué allí, me acogieron bien y descansé. Al día

siguiente, durante el desayuno me encontré con que en la casa se alojaba un turista como yo, era un investigador de fenómenos extraños o al menos así se autodenominaba.

Cuando me lo dijo no sabía qué pensar, aunque estaba convencida de que había llegado al lugar adecuado, si quería observar reacciones extrañas entre las personas. Le comenté lo que había averiguado hasta el momento y este me contestó con cierto aire de superioridad ya que cuando me estaba hablando ni siquiera me dirigía la mirada.

- En verdad que desconoces bastante, hay muchos tipos de lagos y no todos son tan benévolos como éste. Los lagos, que encierran dentro de sí las mayores maravillas o pesadillas, todo sea según la persona que los visita.

Le referí mi propia experiencia con el lago esperando que no saliese corriendo como el camarero y me volvió a referir con cierto tono de soberbia,

- Verás, me he estado documentando sobre las aguas negras, aunque no hay muchos lagos que tengan esas características, te podría referir un par de ejemplos que te sorprenderán.

Mira este lago –y me enseñó una foto, donde debajo tenía muchas anotaciones a mano– es uno que se le relaciona con los grandes cataclismos del mundo, su volumen de agua va variando en función de los acontecimientos más dramáticos para la historia de la humanidad, siendo un reflejo exacto de las guerras mundiales y otras contiendas militares acontecidas.

- No lo entiendo –repliqué sin saber a dónde quería llegar con una chocante sensación de necedad.

- Cuando hay en el mundo una gran guerra, en el que intervienen varios países, este lago sufre un cambio significativo en su tamaño, reduciendo su volumen considerablemente –concluyó con cierto tono de misterio.

Aquello me extrañó en sobremanera pues no entendía cuál podría ser la conexión entre la cantidad de agua contenida y que varios países se peleasen.

- Bueno, este no es el más sorprendente de todos. Aquí hay un lago –me dijo

tras un momento de silencio, enseñándome otra foto— que aparece únicamente una vez al año y que de sus aguas se cura todo aquel que bebe, al parecer para ese momento se concentra gran parte de la fauna de lugar y así se puede ver beber juntos al puma y a la gacela.

Escuchando aquello entendí que el caso le venía como anillo al dedo, si creía todo eso, más propio de cuentos infantiles no me extrañaba que quisiera aceptar también lo de este lago, aunque no le veía como una persona supersticiosa sí le pregunté,

- ¿Cómo es que investigas esto?, pues pareces alguien ilustrado —comenté intentando averiguar el origen de su proceder.

- Mi interés y mis acciones tienen que ver con mi preparación, he estudiado física, química y geología. Ello me ha permitido investigar muchos fenómenos que se consideraban extraños o extraordinarios, y no eran más que el fluir de un río subterráneo, el efecto de un mineral al contacto con un líquido, y un sin fin de explicaciones bastante naturales a lo que las mentes más simples denominaban misterioso.

Aquello de mente simple no me gustó en absoluto, quizás él se considerase demasiado superior para los demás y por eso iba desmontando mitos y creencias para alimentar su ego, y así se lo hice saber,

- ¿Qué hay de malo en descubrir la verdad? —me preguntó con cierto desprecio como si aquel conocimiento estuviese reservado para unos pocos.

- Pero, ¿Y estos de las fotos? —contesté sin saber muy bien lo que decir intentando no titubear.

- Como te había dicho, he recogido multitud de casos documentados, de tradiciones, leyendas y creencias populares, y una a una, con tiempo, voy analizándola y descartándolo al dar una explicación científica —comentó mofándose de mis escasos argumentos.

- ¿Y en todos los casos la tiene? —pregunté algo molesta por ser tan pretencioso.

- Si así es, en todos sin excepción, no es que haya resuelto demasiados todavía, pero todo los que he estudiado, tienen una perfecta explicación científica, pero mira que a pesar de ello en ninguno de los lugares que he visitado han aceptado mis descubrimientos y explicaciones, y han preferido mantener su absurda creencia y superchería –indicó con desdén hacia todas aquellas gentes a las que él llamaba incultas.

Aquella postura me parecía demasiado pedante y me di cuenta de que era precisamente la que había estado manteniendo hasta ese momento yo misma con aquella gente, al juzgarla según mi forma de pensar, despreciando que ellos pudieran tener sus propias creencias.

- ¿Y qué vas a hacer el día que te encuentres con que algo no es como esperas? –expresé con tono desafiante.

- Siempre hay una explicación científica, la fe la podemos dejar para aquellos fieles devotos y personas de mentes simples –volvió a reiterar su postura excesivamente optimista y altamente ofensiva.

Eso también me pareció mal, pues era de esas personas que con más o menos estudios se creía con el derecho a prejuzgar a los demás y a despreciar siglos de creencias religiosas, como si la ciencia, esa que se había convertido para tantos en una nueva religión, pudiese explicar todo.

No se daba cuenta de que él había sustituido una fe por otra y que ahora se creía a pie juntillas lo que otros, en este caso científicos, le decían en vez de creer al clero. En definitiva, seguía sin comprender que todo era cuestión de fe.

Esa lección me había costado mucho aprenderla a mí misma, pero lo veía muy claro en esta persona.

La incertidumbre de nuestro futuro, el saber qué habrá después de la vida, el desconocer para qué vivimos, se ha suplido por una falsa creencia de que todo está predeterminado y explicado por la ciencia, como si esta, tarde o temprano, desentrañase los más recónditos misterios y pudiese dar contestación a todo.

Cuando en realidad lo único que hacía era que unos pocos, los llamados científicos, fueran los que impusieran su forma de pensar a través de los resultados de sus experimentos.

A pesar de nuestras desavenencias con respecto al valor que tenía la ciencia como origen de la verdad de todo conocimiento éste me invitó y me dijo.

- Mira, normalmente, no acepto colaboradores en mis estudios, pero contigo voy a hacer una excepción, si así lo deseas te dejo acompañarme para que seas testigo de primera mano de mi descubrimiento –murmuró con cierta arrogancia y desconsideración hacia mi persona.

- ¿Qué descubrimiento vas a hacer? –pregunté entre sorprendida y molesta sin querer entrar a plantearle que no estaba reñida la educación con la inteligencia.

- Voy a desenmascarar el misterio de este lago como ya he hecho con otros, no hay problema grande para una mente preparada como la mía –sentenció esbozando una gran sonrisa mientras se atusaba el pelo y se colocaba bien la chaqueta.

A mí su actitud me seguía pareciendo demasiado prepotente, en unos pocos momentos me había encontrado con el polo opuesto a aquellos ciudadanos temerosos y algo cobardes.

Pero no sabía si lo de este científico era valentía o insensatez, pues recordaba muy bien lo que había visto y no creo que tuviese nada de natural y explicable aquello.

Acepté su proposición, más como un reto que por estar convencida, sabiendo que siempre me podía dar media vuelta y dejarle allí si no me convencían sus métodos o sus explicaciones.

Bajamos al pueblo del lago, y le hacía de guía, aunque en realidad aquel lugar era tan pequeño, que con apenas media hora se podía recorrer todo. Después de buscar dónde dormir, nos dirigimos hacia el lago.

El científico portaba dos grandes maletas, de las cuales no sabía su contenido, pero debían de pesar bastante a tenor del esfuerzo que le suponía llevarlas.

Cuando llegamos delante de aquellas aguas, me quedé un poco retirada, alejada de la orilla, por respeto hacia lo desconocido, mientras que el científico parecía no preocuparse lo más mínimo.

Abrió una de sus maletas y esta contenía gran cantidad de tubos de ensayo, algunos vacíos y el resto lleno de productos de distintos colores.

Del fondo de la maleta cogió una especie de boquilla que utilizó para recoger agua del lago y la echó en tres de esos tubos cilindros de cristal.

Tras agitarlos levemente, a cada uno de ellos le añadió uno de esos productos de colores que como si fuera azúcar se disolvió en el agua.

El hombre tras agitarlos de nuevo esperó unos segundos y lo miró a trasluz. Anotando algo en su cuaderno exclamó escuetamente,

- Curioso.

- ¿Qué es curioso? –pregunté inquieta ante aquel comentario neutro.

- Esta agua es bastante pura, a pesar de verse negra cuando he sacado las muestras estas eran transparentes y cuando he disuelto algún producto para comprobar su dureza y acidez, estos se han disuelto sin proporcionarme ninguna información –me informó como si yo fuese su escribiente o algo así.

- ¿Eso es bueno? –pregunté sin llegar a entender del todo lo que decía.

- Mira, este tubo, ¿Qué ves? –me preguntó como si me estuviese examinando.

- El agua en él –contesté con una sonrisa sabiendo que era una pregunta trampa pues la solución era muy simple.

- Pues bien, con el producto que le echado debería de tener un tono amarillo y según su intensidad así conocería la composición del agua –reveló con cara

de extrañeza mientras movía el tubo de un lado hacia otro.

- ¿Y? –pregunté sin entender la importancia de aquel supuesto descubrimiento.

- No sé cómo, pero esta agua no sólo no ha reaccionado ante estos reactivos, si no que los ha absorbido –concluyó algo molesto por la situación.

Levanté los hombros en señal de no entender de qué me hablaba.

Mientras él se acercaba, con uno de sus tubos de ensayo con un contenido de color y lo dejó caer sobre la orilla del lago.

A los pocos segundos, el color verdoso que se formó en su superficie desapareció.

Igual hizo con otro tubo de color azul, y con otro, parecía que le había entrado la desesperación, ya que vaciaba los tubos sin siquiera espera a ver qué pasaba.

Cuando no le quedaban más tubos que vaciar se detuvo y mirándome con desconcierto le pregunté,

- ¿Y ahora qué?, ¿Ves lo que le decía?, no es algo natural, hay algo más.

- Paparruchas –replicó mientras se rascaba la cabeza algo azorado.

Aquel término algo despectivo me parecía impropio de un científico y así le comenté con tono de chanza,

- No creo que deba obsesionarte con ello, no se puede ganar siempre.

- La ciencia es la única verdad, puede que haya usado mal los medios que tengo, o puede que estos sean insuficientes, pero lo que estoy seguro es que descubriré su secreto –confesó con determinación como si de un reto personal se tratase.

- ¿Y si no hay tal? –pregunté quitándole importancia ante su fracaso.

- Sé que sí –insistió el científico sin dar su brazo a torcer.

Como la tarde avanzaba, y pronto iba a oscurecer, le invité al hombre a regresar al pueblo para cobijarnos, cenar y descansar hasta el día siguiente. El científico que parecía ofuscado, inseguro de sí mismo y bastante frustrado, aceptó y regresó con una de sus maletas vacías de contenido, esta vez sin que le pesara, mientras que la otra todavía sin abrir la llevaba con esfuerzo.

Llegados al pueblo cenamos y nos acostamos, más aquella no fue una noche pacífica para mí, pues estuve dando muchas vueltas. No sabía qué me pasaba pues era una persona de dormir de un tirón, pero me sentía inquieta.

Me levanté empapada en sudor, con el corazón acelerado, y me dirigí hacia fuera de la habitación, para ver si andando un poco se me pasaba aquello que tenía, cuando de repente vi, cómo de las casas salían sus habitantes, y eso que era media noche.

Me agaché para que no me viesan, mientras miraba por una ventana aquella extraña procesión, eran todos los habitantes que había, desde el más anciano hasta el más pequeño, todos iban sin hacer ruido bajando la cuesta del pueblo. En unos pocos minutos todo quedó en silencio, sin que se viera a nadie, ni ninguna luz encendida en las casas.

Aquello me hizo estremecer, era precisamente lo que había soñado, cuando corriendo me había adentrado en el pueblo sin hallar a nadie y me había refugiado en la iglesia. Sabía que en esos momentos ésta estaría cerrada, al menos así permanecería hasta que volviese el sacerdote, pero toda esa gente, ¿A dónde iría?

Tenía una idea muy clara de ello, aunque no me atrevía a pensar para qué. Recordé también las palabras del sacerdote que me dijo que en luna nueva el lago vuelve a tomar en sus aguas a todos los habitantes. Miré hacia el cielo y vi una luna en cuarto menguante. Entonces, sino era la fecha que dijo el sacerdote, ¿A dónde irían?

Algo asustada por aquello y sabiendo que no iba a resolver nada hasta el día siguiente, entre en mi cuarto, eché el pestillo y atranqué la puerta, pues

ahora desconfiaba de todos los habitantes de aquel pueblo, no sabía sus intenciones ni si eran buenas o malas para mí, así pasé lo que restaba de noche sin dormir demasiado.

Capítulo 3. Las Nuevas Pruebas

A la mañana siguiente escuché que alguien llamaba mi puerta con los nudillos.

- ¿Quién es? –pregunté medio dormida.

- Soy yo, ya es hora de despertar, le llevo esperando un buen rato, debería de saber que madrugar es bueno para el cuerpo –murmuró tras la puerta.

Aquella voz era la única que me hacía sentir segura en esos momentos, le abrí y me encontré con el científico con una gran sonrisa y preparado para otro glorioso día para la ciencia, esta vez en su mano únicamente cargaba una maleta, aquella que todavía no había abierto.

- Bien, déjeme unos minutos que me arreglo y estoy con usted –le respondí mientras le cerraba la puerta en las narices algo molesta por haberme despertado.

De nuevo en el lago, cada vez me situaba más lejos de su orilla, porque mi respeto aumentaba a medida que lo hacía el misterio que le rodeaba.

- Bueno, ¿Qué va a ser hoy?, ¿Otro cóctel de tubos de colores? – pregunté con cierto sarcasmo y algo expectante.

- Deje que le enseñe –repuso con escepticismo ante mi comentario.

Abrió la maleta y esta estaba llena de aparatos y cables, y le pregunté,

- ¿Para qué es todo eso? –pregunté con fascinación.

- Es ciencia, mi querida colaboradora –apostilló sin siquiera dirigirme la mirada.

Esas palabras me parecieron bastante despectivas como cuando uno va a un pueblo primitivo y les enseña la televisión por primera vez, quien lo hace se ríe de aquellos que creen que dentro del aparato viven unos seres diminutos o que se asustan de las escenas creyendo que de ahí saldrán animales peligrosos.

Pues igual me sentía con aquel hombre, como si fuese alguien primitivo de mente simple o nula, y él me tuviese que enseñar lo más básico, a sumar.

- Observe este aparato, nos va a decir la conductividad del agua – apuntó como si me estuviese dando clases particulares.

No quise preguntarle a qué se refería con aquel término, pero él se sintió invitado a responderme ante mi silencio.

- Esta es la medida de la transmisión de la electricidad entre dos puntos, que es inversamente proporcional a la resistencia del medio transmisor –refirió cual definición de diccionario, escueta, precisa e incompresible.

Aquello no me había aclarado nada, y me había hecho de nuevo sentir como una bruta de pueblo que no entiende más allá que de vacas y lechugas.

- ¿Y qué quiere descubrir con ello? –le pregunté un tanto malhumorada.

El hombre incomodado por la cuestión replicó,

- Se lo acabo de decir, cada elemento de la naturaleza ejerce una resistencia u otra según su masa, densidad y composición, de esta forma, intento comprobar de qué está hecho el lago.

- Ah, eso es fácil, de agua –respondí rápidamente, como lo haría cualquier niño en una clase, cuando el profesor realiza una de esas preguntas sencillas para comprobar si todos están despiertos.

- Ya sé que es agua, pero quiero conocer de qué tipo. Habrá de saber, señora mía, que el agua es uno de los elementos más misteriosos de nuestra

naturaleza, incluso algunos opinamos que no es una sustancia propia de este planeta, sino que proviene del exterior, de las estrellas y que cayó aquí trayendo con ella la vida.

Aquello me empezaba a sonar extraño, un hombre tan recto y tan metódico, que comía y dormía con la ciencia como credo, ¿Ahora cómo iba a creer en extraterrestres? –así se lo hice saber, se echó a reír y me dijo,

- Nada de extraterrestres, no he dicho que viniera en un platillo y que inseminara a las especies aquí existentes con parte de su genética y que así provocase la evolución de la especie humana, eso se lo dejo para otros.

A lo que me refiero es que antes de que surgiese la vida, la Tierra era un planeta inerte, lleno de rocas y magma en su superficie, como se ha comprobado que están otros planetas de nuestro alrededor.

En un momento determinado llegó un cometa, de una composición con alto contenido en agua, algunos dicen que fue un cometa de hielo.

La reacción que se produjo al derretirse con el calor existente, fue el origen para la vida en el planeta –concluyó como si de un discurso aprendido se tratase.

Aquello que decía intentaba recordarlo, pero no conseguía hacerlo, para mí era la primera vez que lo oía, y ninguno de mis profesores de primaria me había referido nada parecido nunca.

Asentí con la cabeza como quien quiere terminar pronto y prefiere no darle conversación, y el otro viéndome la cara de desconcierto, a pesar de mi gesto de aceptación debió de entender que aquello no me interesaba demasiado y volvió a su tarea.

Sacó una caja metálica, que tenía una pequeña palanca en el lateral, la cual giró hasta que, en el centro de la misma, en una pantalla empezó a aparecer una pequeña señal luminosa que subía y bajaba, formando ondas.

El hombre tocó unos botones que había en la derecha de la pantalla, y dejó aquella onda plana y con un pitido continuo.

- Esto es un espectrómetro, y nos sirve para conocer la frecuencia y la intensidad de la señal eléctrica transmitida –me dijo mirándome con ojos de superioridad como si estuviese seguro de que no entendía ni una palabra de lo que decía.

Luego cogió dos cables terminados en puntas metálicas y los enchufó uno a cada lado.

Aquello me recordaba a lo que había visto en los coches, cuando uno se quedaba sin batería y a través de las pinzas, otro vehículo le pasa la electricidad.

El hombre introdujo ambos cables en el agua, se puso un cuaderno de anotaciones entre las piernas, y pulsó un botón del aparato.

Sin saber cómo, de los cables saltó una gran chispa que fue de uno a otro de aquellos polos, y que luego volvió por los cables hasta el aparato, provocando una pequeña explosión haciendo que este saltase por los aires.

El hombre que estaba en medio de aquellos cables, ante lo que veía dio un salto y se cayó de espaldas mientras que su cuaderno caía dentro del agua, a escasos centímetros de la orilla.

Tras el susto inicial y recuperado de la detonación de aquel aparato, le pregunté al científico,

- ¿Eso es normal?

- Pero ¿Cómo va a ser normal?, ¿No ha visto cómo ha dejado el aparato?, y eso que es uno de los más caros del mercado –me respondió furioso y con tono despectivo.

Me parecía que su reacción no sólo se debía al estropicio que tenía el aparato, el cual seguramente no se iba a recuperar, sino más bien se debía al susto que se había dado, y lo que le hubiese podido suceder ya que estaba en medio de los dos cables y podría haberle pasado parte de la descarga eléctrica.

Le vi preocupado, pero esta vez no estaba mirando a su aparato del cual todavía salían algunas chispas y desprendía un ligero humillo blanco.

A mí me extrañaba pues se había quedado muy pensativo, dubitativo mirando hacia un punto fijo.

Hasta que me di cuenta de que a donde miraba era al borde del lago, donde precisamente estaba caído su cuaderno de anotaciones dentro del agua.

Simplemente con que se hubiese agachado, he introducido la mano en ésta, podría haberlo recogido sin problema, pero algo se lo impedía.

- Ya veo la fe que tiene en su ciencia –dije con cierto sarcasmo.

- Cállese, ahora no estoy para sus comentarios. Mejor será que regresemos al pueblo, necesito descansar –repuso menospreciando lo acontecido.

Diciendo esto metió lo que quedaba de su aparato en la maleta y aún sin cerrarlo bien, pues los cables quedaron colgando, se puso en marcha en dirección a las casas.

Me quedé un momento regodeándome de aquel hombre, al ver que su miedo le había impedido hacer un movimiento tan simple como agacharse a recoger su cuaderno, cuando de repente el agua de la orilla se hizo oscura, y cuando volvió a clarearse no quedaba rastro del mismo.

Aquello me asustó e inicié mi vuelta al pueblo aceleradamente, no sabía lo que había sucedido muy bien, pero tenía claro que él se iba a sentir muy solo en su breve paseo de vuelta si no le acompañaba.

Capítulo 4. El Efecto de la Genética

- Señora, señora, despierte, ¿Se encuentra bien?

No sabía muy bien donde me encontraba, estaba aturdida, mi cabeza me daba vueltas, y apenas recordaba lo sucedido.

A pesar de que intenté incorporarme un hombre me retuvo y me dijo,

- Está todavía muy débil, debe de descansar.

Salir todos de aquí, dejémosla descansar.

Habían sido dos voces, la primera de mujer y la segunda del hombre que me había impedido levantarme, pero no las recordaba de antes.

Lo que estaba claro es que ellos me conocían, o por lo menos me consideraba una amiga, pues se preocupaban por mí.

Ahora me había quedado a solas en la habitación, miré todavía con esfuerzo pues me costaba fijar la vista, y observé que aquello no era una habitación si no una casa.

Una pequeña sin esquinas, de algo que parecía lona a modo de pared, y con un agujero en el centro del cono, parecía aquel sitio.

A pesar de lo peculiar de la construcción no me extrañé, sabía que esta era la forma de construir típica de algunas tribus, quizás era de la mía, me toqué mis manos.

Luego la cara hasta que me di cuenta que sobre mi frente había una gran tela, supongo que cumpliría las funciones de venda, que me rodeaba la cabeza, me había debido de dar algún golpe o quizás algo me había atado, no sé por qué, pero a pesar de intentar repetidamente recordar no lo conseguía hacer.

De hecho, no conseguía recordar nada, es como si todo estuviese oscuro dentro de mí, en mi pasado, cada vez que lo intentaba lo único que conseguía es un gran dolor debajo de la venda, y un gran sonido dentro de mí, como si de un estruendo se tratase, al poco de intentarlo lo único que conseguía era una buena jaqueca.

Era una sensación extraña, todo lo que tenía a mí alrededor lo conocía, era capaz de nombrarlo por su nombre y saber para qué servía, pero no podía recordar cuándo fue la primera vez que lo vi o quien me enseñó a denominarlo así.

Supongo que sería consecuencia de ese golpe pues no le di más importancia, después de estar un rato en la cama, me incorporé, ahora que no había nadie y no sé qué pasó.

Quizás lo hice demasiado deprisa, pues la cabeza me empezó a dar vueltas, empecé a perder el foco de visión, se me empezó a nublar la vista y volví a caer sobre la cama.

No sé el tiempo que permanecerá en aquella postura, sentada sobre la cama y con el tronco caído sobre la cama.

Miré y únicamente tenía encima una especie de camisón blanco, quizás fuese como vestía habitualmente, no podía estar seguro de ello.

La levanté con cuidado y eché mano a un abrigo que había a los pies de mi cama.

No sabía por qué lo hice, pero me lo puse y para mi sorpresa era de mi talla, me puse unos pantalones que había debajo de la chaqueta y unas botas de piel que había bajo la cama.

Todo me lo puse y me encajaba perfectamente, me sentía cómoda como cuando uno llega a su casa después de un tiempo fuera.

Y tras vestirme salí, allí había tres personas hablando y al verme interrumpieron su conversación y me pusieron alrededor de mí y uno de ellos

me dijo,

- Bienvenida, no has dado un gran susto, no sabíamos muy bien cómo lo has hecho, pero sigues entre nosotros, eres afortunada.

- ¿Qué ha pasado?, ¿Qué lugar es este?, ¿Dónde estoy? –pregunté aceleradamente intentando situarme.

- ¿No lo sabes, no nos reconoces? –preguntó extrañada una de las mujeres de ese grupo de tres personas.

- No puedo recordar nada del pasado, ni siquiera os reconozco, perdonar si suena raro, pero para mí es bastante incómoda la situación.

- No te preocupes, aquí estas entre familia, todo lo verás claro en unos días, no preocupes, dijo otra de las mujeres.

A pesar de esos ánimos que me intentaba transmitir no estaba tranquila, para mí era muy embarazoso estar hablando con unas personas que hablaban conmigo con tanta familiaridad y de las cuales no recordaba nada.

Quizás sí las conociese, pero de qué, serían realmente mi familia, o únicamente una forma amistosa de decirlo.

Lo que estaba claro es que ellos querían que me recuperase y que recordase, y que no tenían prisa por mi proceso de recuperación, eso quería decir que sea el trabajo que estuviese haciendo antes del accidente no sería muy importante, pues sino ellos me habían hablado sobre su prisa porque volviese a mis labores.

Por mucho que los miraba, ni siquiera sus rostros o sus vestiduras me parecían familiares para mí era como si los hubiese visto por primera vez en mi vida, a decir verdad, pareciera que mi vida estaba empezando desde el momento en que me desperté.

Pues tendría que empezar a aprender todo otra vez como si fuese un bebé, pero con la diferencia de que era una adulta, que ya sabía hablar y expresarme y comunicarme.

Además, conocía el nombre de muchos de los objetos que veía, y sabía cómo usarlos adecuadamente.

Únicamente me faltaba conocer a las personas, y sobre todo conocerme a mí misma, pero esta tarea no debería de resultarme difícil si podía comunicarme.

Lo primero que podría hacer era recabar la mayor cantidad de información sobre mí, supongo que podría sonar raro el ir persona por persona de aquel lugar preguntándola si me conocía y en caso afirmativo pidiéndola que me contase todo lo que sabía de mí, pero era la única idea que tenía.

Es cierto que si tuviese pareja, familia o mi mejor amiga cerca todo sería más fácil, pues ellos me podrían dar mucha más información de la que conseguiría de otras personas no tan cercanas.

Pero cómo saber qué relación de parentesco tendrían conmigo, estas personas me habían dicho que eran mi familia, pero no lo sentía así, supongo que a un familiar nunca se le olvida, o al menos esperaba tener esa misma sensación de sentirme cómoda como había sentido cuando me puse mi ropa.

En cambio, ahora no sentía nada parecido, era novedad, indiferencia, no lo comprendía, y no lo sabría explicar, pero estaba seguro de que aquellos no eran mi familia o si lo eran, no compartía con ellos un sentimiento de afecto cálido y cercano.

Quizás aquel golpe me había hecho perder la memoria, pero ¿Por qué podía recordar el nombre de los objetos que tenía a mí alrededor y en cambio no recordaba ni el nombre ni siquiera haber visto antes a aquellas personas?

Y lo más preocupante para mí, ¿Por qué no podía acordarme sobre mí, mi nombre, a qué me dedico, o quién soy?

Aquello era desesperante, por mucho que intentaba recordar, pareciera que no había forma de acordarme, a pesar de que pregunta a los que me respondían que me contasen todo lo que supiesen de mí, cuando me habían conocido, en qué circunstancias, qué sabían de mí y de lo que hacía en la vida,

si tenía pareja o hijos, donde se encontraba mi familia.

Parece que el silencio se apoderaba de aquellas gentes en cuanto empezaba con mis preguntas, al principio no entendía por qué.

Hasta un anciano me dijo, que se había decidido por parte de los hombres de aquella pequeña aldea, que sólo debía de vivir con lo que me había quedado del recuerdo, y que no era conveniente que recordase aquello que el Divino había decidido borrar.

Comprendía la profunda fe que tenían más allá de la religión que procesaban, conocían que las cosechas, las lluvias y las heladas se regían por alguien superior a ellos de juicio a veces caprichoso e incomprensible, pero en todo caso habían de asumir su voluntad sin intentar comprender.

Pues aquello, era lo mismo, ha sido su voluntad el que perdiese mi pasado, dejándome intacto el habla, y el recuerdo de para qué servía y cómo se denominaba cada objeto de la vida cotidiana.

Personalmente tenía un sentimiento interno como si de una furia que no consiguiese sacar, que me indicaba que no me debía de conformar con lo que estaba escuchando, pero todos los de la aldea, al parecer asumían mi desgracia como algo bueno, o por lo menos que debía de asumir.

Si al menos hubiese una sola persona que no estuviese de acuerdo con la decisión del resto, alguien que me aportase alguna alternativa a como se iban sucediendo los acontecimientos, pero no lo había, pues pasadas unas horas y a pesar de mi lucha interna inicial.

Me convencí que eso era lo mejor, dejar el pasado como pasado y seguir adelante con mi vida, aprovechando la oportunidad que se me brindaba de ser una nueva persona, sin estar atada a los errores del pasado, sin tener que demostrar que he madurado.

Esto a pesar de liberarme de una gran carga personal de dudas, me abría todo un abanico de posibilidades en un mar de dudas casi tan turbulento como del que procedía.

¿Qué es lo que quería ser en la vida?, todavía no sabía para lo que servía, qué se me daría bien hacer, quizás fuese eso lo primero que tendría que averiguar, probar distintas tareas y descubrir cuál era la que me gustaba y era hábil para ello, y poderme dedicar a alguna actividad.

Aquello parecía fácil, era una aldea pequeña, por lo que toda ayuda sería bien recibida, además contaba con la inestimable colaboración de todos los de la aldea, los cuales se mostraban especialmente atentos conmigo.

También eso me había despertado sospechas, pues tanta amabilidad no sé si era porque me la hubiese ganado al realizar actos que ahora no recuerdo o por algo que no llegaba a comprender.

Sea como fuere estaba dispuesto a poner en marcha mi plan y conseguir averiguar un poco más sobre mi futuro.

Costó muy poco amoldarme al ritmo del resto.

Se me hacía extraño ver a las madres con sus niños correteando a su alrededor, y en cambio estaba tan sola, me sentía tan sola, no sé si con anterioridad había tenido estas sensaciones.

Saberse acompañada por toda aquella gente, y tener la certeza de que ninguno de ellos te puede hacer sentir comprendida.

Sería una falsedad si alguien a quien no conoces de nada te dijese que sabes cómo te sientes, que comprenden tus miedos y preocupaciones, pues veía a todos los que me rodeaban, como descendidos, a pesar de que ellos parecían acercarse a mí, reconfortarme, tranquilizarme.

Disimulaba mis sentimientos como podía, sabía que no era culpa de ellos el que no pudiese recordar, ni los sentimientos que tenía, pues nada les podía echar en cara, pero alguien debía de ser el culpable y no sabía quién.

En unos pocos minutos me sentía muy desgraciada por mi suerte, sin saber quién era, si tendría familia, o amigos, de lo que estaba claro es que aquella gente me había acogido abriéndome su casa y su corazón, pero sentía que no pertenecía a aquel lugar.

Además, la forma que tenían todos de tratarme es como si fuera alguien especial, me sentía invitada, extranjera, quizás una turista, a pesar de que empezaba compartir con ellos todas sus tareas.

Siempre estaban más atentos de los que cabría esperar, además, los niños sobre todo me miraban de forma extraña, como si desconfiasen de mí, algo que no supongo que harían de una vecina, o amiga.

Pues esos ojos grandes y limpios de los niños fueron los que me confirmaron lo que los adultos se afanaban en disimular, que mi sitio no era aquel, pero si no era de ahí de donde podía ser.

Conocía su lengua, sus costumbres, como se llamaban cada uno de los objetos que se empleaban, sino era de este poblado, debía de ser de otro próximo que compartiese con ellos tanto como para conocerlos bien.

Ahora sabía que no era ese mi lugar, pero entonces, qué podía hacer, quizás quedarme y disimular como lo hiciesen los adultos.

Fingir sentirme como en casa, y seguir mi vida desde esta mañana, formándome un futuro en aquel lugar o podía luchar por buscar mis raíces, pues en mi pasado estarían las respuestas de mi futuro, que he hecho hasta ahora, a que me he dedicado, qué esperanzas y deseos tenía.

Puede que hubiese cosas de mi pasado que no me gustaría recordar, mis miedos, fracasos, y desilusiones, pero el resto, sería bueno poder recuperarlo.

Allí me sentía como un dibujante que esta frente a una hoja en blanco, sin saber por dónde empezar, interrogar a uno por uno del poblado, no sé si me ayudaría, lo que estaba segura pues que les incomodaría y eso no lo quería hacer, su hospitalidad es todo lo que tenía, sin ellos, no sé dónde acabaría.

Pues les tenía mucho que agradecer que me hubiesen cuidado y recogido, y ahora me ofreciesen compartir su vida, pero para mí eso se me hacía poca cosa.

No quiero decir que tener una vida llena de familia, amigos, trabajo momentos e compartir y fiestas, y tiempo para uno mismo no fuese suficiente, sino que sentía que aquel no era mi lugar.

Es como si estuviese viendo la vida de otra persona, que le hubiese roba su lugar, pero quería sentirme plena conmigo misma, quería saber quién era para poder seguir mi vida ahí donde la dejé.

No sabía si eso era bueno o malo, puede que hubiese estado huyendo de mi pasado y por eso no lo recordaba, no lo sabía, pero sabía que la respuesta no la encontraría quedándome ahí.

Le comenté mis inquietudes a uno de los ancianos, para ver si él me podía ayudar, pero desconocía la solución, me decía que una persona sin pasado es como un halcón sin vista, puede surcar los cielos, puede subir muy alto, pero sin saber adónde se dirige únicamente perderá sus fuerzas sin llegar ningún lado.

Este me sugirió que hablase con una mujer del pueblo, ella era más anciana de todos y tenía la tarea de cuidar a los niños mientras las madres atendían la comida.

Ella también era quien decidía sobre quienes podrían ser buenos candidatos para un hombre o para una mujer, y asistía a todos los partos del poblado.

Cuando me lo dijo el hombre, me di cuenta, que no pertenecía a ninguna de esas categorías, mi problema era otro, pues quizás no me pudiese ayudar.

Pero a pesar de ello me acerqué a hablar con ella, pues no tenía nada que perder.

Ella casi siempre estaba en una casa, próxima a la central, donde todos se reunían para celebrar y comer en comunidad.

La llamé desde fuera y ella me dijo que entrase. Al entrar en la cabaña la vi poco iluminada, quizás porque estaba acostumbrado en ese momento a

mis ojos a la luz exterior, pues después de un momento pude ver con claridad, era una anciana que estaba sentada sobre unas pieles, y que me decía,

- Bien, querida, veo que al final has vuelto, eso quiere decir que no me hicieras caso, dime pues, en que te puedo ayudar si no confías en mis palabras.

- No sé de qué me está hablando, en serio.

- Mira, esta conversación ya me parece que se alarga demasiado, quiero repetirme, ya te di tu mensaje

A mí me seguía sorprendiendo todo aquello que me decía, parecía evidente que ya en el pasado, ese que no recordaba había tenido una entrevista con esta mujer, pero qué tenía que ver eso con lo que buscaba, quería saber, y si me podía ayudar bien, sino pues buscaría por mí misma, estando en estos pensamientos me dijo,

- No te pongas así, a ver, tu memoria es un escudo que tendrás que decidir si dejarlo ahí o quitarlo.

- ¿Un escudo?, era la primera cosa que decía que empezaba a tener sentido para mí, un escudo para qué, que sucederá si me lo quito –pregunté apresuradamente.

- Eso lo tendrás que averiguar tú, y tomar la decisión en el momento oportuno, mientras tanto tendrás que vivir con tu pasado.

- Pero si no lo recuerdo –dije protestando.

- No lo necesitas, mientras no quieras tenerlo tú.

Otra vez se volvieron sus palabras una incógnita para mí, si pudiese ser siempre clara en sus descripciones personalmente me sentiría más agradecida.

- Veras hija –siguió diciendo- tienes un camino que apenas acabas de iniciar, en este te vas a encontrar peligros que deberás de afrontar con confianza, tu fuerza es la esperanza, y tu guía el corazón.

Recuerda mis palabras, tendrás siempre a tu lado la luz que necesitas para llegar al final de tu camino.

Todo aquello me parecían un conjunto de palabras bonitas que podía haber dicho a cualquiera, ya fuese con mi problema o cualquier otra persona, que se sintiese con ello reconfortada y poco más.

- He viendo a hablar de mi pasado, necesito conocer para poder conocer cuál es mi futuro.

Siento que no soy de aquí y supongo que habrá un marido, unos niños, una casa, y unos amigos esperándome.

- Ni el futuro ni el pasado nos pertenecen, lo que hayamos sido o lo que queramos ser, no está a nuestro alcance, el camino está en lo que quieres hacer en cada momento.

Según te esfuerces por un aspecto u otro e tu vida, será tu resultado en el futuro, e serán tus recuerdos del pasado, cuando tengas más años.

He vivido mucho y visto mucho, pero lo importante es lo que hago ahora, eso me curtirá un futuro y me permitirá un pasado sosegado –terminó diciendo la anciana.

- Bueno, pero necesito al menos saber hacia dónde dirigirme, cómo empezar a andar y para qué.

- No busques demasiado, deja que te vaya llegando poco a poco lo que vas necesitando, sigue adelante, sin mira hacia atrás.

- ¿Pero hacia dónde? –pregunté insistiendo.

- Mira al poniente, allí tienes tu camino.

En él encontrarás a quien te ayude, y quien quiera aprovecharse de ti, también encontrarás peligro, y esperanza, pero es tu camino.

Aquello me empezaba a aclarar algo, me dijo que fuese al poniente,

que ahí tendría lo que andaba buscando, aunque no debía de buscar mi pasado.

- Bueno, no dejaba de ser un galimatías aquella señora para mí, con lo fácil que sería que desde el principio me hubiese dicho “ves al poniente” y ya está, sin complicarse con otras frases sin sentido.

Aquella noche dormí intranquila pensando en lo que descubriría más allá en aquel pueblo en dirección al poniente, no sé si con anterioridad había realizado viajes a largas distancias, pues como tampoco estaba seguro lo que debía de buscarme, me había preparado esa noche todo lo necesario para un viaje de una semana, incluyendo vivieres, comida y agua.

Los habitantes de la aldea incluso me habían hecho una pequeña ceremonia de despedida en la cena, en el que me habían entrado varios objetos diciéndome que me ayudaría a que los recordase.

Mi pensamiento era una vez que hubiese descansado lo suficiente iniciar mi marcha al día siguiente lo más pronto posible, pero quizás los nervios del viaje me traicionaban y no podía descansar todo lo que quiera.

Empecé mi día sin mucha prisa, pues a pesar de madrugar, sabía que el camino era largo e incierto, pues parecía ir andando poco a poco, disfrutando del paisaje, atrás dejé a aquel poblado en el cual me había despertado, y en el que me habían tratado tan bien, mis pasos poco a poco se iban habiendo cada vez más ligeros, apenas llevaba andado unos cuantos metros cuando miré hacia atrás y ya no se divisaba el poblado, había quedado tras una loma, pues seguía adelante intentado no perder el rumbo, mi única guía era el sol, pues mientras anduviese en línea recta llegaría al lugar donde me había dicho la anciana, a mi futuro.

A medida que iba caminando se me iban me iba haciendo nuevos planteamientos, no me hubiese costado nada asumir la vida en aquel poblado.

Únicamente tendría que renunciar a mi pasado sea cual sea, y hacer y comportarme como el resto, aún a sabiendas de que no era mi sitio, a los habitantes de aquel poblado parecía que no les molestaba mi presencia.

Pero bueno, la decisión estaba tomada, ahora tenía que caminar, con

unas pocas provisiones y mucho tiempo para andar, además no sabía si para la noche encontraría otro poblado donde refugiarme o tendría que dormir al raso.

Mi camino a media que pasaban las horas se iba a haciendo tedioso, el paisaje que me había emocionado descubrir se volvió monótono y repetitivo, pues me puse a cantar, primeramente, empecé tarareando, y luego surgió la letra, algo que me sorprendió pues durante todo el tiempo que estuve en aquel poblado no había escuchado aquella canción.

Era la primera vez que la cantaba y también que la escuchaba, pues únicamente podría haber surgido de mi recuerdo.

Eso me emocionó me estaba curando, pues que sería cuestión de tiempo volver a recordarlo todo, sólo dependería del tiempo, y parecía que de eso tenía mucho por delante.

Cuando se me acabó la canción me quedé callada, y tras un rato empecé a hablar en voz alta, para ver si surgía como lo hiciera la canción, algún dato de mí de forma espontánea.

Pues me pregunté en voz alta todas aquellas que dudas que tuviera sobre mi pasado y sobre mi profesión, sobre mis gustos y familia, pero ninguna recibía respuesta.

No me surgía nada espontáneo que completase que colmasen mis dudas.

Eso me molestó bastante, creía que aquel paseo debería de ser más constructivo, pero se me acababan las ideas, y no obtenía ninguna respuesta.

Cómo podría hacer, empecería a repasar lo que sabía, y empecé a enunciar uno a uno las plantas, y animales que veía, a llamar a cada elemento de la naturaleza como por su nombre.

Cuando ya no supe más nombres, empecé a decir todo lo que sabía de una determinada planta, árbol o animal, y me surgían más y más conocimientos, que, si se podía comer, como se preparaba, y era de hojas caducas, a qué familia pertenecía...

Y muchos más aspectos que me sorprendía cuando los mencionaba.

Para mí eran la primera vez que los escuchaba, pero estaba claro que estaban dentro de mí, un conocimiento oculto al que únicamente podía acceder a través de mis preguntas que me hacía a mí misma.

Seguí practicando y practicando, y me sorprendía de la cantidad de datos y detalles que conocía de cada elemento de la naturaleza, seguro que debía de haberlo estudiado en algún lugar, quizás en la escuela, pero tantísimos datos, o tenía una muy buena memoria de cuando lo estudié en primaria y secundaria o me había tenido que especializar en la universidad en algún tema relacionado con el campo de estudio de la vida.

Lo más seguro es que hubiese estudiado alguna carrera de biología o de ciencias de la naturaleza.

Ese descubrimiento me alegró, sabía algo más de mí misma, había ido a la universidad, y además más o menos podía concretar lo que había estudiado, pero habría trabajado en algo relacionado con mis estudios.

Eso no lo sabía. Pero el tiempo corría y no veía la hora de descansar, en realidad nada me impulsaba a seguir adelante, en cualquier momento me podía regresar

Pero por extraño que parezca me creía en la obligación de terminar aquello que me había propuesto, buscar mi futuro, para encontrar mi pasado y poder tener un presente.

Podía volverme a la aldea de donde había salido, pero a medida que me alejaba de ella, esa idea se iba diluyendo como ahora ya estaba en mitad de la nada rodeado de vegetación baja, con un sol en el cenit, mis provisiones a pesar de ser bastantes no quería usarlas todavía pues no tenía claro cuánto tardía antes de poder volver a aprovisionarme.

Aquello de denominar las plantas y animales conocidos empezaba a ser aburrido y monótono, estaba claro que sabía denominarlos, pero no veía que con ello mejorase mis recuerdos sobre mi vida, seguí sin saber cómo me

llamaba, quiénes eran mis padres, si estaba casada o si tenía hijos.

Pensándolo despacio, ni siquiera sabía la edad que tenía, me sentía bien, plétórica, algo despistada por mi falta de memoria, pero con fuerzas para llevar a cabo la tarea que había emprendido, pues debía de ser joven, quizás unos veinte años.

Pero si había pasado por la universidad para saber denominar tantas plantas y animales, tendría que tener más años, quizás veinticinco, aunque no me daba tantos.

Y de nombre seguro que me llamaba como una de esas hermosas flores, delicadas, pero regias, quizás la vitalidad que sentía provenía de mi interior, de mi juventud o quizás provenía de la naturaleza que me rodeaba, no lo sabía, pero era una sensación agradable.

El camino se empezaba a estrechar, y me conducía hacia abajo de una loma, en dirección a lo que parecía ser el sendero seco de un río.

Lo seguí durante unas horas, sin saber a dónde me conduciría.

El andar suave y sosegado sobre la pradera se había convertido en un andar torpe y tortuoso, pues aquellos cantos redondeados hacían que allá donde pisase se moviesen las piedras como huyendo de mi peso, estando a punto de caerme en varias ocasiones.

Por llegué a algún sitio, se trataba de un pequeño río de escaso caudal, pero suficiente para refrescarme antes de continuar camino.

Estando en esto vi cómo se acercaba un hombre un poco más adelante a dar de comer a su montura, un espléndido caballo que cargaba unas pesadas alforjas bordadas con llamativos colores.

Al principio no supe qué hacer, si acercarme a saludarle o no, esta pérdida de memoria me había hecho ser desconfiada o quizás ya lo era de antes, la cuestión es que como todos me parecían desconocidos no sabía de quien fiarme o no.

Pero me pudo más la curiosidad, pues me acerqué por detrás pero como tampoco quería asustarle, empecé a hablar saludándolo, pero no recibí respuesta alguna, eso me sorprendió e hizo que frenase mi avance, le volví a repetir el saludo, pero nada recibí como respuesta, seguía a lo suyo como si no me hubiese escuchado.

Ya no estaba tan seguro de querer continuar hacia adelante, algo en aquella persona me hacía que no me sintiese a disgusto, a pesar de que era una persona decidida o al menos eso me decía a mí misma.

Pero no lo veía que fuese adecuado, algo me provocaba desconfianza e incluso temor y eso que era la primera vez que le veía.

Pero por un momento la curiosidad pudo más que mis temores infundados y me acerqué un poco más, pero sin dejar de prestar atención a cualquier movimiento sospechoso que confirmase mis temores.

Le volví a hablar, guardando el suficiente espacio para que pudiese correr de necesitarlo, la sensación era ahora mayor, algo dentro de mí parecía indicarme que no era una buena persona, que no me acercase más, la sensación de malestar se incrementaba por momentos, nada en su comportamiento me parecía indicar que pudiese estar en peligro, pero a pesar de ello no me sentía bien.

Pues retrocedí, hasta alejarme lo suficiente para observarle sin que me pudiese ver, tras unas pequeñas rocas estuve agachada mirando desde lejos, para ver qué le podía pasar a ese a persona, que no le agradaba.

Parecía que hubiese terminado de beber del río donde se encontraba cuando se levantó y miró hacia donde me encontraba.

Me escondí rápidamente aterrorizada por lo que había visto, esa imagen no creo que se me olvidase nunca.

Aquella persona era un hombre que debía de tener un metro noventa, bastante corpulento, que vestía arrapos, y una manta encima de la cabeza, que le disimulaba su aspecto, pero él mira hacia donde me encontraba le había dejado su cara al descubierto.

Para mí era una visión horrible, mi corazón se había acelerado, pero mi sangre parecía que se hubiese congelado, sentí un gran escalofrío que me paralizaba, mi respiración se me había acelerado.

No sabía si mirar a para comprobar si me había visto y venía hacia mí ese horrible hombre, si es que se podía llamar así.

Creía que me había visto, al mirarme fijamente hacia donde me encontraba, tenía una mirada penetrante, fija, casi incisiva, que había dirigido hacia donde me encontraba, pero lo más arrebatador era que tenía un único ojo en su cara.

Toda la parte central de su cabeza parecía recubierta de una piel gruesa, a modo de costra que dejaba ver una gran calva que le tapaba el lugar donde debían de estar los oídos, y como si de un antifaz también tapaban los ojos, dejando ver únicamente uno en el centro de la frente, de mayor tamaño que los ojos normales.

No había visto que tuviese pestañas ni ceja, solo un gran ojo, alrededor de esa espantosa piel doblada y escamosa, que cubría buena parte de su cabeza, dejando una nariz aplastada por dicha piel.

No me podía imaginar de qué se trataba aquel engendro, probablemente por eso no me había escuchado cuando le llamaba al ir avanzando por detrás, quizás no pudiese oír nada con esos pliegues piel sobre los oídos.

Quizás esa piel como con costra era producto de un accidente, puede que se hubiese quemado en un incendio o le hubiese caído encima algún producto químico abrasivo, pero lo del ojo, no le veía ninguna explicación para ello, si al menos fuese tuerto, podría explicarse por ese mismo accidente, pero tenía un ojo, en la frente, y además de mayor tamaño.

Estuve ahí detrás de aquellas rocas inmóvil un buen rato, al principio no conseguí oír nada, pues mi corazón latía tan rápido y mi respiración estaba tan acelerada que apenas escuchaba el exterior, pero a medida que me fui tranquilizando presté más atención a los sonidos, quería saber qué había sido

de aquel hombre, si me había visto y venía para mí o no.

Cuando ya había pasado un tiempo prudencial volví a sacar la cabeza de detrás de aquellas rocas que me habían servido de escondite, pero al mirar hacia el río donde le había visto no vi a nadie, había desaparecido. Bueno, no estaba seguro del tiempo que había permanecido escondida, quizás demasiado.

Acerqué con mucho cuidado al sitio donde había estado el hombre, y vi cómo sus huellas se alejaban en una dirección, estas eran grandes y pesadas, como correspondía por su tamaño.

No sabía qué sería lo siguiente que debería de hacer, el ver a aquel hombre me había impresionado tanto que me daban ganas de seguirle y averiguar cómo era su vida, sentía una fuerte curiosidad, pero recordé el miedo que me había recorrido la espalda cuando le vi desde detrás de las rocas, si le seguía probablemente me lo encontraría, y después qué haría.

¿Y si era él quien me encontraba?, si me quedaba paralizado como antes estaría a su merced.

Aquel hombre no me había hecho nada, no me fiaba de él, y le tenía miedo, aunque no conseguía saber por qué.

Con lo que al final me decidí seguir mi camino, sin darle más importancia a lo que había visto, sabiendo que quedaba atrás, y por tanto me tenía que centrar únicamente en mi siguiente paso, llegar a algún lugar a pasar la noche.

Ahora no estaba seguro de la dirección que me había indicado la anciana del pueblo del que había salido, quizás si esperaba al día siguiente, a que saliese el sol lo tendría más claro, pero todavía quedaban unas horas antes de que este se ocultase por el horizonte, y quería moverme de aquel lugar, ir a donde fuese, pero lo más alejado de allí.

Intentando situarme en el lugar desde donde vi a aquel hombre por primera vez, inicié el camino en la dirección que traía sin saber si me desviaría mucho de mi destino o no.

Con la única intención de llegar a un lugar donde dormir caliente, y si era posible también cenar caliente.

Un lugar habitado además ellos me podrían indicar por donde proseguir para alcanzar mi destino.

Anduve durante un buen rato, y cuando ya los rayos de sol empezaban a languidecer en el horizonte pude divisar un poco más adelante unas tenues luces que iban creciendo en tamaño e intensidad a medida que me acercaba.

Se trataba de antorchas que al principio me parecieron luciérnagas, que me daban la bienvenida a un lugar habitado.

Para mí fue un descanso saber que no dormiría en mitad de aquella llanura, sin ningún tipo de protección contra los elementos.

Llegué al poblado el cual estaba compuesto por unas casas de maderas, orientadas todas en hilera, una frente a otra, cada una de ellas con su antorcha encendida en la puerta.

Subí los tres peldaños que tenía antes de llegar al descansillo de la puerta, ya que toda la casa estaba a casi medio metro de altura suspendido en unos palos.

Tras mirar por las ventanas y no ver a nadie, llamé a la puerta.

Al no recibir respuesta volví a llamar, y de repente una de las ventanas se iluminó fruto de alguna luz que se había encendido en el interior.

Un anciano hombre abrió la puerta regañando por lo tarde de aquella visita.

A mí me extrañó comprobar cómo esta persona hablaba en un idioma diferente al del primer poblado pero que le entendía sin problema.

Eso me sorprendió, pero no dije nada, solo me disculpé pues al parecer ya se estaba preparando para acostarse cuando había llamado y le solicité un lugar para dormir.

Él al principio parecía mostrarse reacio, pero viendo que el sol estaba bajando deprisa, y el cielo se ennegrecía por momentos, me invitó a pasar.

- No es mucho lo que te puedo ofrecer, únicamente un lugar donde pasar la noche al refugio de la intemperie –dijo el hombre disculpándose.

- Es todo lo que necesito, de veras, muchas gracias –le respondí con una sonrisa.

- No es conveniente que una joven mujeres como usted pase la noche fuera.

- Me lo imagino, debe de bajar mucho la temperatura a la intemperie.

- Eso también, pero me refiero a algo peor.

- No sé a lo que lo que quiere decir, me está empezando a poner nerviosa –dije echándome mano al cuello de la manta que tenía puesta sobre mis hombros.

- Desde hace unos años, se han venido sucediendo fenómenos extraños, por la noche, desaparecen seres vivos.

- ¿Cómo que desaparecen? ¿A qué se refiere? –pregunté extrañada.

- Empezó por los bebés, de los pocos nacimientos que teníamos empezaron a desaparecer uno por uno cada uno de los bebés, hasta no quedar ninguno en el pueblo.

Luego emperezaron a desaparecer las crías de los animales, cualquiera que fuese su especie.

Sea lo que sea quien se los llevaba le gusta lo tierno.

- Perdona, pero me está asustando mucho, y el pueblo ¿No ha hecho nada?

- Por supuesto, cuando hay un nuevo embarazo se concierten en la fiesta del pueblo, todos los celebran, ya que los nuevos miembros son la

esperanza de sobrevivir del pueblo, sin ellos con el tiempo este se convertirá en un pueblo desierto como ya ha sucedido a otros pueblos no tan alejados de aquí.

- A pesar de todas las atenciones y cuidados a la futura madre, todos estos no sirven para nada pues al poco de nacer desaparecen.

- Pero ¿No han puesto vigilancia o alguna medida de protección?, pues a en los primeros casos es normal que les pillase de sorpresa, pero después de algunos.

- ¿Qué se cree?, somos gente civilizada, por supuesto que hemos puesto todo tipo de medidas, pero el bebé que más ha durado entre nosotros ha sido de un mes, luego desapareció.

Esa palabra seguía resonando en la boca de aquel anciano, pero las personas y los animales no desaparecen, se escapan, o les secuestran, pero no se van sin más, poco podía sobrevivir un pueblo con ese tormento, sabiendo que no le queda futuro.

- ¿Y los animales? ¿No han vigilado?

- Lo mismo señorita, al poco de nacer, a pesar de todas las medidas desaparecen.

- ¿Pero nunca han detectado algo raro, alguien extranjero en el pueblo que coincida con las fechas de esas desapariciones?

- Nadie raro, se lo aseguro, todos estamos aterrados, pues imagínese nuestro pesar y nuestro miedo, pues no sabemos si los próximos seremos nosotros.

- ¿Y la policía que ha dicho?, pregunté alarmada por todo aquello que escuchaba.

- Ellos han venido y han peinado la zona en busca de pruebas, han interrogado a todos los del pueblo, y tras meses de búsqueda han dado las desapariciones por perdidas.

Muchos han abandonada el pueblo, sobre todo jóvenes, pues no se sienten seguros, pues si están aquí es para formar una familia, pero tal y como esta las cosas quizás sea mejor así.

- Pero alguien tiene que saber algo, deben de haber visto entrar o salir a alguien.

- No se esfuerce señorita, todo lo hemos pensando y no hemos hallado ninguna explicación

- ¿Y aparte de eso, ha sucedido algo fuera de lo corriente? –pregunté intentado cambiar de tema.

- No señorita, todo está bien es un pueblo tranquilo formado por familias que viene a pasar sus años de retiro en su pueblo natal, con sus familias, ahora apenas quedamos una centena de personas, y eso que antes llegábamos a tener casi el doble de la población.

- Bueno señorita, no quiero que se quede usted con ningún pesar, descanse tranquila que como la digo, no hay nada que temer.

El hombre mayor se subió al piso superior donde tenía el dormitorio, y me dejó a mí en el salón.

Eché sobre el sillón y me tapé con una manta que me había dejado mi anfitrión, y después de dar muchas vueltas para acomodarme me dormí.

No sé qué tiempo habría pasado cuando empecé a escuchar el lloro de un niño a lo lejos, al principio era imperceptible, pero poco a poco fue aumentando en intensidad hasta que me levanté de lo próximo que lo oía.

Levanté, y encendí la luz, y miré por todas partes, y nada vi, pero cada vez se escuchaba más alto, que me asomé a la ventana, a ver si veía en la calle algo, cuando de repente vi como una sombra venía hacia la ventana y cuando chocó contra el cristal era aquel hombre que había visto en el río de un solo ojo.

Pareció que se asustó con la luz, pues se quedó un momento quieto,

cuando de repente empezó a llorar algo entre sus brazos.

Al momento inició su huida pudiendo ver que llevaba un niño en su regazo.

Empecé a gritar para que se detuviese, empecé a golpear la ventana, pero nadie parecía escucharme, y el hombre ya se había ido, cuando de repente se hizo una gran luz y abrí los ojos sobresaltada.

- ¿Qué ha pasado? ¿Dónde estoy? –pregunté mirando a todos lados.

- Buenos días señorita, perdone si la he despertado, sólo quería abrir las ventanas para ventilar un poco la casa, ya son casi las diez, ha dormido bien.

Todo aquello había sido un sueño, pero tan vivido, tan real, le había visto al hombre de un solo ojo, que tenía sobre su cabeza esa piel escamada, y además llevaba un niño, al cual había escuchado perfectamente.

Todavía no me creía que hubiese sido un sueño, pues le pregunté a mi anfitrión.

- ¿Pasó algo anoche?

- ¿A qué se refiere? –me preguntó extrañado.

- A veces grito en sueños, ¿Me escuchó usted?

- No, en absoluto, suelo tener un sueño muy ligero y no escuche nada, se encuentra bien.

- Sí, claro, gracias.

Parecía claro que no aquello había sido un sueño, o mejor dicho una pesadilla. No sé porque había juntado ambas ideas, que aquel hombre fuese el ladrón de niño.

Quizás el día anterior había sido muy largo y las emociones de esos dos momentos se habían juntado en mi sueño, sea como fuere no lo pasé bien.

De alguna forma me había quedado en deuda con ese hombre que me había dado cobijo en su casa, y me tenía muchas ganas de poder ayudar a resolver esas extrañas desapariciones, pero no sabía cómo hacer para devolverle el favor, le podía hablar de aquel extraño hombre con un solo ojo, pero ni tan siquiera tenía la seguridad de que fuese él, sólo había tenido un sueño en lo que basarme, para mí era suficiente, pero seguro que para aquella gente no.

Además ¿Para qué quería aquel hombre a niños y animales de tan corta edad?, no se me ocurría ningún motivo para esos secuestros más allá de querer hacer sufrir a los de aquel poblado, quizás ellos fuesen los causantes de aquella deformidad y de alguna forma se estaba vengando el hombre de esa forma.

Quizás mi deseo de ayudar se debiese más a una buena intención en señal de agradecimiento que a una habilidad personal, pues estuve mirando por el porche de aquel hombre y no encontré ningún rastro del hombre de un solo ojo, y estuve preguntando entre los aldeanos y esa noche no había desaparecido ningún niño.

Lo dicho, había sido una pesadilla, fruto de un largo día.

Tras agradecerle al hombre la hospitalidad reinicié mi marcha con algo de pesar por no haber podido serles útil.

Era la segunda vez que dejaba un lugar en el que me podía haber quedado a vivir tranquilamente, participando de las actividades diarias como una más.

Algo que me sorprendida al recordar ambas visitas es que hubiese tantas diferencias entre las poblaciones, con idiomas diferentes, y costumbres y formas de construir y vivir tan distintas, casi opuestas, el primer grupo, aquel en el que me desperté, parecían nómadas, y sus construcciones estaban preparadas para recogerse cuando hiciese falta, en cambio estos segundos, tenían construcciones asentadas sobre el suelo, pero sobre pilares.

No me había dado tiempo a preguntarle al hombre por el motivo de

usar eso pilares, pero creía saber la repuesta, eso les resguardaba del frío y de las vestías del campo, evitaban que osos u otros animales del bosque irrumpiesen en sus casas, a la vez que protegía de las radas cuando estas se producían.

Bueno podía ser eso, o para resguardarse de más nieves, que puede que fuesen muy copiosas en esos lugares, sea como fuera eran muy distintos de los primeros sitios de construcción.

No había andado tanto, quizás unos kilómetros, pues la distancia no era bastante, a pesar de lo cual pareciera que me había movida otro mundo, puede que más civilizado por su forma de comportaste, no porque lo otros no tuviesen sus costumbres y forma de ser y estar, sin embargo, estas últimas eran más refinadas, existía un orden establecido, y un consejo para discutir los problemas por lo que pude entender de la pequeña conversación que tuve con el hombre antes de que se fue a dormir es noche.

Continué mi camino, apresurada deseando poder encontrar otro pueblo donde refugiarme antes que se hiciese de noche.

Esperaba y deseaba no encontrarme con que el hombre de un solo ojo, aunque tenía la certeza que a medida que me que avanzaba, me alejaba más y más del lugar donde lo había visto.

Esta vez para el viaje mi anfitrión me había regalado dos documentos, aparte de comida y agua, se trataba de un libro y un periódico.

Estuve ojeando el primero, se trataba de una publicación local, donde principalmente hacia referencia a las medidas políticas del gobierno de la región, del tiempo, y de las cosechas.

Quizás no era demasiado, pero eso me ayudó a situarme, me encontraba en una región de Siberia, y parecía que venía una gran tormenta para dentro de unos días, tal es que se recomendaba reforzar las puertas y ventanas para evitar mayores daños por la ventisca que antecedió a la tormenta.

Aquello me preocupó e incluso me llevó a pensar en volverme al

poblado, de nuevo me encontraba a mitad de ningún sitio, y no sabía si llegaría a algún lugar y no quería que el mal tiempo diese conmigo mientras permanecía en la intemperie, prefería afrontarlo desde un hogar caliente y a resguardo.

Pues tras dudarlo unos momentos, me decidí por seguir adelante, e inicié una marcha acelerada, con la intención de llegar lo antes posible.

No sé por qué pero sabía que en estos casos no era recomendable quedarse a la intemperie, pues el aire gélido podía hasta congelarse mientras andaba, y no quería estar en una situación parecida, además, el parar y refugiarme tras unas rocas o en una cueva también podía suponer mi muerte, pues la nieve que se acumula en caso de ventiscas es tal, que muchos han fallecido porque este se les amontonó sobre él durante la noche o le tapió la entrada con tal cantidad de nieve que no pudo salir, pues prefería llegar a un pueblo aunque fuese pequeño que estuviese protegido de la ventisca para pasarlo lo mejor posible, a ser posible próximo a una chimenea y con algo de comida o bebida caliente.

Me dio una extraña sensación como cuando uno sabe que ese no es su sitio, pero con el que tenía una unión muy fuerte.

Daba cuenta que aquel no era mi modo de vida, a pesar que me había sentido muy bien con las dos poblaciones que había visitado, por alguna extraña circunstancia había entendido sus dos idiomas, y conocía y compartía con cada uno de ellos sus costumbres y modos de hacer, pero a pesar de lo desconcertante que era no me hacía sentir en casa.

Para mí todavía era un misterio que seguro podría resolver cuando recuperase la memoria.

Seguí andando por aquella basta explanada en donde no se veía a nada ni a nadie a mí alrededor, y me dirigía al siguiente pueblo el cual me había indicado mi anfitrión que podría recibir cobijo y comida.

Las gentes que me había cruzado habían sido muy amables y hospitalarias ya que me habían hecho partícipe de lo que tenían y sin quererme

cobrar nada por ello.

Estando en esto me registré los bolsillos con la esperanza de encontrar una cartera, en el que pudiese tener algo de dinero o por lo menos algún tipo de identificativo, pero en ninguno de los bolsillos de aquel anorak pude encontrar nada, quizás hubiese sido demasiado fácil si conseguía una tarjeta o carnet identificativo, sería un gran paso para recuperar la memoria, ya tendría algo en lo que basarme, un nombre.

Los de la primera aldea me habían dado uno, como lo hacían con los nuevos miembros de su clan, pero era algo supuesto, no era el mío verdadero, sino por el que me conocían los demás basados en una característica destacada mía tanto física como de la personalidad.

En concreto a mí me habían llamado barbilla estrecha, ya que ellos tenían una cara bastante ancha y redondeada, y en cambio mi cara era más fina con esa terminación casi puntiaguda de mi barbilla.

Pero por supuesto no me sentía identificado con aquello, aunque los demás me lo usasen y atendiese cuando me llamaban así.

Igual podía haberme llamado piernas largas, o caderas estrechas, si es cierto que son parte de mí y que me distinguía del resto de los habitantes de aquel primer lugar, pero era mucho más que un físico diferente al resto.

Algunos miembros habían recibido nombres por sus hazañas destacables y memorables realizados en algún momento anterior, o por ser hijos de un padre que ejercía una determinada profesión, pero todo aquello a pesar que los diferenciaba de los demás no me parecía que los pudiese definir.

Quizás los que más se aproximaban eran aquellos nombres que hacían referencia al modo habitual de comportarse, por lo que unos recibían el nombre de huraño, ruin, amoroso o desprendido.

Es sí los definía mejor, aunque no consideraba que con eso fuese suficiente, la persona debía de ser algo más que sus características físicas y su forma habitual de comportarse, o lo sentía, a mí me podían decir cómo era, incluso cómo me veían los demás, pero quien era, eso me parecía que requería

un mayor esfuerzo de descubrimiento personal.

Todavía no me explicaba lo que había visto esa noche. Quizás era un sueño, se empezaba a oscurecer y apenas veía por donde iba, lo que empezaba a preocuparme.

Creía que estaba en el camino correcto, según me había indicado mi anfitrión, pero hace ya horas que debería de haber llegado, ya era muy tarde para volver y estaba demasiado cansada pues me centré únicamente en avanzar, un paso tras otro, sin pararme a pensar en nada más.

De repente vi al fondo una luz, esta se iba haciendo por momentos más grandes, hasta que estuvo delante de mí deslumbrándome, cuando escuché.

- ¿Está usted bien?, me han avisado que había salido hace horas, y al no tener noticias de su llegada me han enviado para recogerla, súbase a mi moto que la llevo.

Lo hice, con la esperanza de terminar un día que se me había hecho especialmente largo, quizás porque no había dormido suficientemente bien la noche anterior, o porque me había despistado.

Llegué a una ciudad, muy parecida de la que venía, en donde había varias personas esperando mi llegada.

Nada más bajarme de la moto me dijeron,

- No sabíamos dónde estaba, habíamos preparado un pequeño comité de bienvenida, pero tras mucho tiempo esperando los ánimos se han ido enfriando y sólo quedamos los que ve, bienvenida.

- No se tenían que haber molestado.

- Es usted nuestra invitada, dejarla descansar, y mañana hablaremos entre todos tranquilamente –dijo una de las mujeres.

Capítulo 5. Experiencia Cercana a la Muerte

Llegamos a la casa, y después de dar muchas vueltas por el salón me dijo el científico,

- Ahora sabemos que es un elemento altamente conductor.

- ¿Eso nos sirve para algo? –pregunté con cara de asombro como si aquellas palabras significasen algo.

- No, la verdad es que no, pues parece que no sólo es conductor, sino que responde a estímulos externos –apuntó pensativo sin molestarse a seguir con su didáctica clase particular.

Le iba a contar lo de su cuaderno, pero preferí mantenerlo en silencio, ya tenía ese hombre suficientes quebraderos de cabeza, como para que le diese otro más.

El hombre siguió dando vueltas hasta que dijo de una forma especialmente seria,

- Puede que se trate de un ente.

- ¿Un ente? –pregunté atónita al oír tal propuesta que no distaba tanto de lo que había escuchado repetidamente por el sacerdote.

- Sí, algo vivo, que se escapa a nuestra comprensión, ya te he comentado que el agua es todavía un elemento por descubrir, con propiedades desconocidas.

Puede que esta agua, sea aún más especial, que reaccione ante lo que considere un ataque –señaló entre murmulos, cabizbajo y pensativo.

- ¿Se defiende? –pregunté siguiéndole la corriente sin creer ninguna palabra del que hasta hace poco parecía un científico metódico y cabal, y

ahora más bien se asemejaba a un charlatán dando palos de ciego.

- Si..., bueno no..., no le atacaba, pero puede que éste si lo considerase así –volvía a mencionar de forma casi imperceptible como si estuviese hablando consigo mismo.

Ante aquella incertidumbre en sus expresiones pensé que era mejor dejarle a solas, preferí salir a dar un paseo y me dirigí a la iglesia.

La examiné por fuera y no vi que se pudiese entrar por ningún sitio, de nuevo estaba cerrada, a la espera de que algún día de la semana apareciese el sacerdote.

La verdad es que tenía ganas de preguntarle, aunque no sé si me atendería, pues la última vez que hablamos me dijo que no me acercase al pueblo y no le había hecho caso.

Seguí andando y subí a un monte próximo desde donde se veía el pueblo y el lago juntos, y eso me asombró.

Desde donde estaba, no sé si era por la perspectiva, pero parece que el lago ocupaba la salida hacia un valle que se extendía a su espalda. En cambio, enfrente únicamente tenía el pueblo, y luego montañas.

Es como si el lago estuviese frente a frente del pueblo, sin darle más salida que las montañas de atrás.

Abrí el libro que me habían regalado sobre la historia del pueblo y al cual había acudido en varias ocasiones para revisar por si podía encontrar algo de interés para resolver el misterio de aquel lago.

Y mirando entre sus hojas, vi como hacía sólo cinco años había una foto de un lugar no muy distinto al que me encontraba.

Un alto desde donde se dominaba el valle, y con él se observaba el pueblo y el lago, pero este último era de un tamaño considerablemente menor y estaba arrinconado a un lado, próximo a las montañas, de donde supongo se nutriría con los deshielos.

Pero ahora, era más del doble de ese tamaño, eso me sorprendió pues el terreno que quedaba a su lado era llano, descartando así la idea de que el color del agua se debiese a la profundidad de una hondonada bajo su superficie, a no ser que esta se hubiese producido en los últimos años, aspecto que dudo.

Además, en la foto se veía claramente un agua azul, casi cristalina, y en cambio el agua de ahora era totalmente negra, a pesar de que cuando uno se acercaba a la orilla parecía transparente. Es como si hubiese dos lagos, el de antes y el de ahora, pero ¿Qué podría haber provocado este cambio?

Del pueblo no había ningún cambio, parecía que no había pasado el tiempo por allí, miré con detalle y vi que las casas permanecían exactamente igual que en la foto, todas menos una, que se encontraba alejada del pueblo a mitad de camino del lago. Aquello me extrañó, ¿Qué pintaría aquella casa fuera del pueblo?, ¿Y dónde estaba ahora?, mirándolo bien, ahora tendría que estar bajo la superficie de aquel lago, que, si antes estaba en el camino que conducía a este, como ha crecido tanto ya ha desaparecido, seguramente bajo sus aguas.

Aunque me intrigó, era habitual que cuando se forman embalses o se crean pantanos las aguas que ascienden inunden y sumerjan las construcciones que en su paso se encuentren, no entendí cómo siendo una superficie lisa, no quedara ni el más mínimo resto de aquella casa.

Había escuchado de pueblos sumergidos de los que únicamente se podía ver el campanario emergiendo de la superficie, y que cuando era época de sequía resurgía como ave fénix de sus cenizas, como si no hubiese pasado el tiempo por sus paredes y casas.

Pero aquello era diferente, sabía que aquel lago no tenía profundidad suficiente para tapan a una persona y menos una casa, ¿Entonces dónde estaba?

Miré en el libro y en la parte del final, había una descripción de las familias que vivían en el pueblo, y una indicación del número de miembros de cada familia, pero claro aquello no me servía demasiado si no sabía quiénes

eran los dueños de aquella casa.

No es que fuese para mí una pista muy sólida en la que buscar algún tipo de explicación a aquel lago tan extraño, pero me pareció intrigante y quise profundizar.

Bajé y se lo enseñé al científico y éste me dijo que tenía mucha razón en lo primero que había descubierto, sobre la profundidad y el color del lago, pero que lo segundo era absurdo tenerlo en cuenta, precisamente lo que más me había intrigado.

Estuvo estudiando aquel libro como si fuese para un examen y cuando terminó de leerlo afirmó con tono titubeante,

- No sé que estoy buscando aquí, me parece que está claro que no hay nada de interés científico.

- ¿Pero y lo del lago?, ¿Lo de sus polvitos?, ¿Lo de su aparato? – pregunté insistentemente confundida por su afirmación.

- Circunstancias ajenas a mi interés. Vine intentado buscar explicación a una serie de fenómenos extraños relatados por los habitantes de los pueblos vecinos y todavía no he sido testigo de ninguno, me parece que es una pérdida de tiempo que siga en este pueblo –relató con aspavientos.

Aquello me desconcertó, no sabía si estaba hablando en serio, se había mostrado tan interesado y atento, incluso frustrado cuando no consiguió analizar la composición del agua y ahora se quería ir sin más.

Puede que como él había dicho, aquel lugar hubiese perdido interés para él por no haber visto nada de lo que había experimentado con situaciones similares, pero me parecía más bien una estrategia muy ingeniosa de curarse su ego.

Si va a un sitio y consigue explicarlo con su mente científica, seguro que lo cacarea a los cuatro vientos para que todo el mundo se entere de lo que ha descubierto al desentrañar el misterio del lugar, y seguro que lo haría mofándose de los habitantes crédulos de lo desconocido.

Pero si va a un sitio y no consigue darle explicación científica, se retira no dejando rastro de su presencia, para no pasar la vergüenza de haberse enfrentado a un misterio y no haber sido capaz de resolverlo.

Así cualquiera puede mantener un ego tan grande como el que tenía este científico.

No me extraña que pueda realizar esas afirmaciones de “todo es explicable por la ciencia”, ya que aquello que no lo es, lo ignora como si no existiese y así podría dormir tranquilamente.

Sabía que no le podía retener, aunque para mí, aquel misterio aumentaba cada día que pasaba en el pueblo.

Esa noche, y conociendo lo que había sucedido en la anterior, me quedé despierta para ver qué pasaba con los habitantes de aquel pueblo.

Y tal y como creía, a media noche empezaron a salir los vecinos de sus casas y se dirigían al lago.

Que estaba escondida viéndolo a través de la rendija de una ventana, no me di cuenta que el dueño de la casa, se acercaba por detrás y pasando a mi lado se dirigió a la puerta de salida.

Cuando le vi me di tal susto que me levanté y le pedí disculpas, pero él hizo como si no me viese, y continuó, abrió la puerta y salió.

Es como esos que dicen hipnotizados, que por mucho que les pases la mano por delante de los ojos o que les chilles en un oído, no se enteran.

Aquello me llenó de pavor, pero haciendo de tripas corazón salí al porche, y como vi que no había provocado ningún tipo de reacción en los vecinos que iban calle abajo, les seguí, y lo hice agazapada, intentando esconderme en las piedras, a pesar de que ninguno parecía mostrar el más mínimo interés por mí.

Desde lejos vi cómo a medida que iban llegando los vecinos se iban parando a la orilla.

Me seguí acercando y me subí a la piedra desde donde había estado observando el lago los días anteriores.

Y allí acurrucada me mantuve muy quieta, casi manteniendo la respiración para que no se percatasen de mi presencia.

Cuando llegó el último, el agua se separó, como si les estuviese esperando, dejando un camino hacia su centro.

Aquello no lo conseguía comprender, la única referencia que sabía que el agua se pudiese separar era de la Biblia cuando Moisés, usando su báculo, al levantarlo, abrió las aguas del mar Rojo y con ello el pueblo de Israel que había salido de Egipto pudo atravesar sus aguas para ponerse a salvo del ejército del Faraón que les seguía.

Así mismo recordé que fue también Moisés quien cerró las aguas tras de sí, según cuentan las Sagradas Escrituras, ahogando a todo el ejército egipcio que había salido en persecución del pueblo de Israel tras haber padecido las plagas.

Por lo que tenía claro que pasase lo que pasase no debía de seguir a aquellos del pueblo, pues seguramente el agua del lago caería encima de mí ahogándome como ya lo sufrieron aquellos soldados egipcios.

Una vez que todos hubieron avanzado por aquel pasillo salí de mi escondrijo y me puse enfrente, justo donde se habían quedado esperando los vecinos, y pude ver a donde se dirigían, era a aquella casa que recordaba de la fotografía desde arriba, en que se veía el pueblo y el lago cuando este era de reducido tamaño.

Aquella casa estaba en pie y parecía que hasta tenía luz.

No sabía qué pensar, cuando de repente, sin hacer ruido alguno, se cerraron las aguas, quedando su superficie lisa y tranquila como si nada hubiese ocurrido.

Aquello me asustó y eché para atrás, me fui corriendo al pueblo,

aunque sabía lo que iba a encontrarme, a nadie, vacío.

No me hizo falta mirar por todas partes, pues los había visto uno a uno pasar hacia el interior del lago, solamente me quedaba despertar a aquel hombre, que se daba de gran científico, pero ¿Cómo le iba a explicar todo?

De repente recordé aquella vivencia que había tenido en que había conseguido entrar en la iglesia para refugiarme, me dirigí a sus puertas, las empujé y estas no se abrieron.

Ya me estaba cansando de encontrármela cerrada cuando la necesitaba, me tenía que hacer con una de las llaves de la puerta, sea como sea, pero ahora no se la podía pedir a nadie, además no sabría quién podría tener copia.

Temiendo que los vecinos me pudiesen ver levantada si volvían, corrí de nuevo a la casa donde estaba hospedada, y me metí en mi cuarto.

Cerrando el pestillo de mi puerta y poniendo una silla atrancándola para que nadie pudiese entrar mientras dormía, aunque la verdad mi corazón estaba tan acelerado y mi respiración entrecortada, que no conseguía siquiera cerrar los ojos, pensando en lo que acababa de vivir.

Cuando conseguí tranquilizarme y pude empezar a pensar con claridad decidí que de mañana no pasaba el abandonar aquel pueblo, pues había visto más de lo que quería y podía soportar, sin falta acompañaría al científico en nuestra salida, pero por motivos bien distintos.

Él por la frustración y la falta de comprensión y yo por el respeto o mejor dicho el miedo por todo lo que había vivido.

Creía que estando más tiempo podría conseguir alguna respuesta, pero era todo lo contrario cada vez me quedaban más dudas sobre lo que pasaba, poco a poco en mi mente iban ganando fuerza las palabras del sacerdote, sobre que sus habitantes estaban vivos, pero sin vivir.

Algo así como serían los zombis de las películas, pero lo que me extrañaba es que durante el día fuesen todos tan normales y luego por la noche cambiasen por completo.

Fuese como fuese no quería saber más de lo que pasaba, mi nivel de desconcierto había sido superado con creces, en los pocos días que llevaba, ya no me sentía segura.

Eso podía ser, puede que mi falta de sueño producido por mis nervios de los días anteriores haya hecho que vea cosas que no son reales, que hubiese tenido pesadillas o alucinaciones.

Debía de ser eso, toda una alucinación, pero no estaba dispuesta a comprobarlo, prefería dejar aquel pueblo con sus problemas atrás e irme a hacer montañismo a otro lugar.

No sé cómo lo hice, pero me debí de quedar dormida, pues lo siguiente que recuerdo es que tocaban a la puerta llamándome para el desayuno.

Me desperté y estaba acurrucada en un rincón de la cama, tapada con la colcha hasta por encima de la cabeza y empapada de sudor.

Era una sensación desagradable, de no saber qué me pasaría si abría la puerta, sabía que durante el día las personas de allí eran normales, pero no me atrevía a mirarles pues me producían escalofríos nada más pensar que por la noche se convertían en zombis o algo parecido.

Abrí la puerta, y salí a desayunar, y allí estaban, el hombre que nos hospedaba y el científico.

Este parecía un poco más relajado que cuando le había dejado la noche anterior y me comentó con una sonrisa, aunque sin mirarme de frente,

- He estado pensando en todo lo sucedido, debió de ser un problema de humedades, he repasado mentalmente lo acontecido y creo que fue eso.

- ¿Humedades? –pregunté sorprendida y asombrada por su conclusión.

- Sí, por eso mis reactivos, aquellos polvitos de colores no producían el efecto deseado, si estos están húmedos pierden sus cualidades –repuso con un escueto comentario.

- ¿Y lo que le pasó al aparato?, no me dirá que eso también son humedades –renegué confundida por ese cambio de actitud tan radical.

- Precisamente, era un aparato muy delicado, con la humedad se pudo producir algún cortocircuito en su interior y con este provocar aquella descarga al cerrar el circuito al contacto con el agua –insistió con tono incuestionable.

No quise preguntar a qué se referiría con eso del circuito, pero lo que parecía claro es que ese hombre seguía autojustificándose, como lo debía de haber hecho durante toda su vida, para evitar tener que enfrentarse ante un evidente fracaso.

- ¿A qué hora nos vamos? –pregunté al terminar de desayunar.

- ¿Irnos?, si apenas acabo de empezar mi investigación –respondió el científico con una sonrisa mientras se levantaba del lugar.

- Pero..., si ayer dijiste..., y además ya no te quedan cosas de esas de las maletas –repuse sorprendida y algo descompuesta por dentro por la mala noche que había pasado, y la frustración de su nueva inesperada decisión.

- No importa, las pediré y en unos días me llegarán más, mientras puedo realizar otros estudios para los cuales es más importante la inteligencia que la técnica, empleando medios rudimentarios podré obtener la información que necesito –reseñó con aire incombustible y espíritu revitalizado.

Inteligencia es lo que empezaba ver que tenía poco ese hombre, después de todo el susto que pasó ayer y ahora parecía tan ilusionado para retomar esa absurda cruzada por desentrañar todos los misterios y evidenciar así su superioridad sobre los demás.

- Además, ¿Que no sabes qué día es hoy? –preguntó haciendo un pícaro guiño.

- No, ¿Cuál? –pregunté extrañada por su actitud.

- Hoy es luna llena, quiero estar presente para comprobar si se

produce algo de lo que me comentaste, uno de esos fenómenos extraños en el agua –sentenció mientras realizaba algunos estiramientos.

Me quedé blanca de la impresión con lo que escuchaba, no me había dado cuenta de cómo avanzaba la luna estas noches, lo que estaba claro es que, si antes tenía ganas de irme, ahora tenía muchas más razones hacerlo.

De ninguna forma me iba a quedar a esperar a ver qué pasaba como decía el científico, si quería que se quedase él y que luego me le contase por carta.

Fui nerviosa a mi cuarto, para recoger las pocas pertenencias que traía, una vez hecho me salí con celeridad de la casa sin siquiera despedirme, y me iba a dirigir hacia la salida del pueblo, cuando observé que la puerta de la iglesia estaba abierta.

¿Cómo era posible, si todos los días anteriores la había encontrado cerrada, incluso ayer por la noche?, me acerqué y vi que el sacerdote estaba celebrando misa.

¿Pero por qué no había escuchado la campana anunciado aquel acto?, al punto recordé lo que me habían contado, de cuando habían tocado aquella campana, seguramente por eso no sonaba ahora.

Quise despedirme del sacerdote antes de irme, por lo que me quedé hasta el final del oficio.

Tal y como me había comentado únicamente tres de las vecinas asistían a la misa, pero ¿Cómo podría ser?, si eran fieles devotas, ¿Por qué seguían viviendo en el pueblo?, ¿Por qué no se habían marchado con el sacerdote?

Algo que también me sorprendió es que la iglesia era tal y como la visualicé cuando tuve esa especie de sueño despierta, el primer día encima de la roca frente al lago, información que me habían confirmado algunos vecinos pero que hasta ahora no había visto por mí misma.

Esperé a que finalizase, cuando lo hizo y como sabía que el sacerdote se iba a molestar con mi presencia le dije rápidamente,

- Padre quiero confesarme.

A lo que él no pudo negarse, fuimos al confesionario y más que confesarme lo que hice fue contarle todo lo que había vivido, especialmente lo de la última noche y mis miedos con respecto a lo que me podría suceder si me quedaba más tiempo.

Él me bendijo y me dijo que le acompañase, que nos marcharíamos del pueblo los dos juntos, así recogió sus cosas y nos dirigimos hacia la salida de la iglesia.

Cerró la puerta con llave y me comentó,

- Sé que no la vas a necesitar, pero por si acaso toma –y me dio la llave.

- Y usted padre, ¿No la va a necesitar? –pregunté asombrada por aquello.

- Tengo otra copia en mi casa, no te preocupes –dijo con tono tranquilizador y una dulce sonrisa.

Aquello me extrañó, pues le había dicho que iba con él, pero acepté el regalo y lo guardé en mi mochila.

Nos dirigimos a la salida del pueblo y de camino me encontré al científico que viéndome preparada para marchar me dijo con cierta soberbia.

- ¿Qué pasa?, ¿Acaso no quieres quedarte a ver cómo descubro el misterio?

– No le contestes, sólo te quiere embaucar, él es uno de ellos –dijo el sacerdote sin detenerse.

Eché un último vistazo al científico y no le vi nada diferente, pero no me detuve y salimos del pueblo juntos, el sacerdote y yo.

Cuando íbamos de camino le pregunté sobre las personas que vivían en

aquella casa, que había quedado en mitad de lago, y el sacerdote extrañado me preguntó algo molesto,

- ¿Por qué quieres saber de ellos?

- Puede que sean el origen de todo –concreté intentando conocer algo más del lugar.

- No me importa el origen, sólo las almas de las tres personas que has visto.

Seguí insistiendo hasta que el sacerdote me dijo sosegadamente,

- Déjalo ya, ahora estas a salvo, no mires el pasado, ese pueblo no debería de estar en ningún mapa, así sus vecinos podrían vivir su vida sin interferencia de nadie.

Seguía sin entender su postura y tras unos momentos volví a interrogarle,

- ¿No se pueden salvar?

- Ya no, han aceptado voluntariamente al lago dentro de sí.

Mira hay algo que parece que no entiendes, las fuerzas del bien y del mal llevan siglos luchando por cada una de las almas de los humanos, así preparan argucias y mecanismos para que las personas se entreguen voluntariamente a uno u otro bando –sentenció como si de una condena eterna se tratase

- ¿El bien también usa argucias? –repliqué extrañada por su forma de hablar.

- Usa sus medios, pero como entenderás estos son limpios y claros, para aquel que se quiera acercar, en cambio, los otros utilizan la trampa, la intriga y la mentira, pero al final, la decisión es personal y voluntaria, nadie te puede obligar a aceptar ninguno de los dos caminos, pues si no el alma no sería responsable de sus actos –volvió a insistir sin siquiera reducir el ritmo.

Aquello que decía el sacerdote me sorprendió pues parecía que hablaba de algo vivo y presente, de forma muy diferente de lo que había escuchado con anterioridad en que se limitaban a leer y comentar las Sagradas Escrituras, como si de un cuento con moraleja se tratase.

A medida que me alejaba de aquel pueblo, mi interés por descubrir una explicación a todo aquel misterio, se iba reduciendo hasta desaparecer.

Para cuando llegué al pueblo donde vivía el sacerdote, ya no me importaba aquello que había sido casi una obsesión y que compartía con el científico, querer saber más de aquel lago.

Le agradecía al sacerdote, el que me permitiese acompañarle y a pesar de que todavía me quedaban unos días de mis vacaciones preferí volver a la ciudad y retomar mi vida corriente.

Habían sido los días más extraños de mi vida e incluso me atrevería a decir que nunca había pasado tanto miedo nunca como en aquel lugar.

Al verme mis compañeros de trabajo en la oficina, de nuevo sin haber transcurrido el periodo completo de mi descanso les extrañó, pero prefería estar entretenida, ocupada en aquello que conocía y que me era familiar, alejada de los sobresaltos de lo desconocido.

Poco a poco fui recuperando mi calma, aunque todavía por la noche cerraba la puerta de mi cuarto y atrancaba la silla, eso que estaba a bastantes kilómetros de distancia y que tenía la plena certeza de que ninguno de aquellos habitantes iba a salir del pueblo para atacarme por la noche, pero el miedo me podía más y hacía eso.

Paulatinamente me fui implicando en mi vida establecida, recuperé las salidas con mis amigas y mi afición por el cine, pero de vez en cuando caía en mis manos una noticia que me era interesante y la guardaba, estas eran sobre acontecimientos que no tenían por qué estar relacionados aparentemente, pero que a mí me parecían relevantes.

Así en una pared de mi habitación de trabajo fui colgando poco a poco cada uno de los recortes.

Al principio eran fragmentos de acontecimientos sorprendentes, como unos pocos supervivientes de un accidente aéreo o un desaparecido en una isla sin dejar rastro, pero mi interés por lo inexplicado fue creciendo cada vez más.

Nunca había comprado el periódico, pues en la empresa teníamos varios para poder leer mientras el descanso de media mañana, empecé a comprarlos, ya que en la oficina me habían llamado la atención por recortarlos aduciendo que otros compañeros podrían estar interesados en leer lo que ahora sólo era un agujero en la página.

Al principio fue únicamente un periódico, el cual me recorría letra a letra para ver que no se me escapase nada.

Luego fueron dos, tres y hasta cinco diariamente.

Dejé de salir con mis amigas por las tardes, ya que aquella tarea de recuperación y ordenación de información, me suponía mucho tiempo.

Poco a poco y casi sin darme cuenta se me llenó la pared, pero aquello me parecía algo caótico, descolgué todos los artículos y los empecé a poner juntos los de una temática y en otro lado los de otra, de forma que los tenía separados por grupos, intentando ver en cada uno de ellos alguna conexión.

Una vez hecho esto, fui con un rotulador fluorescente resaltando una o dos palabras de cada noticia, aquella que me parecía más importante y que recogía la idea principal de la misma.

Posteriormente cogí unas chinchetas y las puse precisamente sobre esas palabras y con unas cintas las fui uniendo de chincheta a chincheta buscando una relación entre ellas.

Aquello me parecía que emperezaba a coger forma, me regocijaba pensando en el incauto que era aquel científico que se creía tan inteligente, cuando yo misma y en poco tiempo había reunido aquel gran rompecabezas y le empezaba a dar cuerpo.

Un día vino a mi casa una amiga, justificándose porque decía que se había dejado algo de vital importancia y que a pesar de que me había llamado varias veces nunca la había respondido, se presentó en la puerta.

Amablemente la atendí y la hice pasar, esperando que su visita fuese lo más corta posible, para que pudiese seguir con mi tarea de recortar, pegar y unir noticias.

Ella criticó el descuido en cuanto a mi forma de vestir en casa, así como por mi dejadez de las tareas del hogar, ya que se me había empezado a acumular el polvo por las esquinas.

No entendí aquella recriminación, sólo había venido a recoger algo suyo.

Se recorrió toda la casa buscando a ver qué es lo que me pasaba, según ella había cambiado mucho y la tenía a ella y al resto de amigas preocupadas, y que por eso realmente había venido.

No di crédito a lo que decía, de alguna forma se habían puesto de acuerdo para meterse en mi vida sin pedirme permiso, ¿Quiénes se habrían creído que eran?

Un poco molesta le metí prisa para que encontrara aquello que buscaba y que se fuera, sin darle oportunidad ni siquiera a tomar un café.

Ella seguía rebuscando por toda la casa, como si de algo importante se tratase, aunque empezaba a sospechar que en realidad no buscaba nada sino únicamente quería meter las narices en donde no le importaba.

Estando esperando a que acabase, me llamó para que acudiera y cuál sería mi sorpresa cuando me di cuenta de que había entrado en la habitación de los recortes.

- ¿Qué es esto? –me preguntó con tono acusativo.

- Es sólo una afición –respondí defendiéndome sin entender todavía qué hacía allí adentro.

- Esto es mucho más que eso, sabíamos que algo no iba bien. Deja que lo solucione –replicó preocupada.

Y diciendo esto subió las persianas que estaban a medio levantar y empezó a arrancar de la pared todo lo que había puesto, los recortes, las chinchetas y las cintas que las unían, y todo lo ponía en el suelo.

Me quedé tan impresionada que no sabía cómo reaccionar, si gritar o llorar.

Cuando acabó, salió hacia la cocina, cogió una bolsa de basura y la rellenó con todo aquello.

Los periódicos que tenía acumulados por la habitación, apilados a la espera de un nuevo repaso para comprobar que no hubiese ninguna noticia que se me hubiese pasado, también estos fueron preparados en bolsas de basura y puestos en la puerta.

Se recorrió el resto de la casa abriendo todas las persianas, y hasta las ventanas, para ventilar según ella.

Me sentía mal por lo que estaba haciendo, tantas horas dedicadas a aquello y ahora en un momento venía y lo destruía.

Me dejé caer sobre un sillón, rendida y agotada, sin siquiera fuerzas para quejarme, viendo pasar a mi amiga de un lugar a otro, yendo y trayendo bolsas.

Luego cogió un cubo y empezó con la fregona a limpiar el suelo, habitación por habitación sin dejar ni una mota de polvo.

Seguía como traspuesta, por el impacto de ver destruida mi pequeña obra de recogida de información.

Mientras mi amiga seguía trabajando, como si estuviese en su propia casa.

Cuando estuvo todo bien limpio, en el que uno se podía ver reflejado

en el suelo me dijo,

- Esto se tiene que acabar, mañana voy a venir con alguna otra amiga y te vamos a sacar, ahora tienes una casa como es debido y no como la tenías.

No vamos a dejar que nada te pase, mientras sigamos siendo tus amigas.

- ¿Y lo que venías a buscar? –inquirí sorprendida por todo lo que sucedía.

- Ya lo he encontrado, era a mi amiga –respondió con una sonrisa, mientras se marchaba– por cierto –dijo antes de cerrar la puerta de la calle– no quiero ver ninguna de las bolsas aquí mañana, encárgate de tirarlas.

- Si lo haré, descuida –la contesté más por complacerla que por estar segura de que cumpliría.

En esas cinco bolsas llevaba toda mi dedicación de semanas de recoger, ordenar y colocar noticias, afición que había cambiado mi vida.

No me hubiese costado nada ahora que se había ido mi amiga volverlo a poner en su sitio, bueno, sólo tiempo, pero por alguna extraña razón como le había dado mi palabra a ella, no me sentía con fuerzas para volver a dejar todo como estaba.

Una vez que se secó el suelo me levanté y me dirigí hacia las bolsas de basura.

Todavía no llegaba a entender, porque se había molestado tanto mi amiga al ver aquella habitación.

Puede que si fuese a casa de alguien y me encontrase que esta persona tenía una habitación llena de recortes de periódico en la pared hubiese reaccionado igual, con extrañeza e incomprensión, pero de ahí a tirarlo todo, me parecía algo exagerado.

Tal y como le había dicho a ella, empecé a tirar las bolsas, poco a poco, de dos en dos las fui sacando, estas a pesar de ser pocas eran bastante pesadas, no sólo por el número de periódicos que tenían si no porque creo que

hasta habían cogido algo de humedad lo que las hacía más pesadas aún.

Por fin la última bolsa, aquella que contenía todos los trocitos de periódico recortados, era la bolsa que más pena me daba tirar, pues con ella se iban muchas horas de escudriñar entre las hojas de los periódicos para rescatar las pequeñas noticias, piezas de mi gran rompecabezas.

A decir verdad, ahora que lo pensaba fríamente, no había conseguido aprender nada de aquello, todo lo que había hecho era acumular y acumular, pero sin conseguir darle ningún sentido.

Quizás era que no le había dedicado demasiado tiempo o que no tenía todas las piezas, lo que estaba claro es que me sentía mal por tirarlo sin haber descubierto nada, pero cómo lo iba a hacer si no sabía lo que buscaba.

Capítulo 6. Vuelta al Origen

Había reunido noticias tanto de hechos naturales como de máquinas, descubrimientos científicos y cualquier otro tema que me pareciese curioso o sorprendente, y a pesar de que los había agrupado y unido por cintas entre varias noticias nunca había podido encontrar lo que quería.

Metí mis manos para sentir el contacto con aquellos pedacitos antes de tirarlos y cuando las saqué se me cayó un recorte.

Lo recogí y lo fui a meter de nuevo en la bolsa para cerrarla e irlo a tirar, pero me puse a leerlo antes de deshacerme de ello a modo de despedida.

Lo leí tranquilamente, se refería a una máquina que habían inventado para controlar a distancia el movimiento de una mano articulada con lo que querían suplir los viajes espaciales, ya que los astronautas podrían manipular los instrumentos desde la Tierra sin necesidad de tener que subir a la estación espacial.

Aquello ahora caería de ningún sentido fuera del contexto de la pared, lo fui a devolver a su bolsa cuando miré el reverso, en este había media foto de un mapa y sólo se podían ver entrecortadas algunas palabras de otra noticia.

Por lo que pude entender, se había producido un terremoto de gran intensidad, pero de pequeña duración entre unas montañas, los científicos descartaban que fuese producido por un movimiento de placas debido a la localización del epicentro.

Pero lo que más me llamó la atención fue el mapa, era una vista por satélite de las montañas donde había estado haciendo montañismo, y el punto que indicaba el epicentro debía de ser...

No me lo podía creer, aquello parecía la región donde estuve casi

perdida, y sin poder salir, en aquel lugar donde había ese extraño lago.

Eso me trajo a la mente el recuerdo de todas aquellas experiencias algunas poco agradables y todas sorprendentes que había vivido en los pocos días que me había quedado en aquel pueblo.

Que creía que todo aquello lo había superado y olvidado, ahora veía que tenía una noticia sobre el lugar, cogí el papel y lo puse en la bolsa, lo cerré y la bajé.

El epicentro en la región de ese pueblo, podría ser casual, pero si estaba en el recorte de la noticia, quiere decir que había pasado recientemente.

Me planteaba estas y otras cuestiones una y otra vez de camino al contenedor, cuando lo eché sentí un gran alivio, pero todavía me quedaba el gusanillo por aquello último que había leído.

Miré a mí alrededor y vi un cibercafé, tal como estaba, sin preocuparme demasiado que estuviese en chándal y con zapatillas de casa, me acerqué y me conecté a la red en busca de más información

Al principio puse la palabra epicentro y como no sabía el nombre de la región, fui buscando noticia tras noticia hasta dar con la que quería.

Efectivamente, había habido un terremoto, pero este se había producido hace casi tres años.

La noticia que había recortado era sobre los resultados de las pruebas de sismógrafos que los científicos habían estado estudiando durante ese tiempo de la región en busca de alguna explicación y habían cerrado el caso negando que su origen se debiese a un fenómeno natural de desplazamiento de placas.

Hace tres años, hace tres años... más o menos eso era un poco después de haber estado tomada aquella foto desde encima de una montaña, desde donde se veía el pueblo, el lago en una esquina y aquella casa a mitad de camino.

Aquello me puso los pelos de punta, nada más pensar en esa casa que ahora estaba sumergida en mitad del lago de aguas negras, y en recordar que estuve frente a frente de sus ruinas, cuando las aguas estaban separadas, me dio miedo.

Que me creía recuperada de todo, que ya en las últimas semanas había conseguido dormir con la puerta abierta, aunque para ello dejaba una luz encendida en el pasillo toda la noche.

Ya que me levantaba por la mañana sin estar empapada en sudor y sin taquicardias, ahora parecía que lo que creí olvidado volvía a estar presente en mi vida.

Con algo de paciencia y tras mucho buscar me enteré de que aquella región donde se situaba el pueblo era una zona antigua y estable, que el movimiento se había producido de forma inexplicable e inusual, pues a diferencia de los terremotos, en este caso no había habido las habituales replicas, movimientos secundarios de asentamiento del terreno.

Además, ese día extrañamente algunos habitantes de la región habían declarado que el cielo se oscureció por más de una hora.

Con nubes muy grandes pero que en ningún sitio había descargado una tormenta, ni en forma de lluvia, nieve o granizo, y que tal y como habían venido los nubarrones se disiparon y desaparecieron sin dejar rastro.

Dos acontecimientos raros en un mismo día me parecían demasiada casualidad.

Por extraño que parezca aquella práctica de unir noticias aparentemente inconexas que había realizado en mi cuarto con las cintas al unir los recortes de periódico, me habían dado gran agilidad mental para realizar conjeturas, desde las que tenían una lógica aplastante hasta las más variopintas e ilógicas.

Pero aquello parecía un caso claro de que tenían que estar relacionados ambos fenómenos, así estuve buscando esta relación entre las condiciones meteorológicas y la aparición de terremotos, y nada encontré.

Algunos científicos apuntaban que una gran tormenta de rayos podía desestabilizar las cargas contenidas bajo la superficie y adelantar algún tipo de movimiento sobre todo de tipo volcánico, provocando erupciones magnéticas, pero nada más.

Por supuesto en una zona tan vieja y bien asentada, donde no había cráteres humeantes ni nada similar, esa relación parecía que no era la que lo había producido, además no se reportaba la existencia de esa tormenta de rayos.

Seguí indagando en la red en busca de información cuando por casualidad me encontré con una noticia que informaba de que un meteorito había provocado tras de sí una gran estela de nubes que se habían disipado a las pocas horas.

Eso me sonaba, eso era, un meteorito, que al entrar en la Tierra se calientan las capas superiores de la atmósfera y ese rozamiento puede provocar el calentamiento del meteorito, haciendo que este desprenda parte de su material, pudiendo formar a su alrededor una estela de aire condensado, ¿Pero podría eso explicarlo todo?

Ahora tenía tres elementos, las nubes, el terremoto y el meteorito, ¿Y si en realidad no fuese un terremoto?, podría ser simplemente el resultado del impacto del meteorito al colisionar y que su onda expansiva hubiese sido recogida como un terremoto.

Eso ahora si me encajaba, ya no había dudas que lo que había cambiado la fisionomía de aquel pueblo y en especial de aquel lago era un meteorito que había caído.

Estuve mirando información sobre meteoritos y vi cómo en el lugar del impacto se suele producir una grieta de mayor o menor dimensión según el material del suelo donde caiga.

Eso podría explicar lo de la casa del centro del lago, que, encontrándose cerca del lugar del impacto, hubiese provocado el hundimiento de la tierra colindante y con ello de la casa y por eso esta no se veía sobre la

superficie del lago, pues estaba más baja que el resto.

Ahora sí me encajaban todas las piezas, lo veía tan claro, que miré emocionada a mí alrededor con la intención de contárselo todo a alguien, pero no veía a quien le pudiese interesar mi descubrimiento que me había llevado tanto tiempo.

Salí del cibercafé y ya era tarde, esa noche no pude dormir, me volvieron las pesadillas y no hacía más que dar vueltas en mi cama.

Al día siguiente muy temprano, llamé al trabajo y dejé recado de que no iba a asistir pues me había surgido un asunto urgente, y que los días que me faltaban de mis vacaciones me los cogía ahora.

No sabía lo que iba a hacer, pero estaba segura de que me acercaba a algo importante.

Preparé la mochila que solía llevar a mis excursiones por la montaña y cuando estaba rebuscando entre la ropa algo para llevarme, encontré una llave grande de hierro, que ocupaba toda mi mano, era la de la iglesia de aquel pueblo del lago, ¿Qué hacía ahí?, pues creía que la había tirado.

Sin darle mayor importancia la eché a la mochila con la intención de devolvérsela al sacerdote si le volvía a ver pues no la había necesitado.

Lo que más me costó una vez que estaba en el autobús de vuelta a aquella región montañosa fue, explicarle a mi amiga, la que había estado el día anterior en mi casa, que me marchaba y que por tanto no tenía sentido que se acercase con otras amigas para obligarme a salir.

Ella se extrañó de mi cambio de actitud, y parecía dudar de mis palabras, si lo decía simplemente por aplazar mi salida o porque efectivamente me había recuperado.

Después de contarle muy por encima mis inquietudes, de las cuales no quise compartir demasiado, me dijo que la avisase cuando regresara para salir y en eso quedamos.

Me sentía a gusto y tranquila volviendo a salir de la ciudad escapándome de las obligaciones diarias y el ajeteo de una vida estresante.

Siempre me había gustado salir los fines de semana y en vacaciones a lugares abiertos, donde la paz reinante me hiciese desconectar del ruido de la ciudad, la naturaleza es el mejor remedio a tanto estrés diario.

Además, cuando iba de senderismo prefería hacerlo sola o bien acompañada, pero sin hablar, ya que me gustaba que mi mente se quedase en blanco, centrada únicamente en el siguiente paso a dar, sin más música que la de mi respiración forzada por el esfuerzo que hacía al caminar.

Para mí era toda una liberación, no tener que pensar en clientes, proveedores, plazos y cuentas.

De nuevo sentía como las fuerzas volvían a mí. El cansancio y la apatía, de las semanas anteriores, parecían disiparse.

Extrañamente el miedo previo se había convertido ahora en emoción por adentrarme de nuevo en lo desconocido, en el misterio, me sentía aliviada, pero sobre todo viva.

El autobús me dejó en un pueblo alejado, tuve que iniciar mi caminata que me llevó casi medio día.

Llegué por la tarde y para mi asombro encontré al científico que estaba en el pueblo.

- ¡Que sorpresa!, ¿Qué haces aquí? –le pregunté afablemente.

- Ya ves, me he quedado todo este tiempo estudiando, tengo tantas cosas que comentarte –me dijo con una sonrisa amplia mirándome a los ojos.

Aquello me pareció extraño, una persona tan ocupada como era él que permaneciese en un pueblo sin mucho que hacer, pero no le di más importancia.

- También tengo que comentarte –le respondí guiñándole un ojo.

Los dos nos pusimos a hablar en la casa de huéspedes sentados a la mesa, mientras tomábamos un café y así le comenté,

- Creo que sé lo que ha pasado, lo que provocó que el lago cambiase su ubicación.

Mira hace tres años se produjo un gran terremoto o al menos eso es lo que creían los científicos, pero este no tuvo réplicas.

Creo que no fue tal, sino el producto del impacto de un meteorito.

Esto provocó una pequeña hendidura en la tierra, sin llegar a ser un cráter e hizo desplazarse el centro del lago a su punto más bajo, que es la casa que ha quedado sumergida.

El científico con cara de asombro por todo lo que escuchaba me contestó,

- Vaya, pues sí que puede ser, por mi parte he seguido investigando sobre el agua, cuando por fin he conseguido aplicarle reactivos buenos, me he encontrado con que es un agua normal y corriente y que su color se debe a una bacteria que se encuentra en ella.

Al no encontrar vida en los alrededores, esa bacteria se ha reproducido hasta límites insospechados y sin ningún depredador que le pare ha llenado el lago completamente.

- Lo de la falta de vida cerca del borde puede ser debido al impacto del meteorito, la fuerza de choque debió de ser tan grande que quemó todo lo que había a su alrededor –dije pensativa orgullosa de mi descubrimiento.

- Exacto –dijo el científico emocionado– eso lo explicaría todo.

Me sentía bien, como si dos viejos amigos hablasen de alguna aventura que tuvieron juntos, cada vez estaba más emocionada de haber vuelto.

Ahora parecía que todo encajaba, todo tenía una explicación científica tal y como me había asegurado el científico aquel día.

Una vez terminamos de hablar le dije con algo de pena,

- Bueno, ya es hora de marcharme.

- Está bien, pero date prisa, pues está oscureciendo rápidamente.

Salí de la casa y miré, efectivamente, era tarde, aunque mi intención había sido simplemente acercarme para ver el pueblo, la conversación fue tan interesante que se me habían pasado las horas volando y ahora ya no era tiempo para ir andando por senderos entre montañas.

- Me quedaré una única noche y mañana regresaré –le dije al científico.

- Como quieras, si prefieres te dejo una linterna y lo intentas –me contestó amablemente.

- No hay prisa está bien así –repuse agradecida por su buena disposición.

Tras cenar seguimos hablando, le conté todo lo que me había pasado, mi interés por encontrar pistas y aquel encuentro revelador con el recorte de periódico en la última bolsa de basura que iba a sacar.

Más tarde nos fuimos a dormir, me acosté tranquila, aunque eché el pestillo de la puerta, más por costumbre que porque ya temiese nada, unos golpes me despertaron, alguien estaba llamando, me levanté y miré a ver quien podía ser, como en ocasiones anteriores era el científico que me debía de llamar para desayunar, al abrirle me dijo con contundencia,

- Acompáñame –y cogió de mi muñeca bruscamente.

- Un segundo, que voy a coger mi mochila –le dije amablemente intentando cogerla.

Pero él no me soltó ni dejó que me alejase de donde estaba.

Eso me extrañó pues él nunca se había mostrado como alguien cercano, sino más bien mantenía siempre una distancia, receloso de su espacio

personal.

Cogí como pude la mochila, me la eché a la espalda y salí con él, cuando me di cuenta de que todos los del pueblo estaban saliendo de sus casas en dirección al lago.

Aquello me asustó, primero por que no era de día, como me había imaginado cuando había escuchado llamar a la puerta, después por que estaban otra vez esos vecinos andando como zombis, sin preocuparse de quien iba a su lado y luego por que el científico no me soltaba la muñeca.

A esto mi corazón se aceleró, mi respiración se cortó e instintivamente dirigí mi vista hacia arriba y nada vi.

Miré por todas partes, era una noche limpia y estrellada, pero no encontraba la luna, ese lucero que reflejaba la luz del sol con tanta intensidad que se podía andar por la casa sin necesidad de encender luces.

- Es luna llena –afirmó el científico que parecía adivinar mi pensamiento, mientras me arrastraba siguiendo a los demás.

- Déjame –le pedí forcejeando intentando escapar.

- Si te resistes será peor –contestó con rudeza mientras otro de los vecinos llegaba y me cogía de la otra mano y entre los dos me llevaban casi a rastras.

Me intentaba zafar de ellos, como animal enjaulado que trata de alcanzar su ansiada libertad, pero nada conseguía más que hacerme daño a mí misma.

Tras un momento y comprendiendo que no tenía ninguna opción, me puse de pie y les exclamé,

- ¡Está bien!, ¡soltadme!, que voy por mi propio pie.

Así hicieron y les acompañé hasta donde algunos ya estaban esperando a la orilla del lago, la escena la conocía, era como la que había podido observar desde una roca próxima la última noche que estuve aquí.

Estuvimos aguardando a que llegase el último, cuando esto sucedió el agua se abrió como la otra vez y todos empezaron a andar hacia la mitad del lago, donde se encontraba la casa.

- ¿Cómo es que pueden andar sin caerse ya que el lecho tiene que estar lleno de fango?, por mucho que el agua se haya retirado, el suelo tiene que estar húmedo –pregunté asustada y sorprendida.

- No lo entiendes todavía –repuso el científico con arrogancia sin siquiera mirarme– nunca ha habido un lago aquí.

Lo que ves es un ente vivo que adopta esta forma para no despertar sospechas, está en un estado de reposo, aunque puede adoptar cualquier forma.

Por eso ahora, abriendo sus brazos para acogernos el suelo ni siquiera está húmedo y ninguno deja huellas al pisar.

Miré aquello que me refería y era verdad, aún pisando en donde estaría la orilla del lago sin siquiera entrar, no dejé huella en la arena, era como si pisase en el camino que habíamos recorrido en nuestra bajada del pueblo.

- ¿Y qué hay en la casa? –pregunté entre asombrada y asustada sin llegar a comprender del todo lo que sucedía.

- Nada –me contestó rotundamente.

- ¿Cómo no? –insistí ante esa inesperada respuesta.

- Sigues sin entender nada de nada –comentó volviéndose hacia mí.

Aquello que vi me aterrorizó, el hombre tenía la mirada pérdida, como si no me estuviese hablando a mí, pero su cuerpo se había girado y sus ojos los tenía totalmente negros, como si se los hubiesen sacado.

- Has de entender, que nosotros somos parte de este ente, y estamos aquí para servirle y obedecerle –me dijo con tono autoritario.

- ¿Estás infectado por esos microorganismos que me has mencionado antes? –pregunté nerviosa intentando mantener la compostura.

- Infectado no es la palabra, los he asumido dentro de mí con humildad, reconociendo mi pequeñez ante esta especie que ha viajado por el espacio y que va conquistando mundos –afirmó jactándose el científico.

Al principio lo que había dicho me había recordado lo que el sacerdote me había comentado sobre que había una lucha entre el bien y el mal, y que los que allí estaban obedecían a un señor, el del mal.

Pero ahora, esto de la conquista de los mundos por parte de extraterrestres, no me sonaba a nada de lo que hubiese escuchado hasta ahora.

No sabía quién tendría razón, ni siquiera si esa era la única explicación final, pero lo que estaba claro es que aquellos habitantes habían perdido la voluntad, por lo que decían servir a su señor.

- ¿Pero a quien se le puede ocurrir que un ser microscópico o una colonia de ellos, puede ser señor de nada ni de nadie? –pregunté mirando aterrada a mí alrededor.

- ¿Acaso en tu mundo únicamente tienen inteligencia los más grandes?, la colonia es un único cerebro y sea del tamaño que sea.

Si un elemento piensa, cuando este se ve arropado por otros cientos incluso miles, miembros de seres de su misma especie, lo que se consigue es un gigantesco cerebro entre ellos, con una inteligencia como no se ha visto antes –declaró con veneración y admiración.

No terminaba de entender del todo lo que pasaba, estaba segura de que el científico no me mentía, pero no me creía que todo aquello, el lago, fuese obra de unos seres tan pequeños.

Nunca había escuchado nada parecido, pero ¿Qué querían?, ¿Y por qué atraían hacia sí por la noche a los habitantes de aquel lugar?

Los vecinos empezaban su peregrinar al centro de aquella colonia

como así parece ser que era mejor denominarlo.

Sabía que tarde o temprano me invitarían a seguirlos y si no lo hacía me llevarían a rastras tal y como habían hecho para traerme hasta el borde del lago, lo único que se me ocurrió para ganar tiempo fue entretener al científico.

- Entonces, ¿Al final no descubriste nada? –pregunté con tono sarcástico.

- Al contrario, he realizado el mayor descubrimiento de la historia – contestó orgulloso de sí mismo.

- Que hay vida extraterrestre –afirmé molesta por su actitud.

- No, eso ya se ha descubierto, de varios planetas se tienen indicios fidedignos de formas básicas, estructuras incipientes de vida.

Esto es mucho más, hasta ahora los únicos restos se obtenían de meteoritos caídos hace cientos de años o de las pruebas traídas de las distintas exploraciones, pero nada más se sabía –respondió con tono metódico y académico.

- ¿Y qué has descubierto tú? –pregunté viendo que mi plan funcionaba, pues a pesar de estar infectado mantenía intacto su gran ego.

- He sido testigo de primera mano de la existencia de una forma viva extraterrestre interactuando con la vida del planeta –contestó pedantemente.

- ¿Interactuar?, a eso llamas ser esclavo –le repliqué molesta por su sumisión.

- Nadie es esclavo, ninguno de los que aquí estamos, todos hemos aceptado lo que somos –repuso con firmeza y desprecio hacia mi forma de pensar.

- Todos menos tres –dije recordando la conversación con el sacerdote sobre los feligreses que todavía acudían a misa.

- Así es, ellas han preferido no compartir su existencia con esta nueva

raza –afirmó con tono despectivo.

- ¿Pero por qué no las dejáis marchar del pueblo? –seguí interrogando intentando convencerle de que dejase ir a los que no querían estar ahí, entre los que me encontraba yo.

- No son una amenaza, si permanecen en el pueblo es por amor a sus seres queridos que sí están aquí –repuso con paciencia y cierto desdén.

Todavía no tenía muy claro lo de esa convivencia entre seres, no sabía por qué nadie se dejaría contaminar voluntariamente, por lo que seguí indagando,

- ¿Y si quisiera convertirme yo?, ¿Qué debería de hacer?

- No es convertirse, no es una religión ni un movimiento político...

- Bueno lo que sea –interrumpí rectificándole viendo que se me acaba el tiempo.

- Es dejar que entre dentro de ti, y te hagan uno con ellos, no te imaginas lo que se siente –contestó con algo de impaciencia y emoción.

- Sí, pero ¿Qué conseguiría?, pues siento discrepar en que sea bueno – comenté pensativa tratando de concretar.

- Bueno mira, ninguno de los que estamos aquí envejeceremos, es más, día a día vamos poco a poco rejuveneciendo.

La interacción de este microorganismo a escala celular hace que se vaya recuperando todo el organismo –afirmó con rotundidad mientras miraba hacia el grupo de vecinos que seguían su caminar.

- ¿Y qué más?, pues de momento y hasta dentro de unos cuantos años, mi aspecto exterior va a permanecer bien, pues soy joven –volví a insistir tratando de ganar tiempo mientras pensaba qué hacer.

- Además puedes compartir con ellos tus pensamientos, pueden aprender de tu forma de pensar y de ser y hacerte uno con ellos –sentenció el

científico.

Capítulo 7. Uno de Ellos

Eso de hacerte uno ya lo había escuchado antes, pero no me gustaba demasiado ya que cuando alguien se integra en un grupo, es cierto que este le arropa y protege, pero también pierde su voluntad para actuar en función de los intereses del grupo y no del individuo.

Lo había visto en mi trabajo, cuando entraba uno nuevo venía con sus propias experiencias y expectativas, tanteando para saber cuál era su puesto.

A los pocos días se le van acercando como el que no quiere la cosa, los distintos miembros de los pequeños grupos que hay en la oficina, observando y descubriendo si es alguien que pueda aportar algún valor al grupo o no.

Si le consideran apto, le arropan y ofrecen su amistad, y al saberse dentro de un grupo de poder su comportamiento deja de ser errático y se convierte en un adoctrinado fiel a las órdenes del grupo.

Bueno y eso que las luchas de poder entre los trabajadores son por nimiedades, no me imagino cuáles serían las intenciones de alguien que dice tener una inteligencia superior por la suma de muchas diminutas.

- ¿Y cuál es el objetivo?, ¿Qué fin persigue la colonia? –pregunté intentando ver hasta dónde estaba informado el científico.

- Creo que todavía no entiendes la dimensión de lo que estás viviendo, no se trata de un lugar entre montañas, lo que está implicado en esto, sino es la Tierra en general.

La interacción es inevitable, pues poco a poco todos los seres vivos irán dejando su sitio a las nuevas razas que surgirán por la combinación con la colmena –argumentó el científico sin perder su compostura.

- Una única colmena para toda la Tierra, es mucho trabajo, ¿No crees?

–pregunté con tono de chunga.

- La colmena que ves aquí es sólo la punta del iceberg, el subsuelo que pisas está lleno de millones de seres en letargo –afirmó con contundencia y cierto desaire.

- ¿Han consumido todos los recursos naturales del entorno? –pregunté asustada por lo que implicaba.

- Sí así es, al ser tantos necesitan consumir muchos recursos y cuando no los obtienen deben permanecer como adormilados, para no derrochar energía –explicó con vehemencia.

- Y lo que cuando vi que el lago parecía que se bombeaba o echaba luz, ¿Qué era? –pregunté viendo su disposición a responder a todas mis dudas.

- El bombeo es el proceso natural de conservación del espacio interior de la tierra con buena ventilación, no es que haya que hacerlo muy frecuentemente, pero sí de vez en cuando, con ello cambian el aire viciado, consumido por los seres en letargo, por uno rico en oxígeno –completó la información con entusiasmo.

Eso me pareció una pista bastante importante, al parecer precisaban de oxígeno para poder vivir.

- Pero ¿Cómo pudieron haber sobrevivido estos seres en el espacio si no hay oxígeno? –pregunté curioseando sin demasiado interés.

- El único ser que ha viajado por el espacio lo ha hecho dentro de un trozo de hielo, por lo que se ha conservado en estado inerte hasta que el calor exterior, el de la fricción con la atmósfera al entrar en ella y la posterior colisión, lo despertaron –declaró con precisión sin percatarse del paso del tiempo.

- ¿Uno sólo? –pregunté sorprendida por su detalle.

- No hacen falta más, se reproduce asexualmente, por división, pero para ello requiere muchos recursos –volvió a comentar con tono docente.

- ¿Y qué pasaría si esos recursos se acabasen? –interrogué intentando obtener alguna información útil para combatir aquella plaga.

- Nada, pues están preparados para aletargarse durante mucho tiempo, esperando a que las condiciones externas sean las adecuadas –indicó sin dar muestras de debilidad de esa especie.

- Entonces es como si fuesen semillas dispersas por el espacio, que vagan en busca de lugares cálidos y con oxígeno, para germinar y crear nuevas especies –resumí para ver si reconducía la conversación hacia el presente.

- Si así es, veo que me explico bien –dijo el científico poniendo una sonrisa burlona.

- Y si se le da tiempo suficiente... –esperé un momento para que el científico me completase la frase.

- Entonces el planeta entero habrá cambiado por la interacción –aseveró con firmeza mientras volvía su mirada hacia mí.

Aquello no me terminaba de convencer, pues parecía que no interactuaba con objetos inertes, como las rocas, le seguí preguntando bastante asustada,

- ¿Y qué pasará cuando acabe con toda forma de vida?

- En tal caso su misión se habrá acabado, entonces empezará otro proceso el de expandirse para provocar un calentamiento del planeta para forzarle a tener un colapso interno y provocar con ello su destroz en millones de pedazos, que a modo de esporas les sirvan como nuevo vehículo en su expansión –dictaminó con una gran sonrisa.

- ¿Son capaces de destruir un planeta entero? –repliqué atemorizada por aquella declaración.

- Sí, cuanto más numerosos son, mayores sus posibilidades, sólo es cuestión de tiempo que llegue a conseguirlo –volvió a sentencia volviendo su mirada hacia la casa del centro del lago.

- ¿Pero y los humanos?, ¿Qué va pasar con nosotros? –pregunté intrigada sabiendo que me quedaba cada vez menos tiempo.

- Nada, pues para entonces ninguna forma de vida será libre de la voluntad de la colonia –indicó con cierto desdén.

- Pero tú has dicho que hay tres personas sin infectar porque voluntariamente así lo han querido, ¿Y si son más en el mundo? –pregunté contrariada ante aquella aparente contradicción.

- Estas y las que surjan más serán confinadas en un lugar, recluidas sin sus derechos básicos, hasta que voluntariamente acepten a la colonia dentro de sí o mueran –me rectificó.

Aquello me había sonado demasiado mal, era como cuando se coge a un soldado en una guerra y se le lleva a un campamento para que delate a sus compañeros o de información vital para la contienda.

La presión a la que se ven sometidos es tan grande que acaban por ceder.

- Según me dices, los van a tratar como si militares capturados fuesen, cuando en realidad, sólo son personas normales. Y la civilización, ¿Qué va ser de ella? –pregunté nuevamente.

- Eso que tú llamas civilización no es más que la justificación que unos pocos han puesto en marcha para aprovecharse del resto y con ello explotarlos para que les alimenten gratis –contestó seriamente sin percatarse de mi nerviosismo creciente.

No recordaba que esa fuese la definición de civilización. Más bien, debía de ser el reflejo de una mente colectiva preparada para superar la individualidad.

Estableciéndose una serie de normas y reglas a cumplir por todos, para garantizar la convivencia y un mínimo para la subsistencia de sus habitantes.

Pero claro, no he conocido ninguna civilización en la que los

poderosos no exploten de una forma u otra al resto en su beneficio.

Y eso que el poder no siempre está unido a cualidades especiales, como una gran inteligencia, sino que suelen ser heredado por derecho de consanguinidad, sin siquiera haber realizado el más mínimo esfuerzo por conseguirlo, una visión algo pobre de una civilización, pero más exacta que la del científico.

- ¿Crees que hay un modelo de civilización mejor? –pregunté inquieta tratando de buscar alguna salida.

- Claro que sí, lo he descubierto aquí, el mejor sistema es el de la colonia, en el que cada miembro es responsable de una función, que coordinada con otros cientos tienen un efecto importante.

Todos tienen como único objetivo el bien de la colonia y son esenciales para su buen funcionamiento –concluyó cogiéndome fuerte del brazo.

- ¿Y si alguna no quiere hacer lo que se le dice? –insistí molesta por aquella actitud.

- En tal caso es eliminado, ya que este no sólo no estaría ayudando a cumplir con el objetivo de la colonia, sino que lo entorpecería y perjudicaría a todos –respondió apretándome fuertemente.

- Una solución muy civilizada –repliqué con tono sarcástico mientras intentaba zafarme de aquel hombre.

- Para entenderlo tendrías que pensar como nosotros –indicó soltándome de repente.

No estaba demasiado dispuesta a que me convenciese, sabiendo que buscaba que interactuase con esa colonia, aceptándolos dentro de mí, pero no quería ceder.

Es cierto que en algunos países donde existe una gran población, la mejor forma de hacerlo funcionar, es mediante unos mandos que centralizan las

decisiones del pueblo y las hacen ejecutar empleando la fuerza si hace falta, son estados que rozan un régimen policía o dictatorial, basados en la disciplina militar y la fe ciega en sus superiores jerárquicos.

A la mente me venían varios ejemplos de países actuales que estaban haciendo algo similar.

Pero eso no los justifica, también hay otros países con poblaciones de más de cientos de millones de personas, que han usado con éxito programas más organizados de forma descentralizada pero coordinados desde un gobierno central, elegido democráticamente por los ciudadanos del país.

La democracia ha sido también muy buena, en el que los individuos pueden destacar por sus características y cultivarlas, aún sin que sea en beneficio del resto.

Pensándolo así quizás tuviese razón que la primera opción, un ordeno y mando, fuese mejor que en el segundo caso, en que la corrupción se convierte en la forma natural de conseguir todo lo que se quiere.

Estando en estos pensamientos me dijo el científico mirándome de frente,

- ¿Alguna duda más?

- Sí, una última, ¿Cómo es el proceso de asumir a ese diminuto ser? – pregunté bajito dejando entrever cierta fascinación por ello.

- Cuando estés lista se te dará un vaso, tú creerás que está lleno de agua, pero en realidad son seres aletargados, esperando que se den las condiciones de calor apropiado para expandirse –refutó complacido.

Cada vez tenía más claro lo que no debía de hacer nunca, aceptar esa agua. Aunque según lo había dicho parecía que aquello fuese el elixir de la juventud pues la recuperaba quien bebiese.

¿Pero qué habría prometido a los más jóvenes?, pues según parecía respetaban la voluntad de cada uno de infectarles o no, aspecto que me

resultaba todavía muy contradictorio. Como pude y aprovechando un momento de distracción de mis raptos salí corriendo en dirección al pueblo sin pararme a mirar hacia atrás.

Suponía que alguno de aquellos zombis, me estaría siguiendo, pero ya había adoptado mi decisión, por nada del mundo bebería.

No es que no se me estuviesen ya empezando a ver mis patas de gallo en los ojos y alguna que otra arruga en la comisura de los labios, pero era soportable.

Todo antes de dejar que unos seres diminutos tomaran mi cuerpo y me hicieran uno más de sus zánganos.

Como pude llegué al pueblo y miré hacia atrás, ninguno de los que vecinos de había seguido, para mi sorpresa.

Todavía con el aire entrecortado, haciendo un gran esfuerzo por recuperarme, con la mano puesta sobre mi hígado, me giré de nuevo a mirar y vi, para mi sorpresa cómo una gran lengua negra venía, muy lentamente por el camino que acababa de recorrer.

Aquello me aterrorizó, el pueblo apenas era la salida que podía tener, pues adentrarme por los senderos de noche no parecía que fuera una opción.

Como pude corrí, para mi desgracia di un traspié y la mochila que llevaba se calló, de esta salió la llave de metal, esa que me regaló el sacerdote, la que abría la iglesia.

Tanteando en el suelo, pues había poca visibilidad, la cogí y salí corriendo hacia la iglesia.

De vez en cuando miraba hacia atrás esperando que se detuviese el avance de aquella sustancia, pero no lo hacía.

Otra vez tropecé y se me calló la llave, la escuché caer cerca, pero tanteando no pude cogerla.

Volví a mirar tras de mí y ya lo tenía tan cerca que me decidí a dar el

último esprín y derribar aquellas puertas a base de golpes.

Por fin llegué a los pies de la iglesia, esta parecía tranquila ajena a aquel monstruo que me seguía, subí los tres escalones que tenía y cuando fui a empujar la puerta con todas mis fuerzas, vi que de su interior salía luz.

No sabía qué podía significar aquello, ni si era bueno o no.

Suavemente empujé la puerta y esa se abrió como invitándome a entrar. No me lo pensé dos veces y así hice.

Desde dentro miré hacia la calle, y la lengua de agua, esa colmena de seres diminutos, ya casi llegaba al borde de los escalones cuando alguien me cerró la puerta de un golpe desde dentro mientras decía,

- No lo mires hija, no te convertirás en sal, pero no es adecuado mirar la cara del mal.

Era el sacerdote, sentí tanta alegría que me eché a sus brazos mientras le decía todavía con un nudo en la garganta por la emoción vivida,

- Muchas gracias, no me he alegrado tanto de ver una cara amiga en mi vida.

- Gracias hija, pero antes de nada quiero que te santigües con agua bendita, estas en la casa del Señor –indicó con tono cerrado y serio.

- Sí, por supuesto –afirmé algo asombrada de su comentario.

Así lo hice y me puse a caminar hacia dentro en dirección a la sacristía, cuando vi, tres extrañas figuras que había sentadas en primera fila, eran aquellas tres mujeres mayores que ya había visto asistiendo a misa, pero ¿Qué hacían allí?

- Si quieres puedes unirme a nuestra novena –indicó el padre con una sonrisa.

- ¿Novena? –pregunté atónita por su invitación.

- Sí, todas las noches como hoy, en que la fuerza del otro señor se acentúa, nosotros intentamos compensarlo rezando y ofreciéndolo por aquellos que cayeron en su influjo –dictaminó mientras se arrodillaba y se santiguaba.

- ¿Ellas saben lo que pasa? –consulté extrañada de verlas.

- Claro que sí, ellas mismas han sido tentadas de muchas formas –afirmó bajando la voz.

- Para recuperar la juventud –puntalicé rectificándole con la información que tenía.

- No sólo eso, también promete salud, bienestar personal, más inteligencia y todo lo que se les pueda ocurrir –respondió con pesar el sacerdote.

- ¿Y lo cumple? –insistir asombrada de aquello que me decía y de lo cual no me había referido nada el científico.

- Sí, creo que sí, pero eso es como si vendes tu alma, ¿De qué te sirve todo lo que te den?, riquezas, poder o cualquier otro capricho humano, todo se quedará aquí cuando fallezcas, ¿Y luego qué?, si has perdido tu vida inmortal –me devolvió la pregunta con tono reflexivo.

- No estoy segura de que puedan morir –comenté con cierta duda a tenor de lo que había escuchado al científico.

- Eso es algo que todos hemos de pasar, se sirva al señor que se sirva, todos tenemos escrito el día y la hora en que tenemos que rendir cuentas –indicó como si de un discurso dominical se tratase.

- Sí, pero según recuerdo en la Biblia hay personajes que han vivido cientos de años –le repuse recordando el caso de Matusalén al que se le atribuía una vida muy longeva.

- Sí, así es, pero al final todos rinden cuentas –volvió a insistir sin menoscabo de lo que le decía.

Aquello no me sonaba tan mal, poder vivir muchos años, con salud y

juventud, pues lo que pasase una vez que muriese como no había vuelto nadie a explicarlo, ¿Cómo se sabía?

- Y dígame –pregunté abrumada por la situación– ¿Cómo es que ellas no han sido infectadas?

- Por su fe, ellas voluntariamente han elegido quedarse en el pueblo, por amor a sus parejas o hijos, pero no han deseado ninguno de los regalos que les ha ofrecido el otro señor –confirmó con determinación visiblemente orgulloso de ellas por su decisión.

Escuchando esto, pensé en lo equivocado que estaba el sacerdote con respecto a eso del otro señor y quise rectificarle para explicarle que se trataba sólo de seres microscópicos que habían llegado en un meteorito de hielo, que se habían reproducido asexualmente bajo la tierra, que se comía a todos los seres vivos que había a su alrededor y que respiraba.

Bueno eso parecía mucho más increíble y difícil de entender que esa explicación del otro señor, no le dije nada.

- ¿Y qué vamos a hacer ahora? –le inquirí todavía algo alterada por lo que sabía que había detrás de la puerta.

- Solamente rezar y esperar a que amanezca un nuevo día, es eso lo que esperamos –contestó con un tono reconfortante una sonrisa apacible.

- ¿Pero y si ataca?, ¿Y si quiere entrar?, ¿Por qué no echa el pestillo o la llave? –insistí alterada por la idea de lo que pudiese pasar.

- Si quisiese entrar ninguna fuerza lo detendría, más no puede hacerlo pues es una casa bendecida –volvió a indicar dar muestras de su profunda fe.

No me di cuenta de que la creencia del sacerdote, aunque errónea en su interpretación se ajustaba a esos pocos datos.

Como era que ni él ni sus feligreses se habían infectado al no caer en esos influjos o tentaciones como decía, y que la iglesia siempre había sido respetada, aún incluso el día en que sonó la campana y parece ser que puso tan

furioso, aquella lengua negra como la que ahora me había seguido.

- ¿Y si tocamos la campana? –pregunté ansiosa deseando hacer algo.

- ¿Para qué?, aquí estamos todos los que somos, el resto ya no cuenta – dictaminó mientras con la mano me pedía que tuviese calma y me sentase.

- Sí, ya lo sé, están desaparecidos, entregados a su señor, pero digo, si es algo que le molesta tanto, querrá decir que es bueno –le repliqué estremecida.

El sacerdote dudó unos momentos y tras esto dijo,

- Esta bien, pero me tendrás que ayudar, pues como no se ha usado en mucho tiempo se llegó a quitar la cuerda, necesito alguien que se suba al campanario y ate una cuerda al badajo –contestó mientras se levantaba del lugar.

- ¡Casi nada! –respondí sorprendida de que aceptase mi propuesta.

- No es problema, tengo una escalera de mano, y luego tienes unos peldaños en la propia pared de la torre para ascender, no te llevará más de unos minutos –indicó mientras me llevaba hacia una esquina de la iglesia.

- ¿Y luego? –le pregunté para estar segura de que cumpliría su parte.

- Luego tocaré –me confirmó con una amplia sonrisa.

- Eso me parece muy bien –reafirmé devolviéndole la sonrisa.

Diciendo esto me apresuré a subir, sabiendo que las alturas nunca habían sido un inconveniente para mí, pues me había visto en situaciones mucho peores, de tener que pasar entre dos riscos, sin tener casi a donde apoyarme, lanzándome al vacío con la esperanza de que mis brazos no resbalasen al llegar al otro lado.

He andado entre picos escarpados como si de cornisas se tratase, sin ninguna sensación de peligro, y de todo aquello he salido viva.

Ahora tenía una misión sencilla, ascender por una escalera, con una sola mano, mientras en la otra llevaba la cuerda que ataría al badajo.

Sin mucho esfuerzo subí la escalera y me pasé a unos peldaños que había en la parte superior de la torre, esos son los que más me costaron, pues tenían demasiada separación entre escalón y escalón.

Estando ahí arriba y antes de llegar a la campana, miré por la rendija de una pequeña ventana que tenía a mitad del campanario y de la impresión de lo que vi casi me caigo.

Me sujeté fuerte y contuve la respiración, desde ahí arriba se podía ver todo el pueblo.

La calle principal que descendía y llegaba hasta el valle que ocupaba el lago.

Pues bien, todo se había llenado de esa lengua negra, y parecía que seguía saliendo, como si de una cañería rota se tratase, salía a borbotones y aumentaba el nivel de la lengua haciendo esa cada vez más alta.

Como pude, concentrándome en terminar mi trabajo antes de que aquello nos arrastrase como en un tsunami.

Até la cuerda en el badajo y me bajé corriendo, con tal velocidad que casi doy un traspié en la escalera.

Ya de nuevo tuve que hacer una pequeña parada para recobrar el aliento y bajar sin despeñarme, una vez que llegué le dije al sacerdote,

- Tendría que saber lo que pasa afuera.

- No tengo que saber nada, ya lo he vivido una vez, ¿Recuerdas? – comentó mientras su rostro se entristecía

- Pero ahora son mucho más, cientos, millones –remarqué para convencerle de la gravedad de la situación.

- Lo mejor que puede hacer es rezar, mientras toco la campana –

insistió sin dar pie a replicas.

- Está bien –asentí mientras me aproximaba a aquellas tres mujeres mayores que rezaban al unísono un rosario.

No sabía qué decir, era mucho el tiempo que había pasado sin que entrase en una iglesia más allá de por el interés artístico del lugar, pero ahora iba a rezar y ni me acordaba de cómo hacerlo.

La verdad es que en mi vida no había habido demasiados altibajos, y por lo tanto no me había hecho demasiada falta, una ayuda de arriba, y cuando lo había necesitado...

En ese instante recordé uno de los momentos más amargos de mi vida, cuando perdí a mi marido.

Estábamos los dos de escalada, por unas rocas no demasiado altas y una fuerte ráfaga de viento nos tiró hacia un acantilado.

Por suerte los dos estábamos atados el uno al otro por arneses y eso hizo que no me cayese.

Él que fue el primero que se recuperó hizo por levantarme, tras el susto de verme en el vacío sujeta solamente por una cuerda, me ayudé de pies y manos para ascender a la vez que él iba tirando con esfuerzo hasta que estuve a salvo en aquel pasillo encima de unas montañas rocosas.

Seguimos andando, pero ahora con más cuidado, pero eso no evitó que otra vez, uno de esos vientos racheados nos empujase con gran fuerza y velocidad, y que esta vez fuese él quien quedase suspendido en el vacío mientras permanecía arriba.

La situación era igual que hace sólo nos minutos, con la diferencia de que era yo quien debía de tirar de él.

Le animé a que aguántese mientras le decía dónde poner las manos para subir, pero él se encontraba demasiado exhausto por el esfuerzo de salvarme hace tan poco tiempo que no se había recuperado.

Como pudo se agarró a la roca, pero sin conseguir dar ni un paso hacia arriba.

De repente se volvió a resbalar y casi caemos los dos, con mucho esfuerzo, conseguí echarme hacia atrás y evitar que los dos nos precipitésemos al vacío.

Él viéndose mal volvió a sujetarse a la roca.

En esos momentos de desesperación con todas mis fuerzas pedía ayuda al cielo para poder salir de esta y eso que no había sido nunca muy religiosa.

Pero sí creía en un Dios bueno y bondadoso que cuidaba de sus hijos y los protegía de todo mal y era precisamente a ese Dios a quien pedía ayuda para que nos sacase de ese apuro.

Sólo fueron unos segundos, y dos palabras lo que lo cambió todo.

Mi marido, sabiéndose sin fuerzas hizo lo único que me podía haber salvado de caer hacia el precipicio con él, se soltó el arnés y antes de esto dijo con voz profunda,

- Te quiero.

Su cuerpo permaneció como flotando durante unos segundos sin estar sujeto a nada, que a mí me parecieron horas, y luego descendió a gran velocidad.

No pude mirar más, no quise saber lo que le había pasado, rompí a llorar y a reclamar por qué había sucedido aquello.

Estuve acurrucada en aquel desfiladero por varias horas, hasta que advertida por el cambio de temperatura inicié mi camino de regreso al campamento base para pasar la noche.

Desde ese fatídico día no había vuelto a rezar, teniendo la convicción de que había permitido aquello y no había intervenido, en cambio, ahora le necesitaba.

Siempre había creído que mi marido me acompañaba después de aquello a todos lados y me protegía.

A pesar de que me había costado mucho volver a hacer escalada, no había renunciado al senderismo, combinando largas caminatas con escalar alguna que otra montaña pequeña.

Eso me había llevado a conocer muchos pueblos casi perdidos, escondidos entre valles y en todos esos sitios tenía la sensación de que mi marido me seguía y protegía.

Pero ahora era diferente, lo que necesitaba era una ayuda mucho más poderosa, era casi un milagro.

Había una colonia de microorganismo que se iban a poner muy irritados cuando empezase a tocar la campana, que se apoderaban de los vivos haciéndolos sus esclavos, y estaban a las puertas de la iglesia.

Dos láminas de madera nos alejaban de lo que sería una muerte segura o una vida de zombi eterna.

Sabía que el cambio debía de hacerse de forma voluntaria, pero también sabía que sus lacayos no dudarían en usar la fuerza para conseguir sus fines, como así habían hecho conmigo cuando me llevaron casi a rastras el científico y otro vecino hasta la orilla del lago.

La campana empezó a repicar y se escuchó un gran ruido en el exterior, era como si una gran grieta se hubiese abierto en la tierra, pues esta empezó a temblar.

Miré a todos lados, el edificio entero se estaba moviendo, pero las mujeres que estaban a mi lado parecían no sentir ningún miedo, seguían rezando concentradas.

No me atreví a mirar para atrás, a pesar de que la puerta de la iglesia se había abierto con el movimiento.

El crujido de la madera de la iglesia se confundió con un ensordecedor

pitido proveniente del exterior, que se vio interrumpido por un estruendoso golpe.

Me recordaba a aquel golpe que sentí la primera vez que vi algo raro en el lago, que había sentido debajo de la roca, como si llamasen desde abajo, pero esta vez mucho más fuerte y continuado.

Lo único que acerté a decir ante todo aquello fue,

- Señor, hágase Tu Voluntad.

De alguna forma, no sé cuánto tiempo pasé con este pensamiento, y cuando me di cuenta y volví a abrir de nuevo los ojos, vi que todo aquel estruendo había cesado.

Había escuchado relatos de personas que ante un estruendo pierden el oído temporalmente cuando un gran ruido se produce, puede que fuese aquello, pues todo se hizo silencio y se quedó quieto.

Esperé con impaciencia y nada sucedió, lo único que se escuchaba era el repicar de la campana que como si de un domingo más se tratase sonaba por todo el valle, su fuerza era tal que incluso podía oír su eco como volvía.

Seguía sentada de espaldas a la entrada sin saber qué hacer, cuando el sacerdote dejó de tocar.

Todavía en mi cabeza resonaba aquella campana como si estuviese tocando, sensación que aún me duró unos minutos hasta que me di cuenta de que era una confusión mía alimentada por el eco que regresaba.

Me levanté, me dirigí al sacerdote y le pregunté asustada,

- ¿Y ahora qué?

- Ahora, hay que confiar en el Señor –respondió calmándome mientras ponía una mano sobre mi hombro.

Estaba dispuesta a explicarle todo sobre los microorganismos, pero vi que no era necesario, que por mucho que insistiese, él seguiría creyendo su

verdad, no le quise molestar con ello.

Ambos miramos hacia el pueblo y no se veía nada, a pesar de que la luz de la iglesia iluminaba parte de la calle, nos acercamos a la puerta y para nuestra sorpresa, no quedaba ni rastro de aquella lengua oscura.

El sacerdote cerrando la puerta comentó sosegadamente,

- Será mejor esperar hasta mañana, aprovechemos para descansar.

Diciendo esto se dirigió hacia un banco donde tenía una manta y me la dio para que me pudiese tapar para pasar la noche.

Al día siguiente me desperté y atónita me quedé cuando vi cómo la luz del sol entraba por el rosetón de la iglesia, pero también por muchas rendijas de las paredes, que como si un mal constructor la hubiese hecho.

Habían quedado rendijas ente las maderas que servían para colarse la luz a través de ellas.

El sacerdote que se había despertado antes, al ver mi sorpresa me indicó,

- Debe ser del movimiento de ayer, que haya descuadrado las maderas.

- ¿Usted también lo sintió? –pregunté sin saber muy bien si lo vivido había sido fruto de una pesadilla o una realidad.

- También lo sentí, vamos a salir –respondió con tono tranquilizador.

Abriendo las puertas entró una luz cegadora propia de una mañana con un cielo azul despejado.

Cuando conseguimos recuperarnos del destello cegador, miramos a nuestro alrededor, y me quedé estupefacta no había nada, ninguna casa, por pequeña que fuese. Ni siquiera el empedrado de la calle, todo había desaparecido, como si nunca hubiese existido un pueblo allí y en cambio quedaba la roca limpia y pelada.

Desde ahí se veía la calle, me quise acercar para verlo mejor y el sacerdote me advirtió,

- Ves con cuidado.

Me acerqué lentamente, temiendo que aquello pudiese ser alguna especie de trampa, o estratagema de unos seres que se habían denominado a sí mismos muy inteligentes, por la unión de las inteligencias de todos sus miembros, pero a medida que andaba, no me encontraba nada a mi paso.

Llegué a la roca desde donde dominaba el lago, donde había escuchado aquel golpeteo debajo de ella la primera vez, pero no había muestras de aquella agua negra.

En su lugar lo único que quedaba era una árida zona, me adentré en el territorio que antes ocupaba el lago y no sentí nada raro.

Seguí andando y me di cuenta de que el suelo empezaba a inclinarse levemente hacia abajo.

Avancé y el suelo se inclinaba más y más, hasta llegar a la casa, aquella que había visto originalmente en la foto y que era a donde se dirigían aquellos vecinos por la noche.

Esta estaba bajo una hondonada, dejando sobresalir unos palmos de techo, y en el centro de la hondonada unos pasos separados de la casa, se encontraba un pozo, destrozado como si algo hubiese entrado en este con tanta fuerza que lo hubiese derribado de dentro a fuera.

Comprendí con ello que el meteorito que había venido del cielo provocando muchas nubes y esa depresión de la tierra había caído precisamente dentro del pozo.

Me volví hacia la iglesia y le dije al sacerdote aun impactado por lo que había visto,

- No queda ni rastro del lago, ni del pueblo.

- Ni de los habitantes –puntualizó el sacerdote con tristeza.

- Sí, así es, ni de los hombres –repuse percatándome en ese momento de aquel doloroso detalle.

Aquello me entristeció, aunque en realidad de todos, al único con quien había tenido oportunidad de hablar más había sido con aquel científico que ni siquiera era del lugar, empeñado en demostrar que la fe de los demás era cuando menos que superchería queriendo imponer su fe en la ciencia, y ahora qué sería de él. Tanto como buscaba los misterios y al final este le atrapó.

El sacerdote me invitó a abandonar el lugar y así partimos las tres fieles devotas, el sacerdote y yo, subiendo el monte cercano siguiendo el sendero en dirección al pueblo donde vivía el sacerdote.

Me di la vuelta y pude ver la misma imagen que la de la fotografía, el lago original permanecería ahí en un lateral del valle, la casa ahora hundida, estaba en mitad de la explanada, pero ahora no quedaba ningún de las casas del pueblo ni ningún habitante en este.

Juan Moisés de la Serna



Doctor en Psicología y docente universitario, orador y divulgador científico.

Viajero incansable, lo que le ha permitido conectar con culturas tan diversas como los Aborígenes australianos, o los Inuit canadienses, con lo que poder conocer las diversas motivaciones que mueven a los humanos a reaccionar y comportarse ante diferentes situaciones creando una base para reflejarla en sus escritos.

El lector se encuentra envuelto desde el primer momento en una atmósfera de reflexión personal, según se van sucediendo los más desconocidos acontecimientos a los que cualquiera de nosotros se puede enfrentar en un momento determinado.